

91

70

PQ729

.S2

G6

10737



1020005990



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



107370

Escritores Potosinos.

PROSA.

COLECCION
DE 49 COMPOSICIONES DE DISTINTOS AUTORES
REUNIDA Y PUBLICADA POR

A. B. GONZALEZ.



SAN LUIS POTOSI.

IMPRESA MODERNA DE FERNANDO H. GONZALEZ
N.º Calle de Guerrero Núm. 10.

1906.

ESCRITORES POTOSINOS ✓

PROSA ✓

Escogida, Moral y Recreativa

TEXTOS RECOGIDOS, COLECCIONADOS Y PUBLICADOS

—POR—

A. B. GONZALEZ. ✓

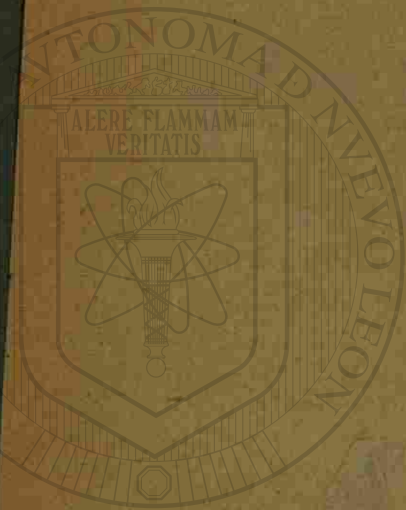


San Luis Potosí. ✓

IMPRENTA POPULAR, CALLE DEL ROSARIO NUMERO 11. ✓

1905.

FONDO
FERNANDO DE RAMIREZ

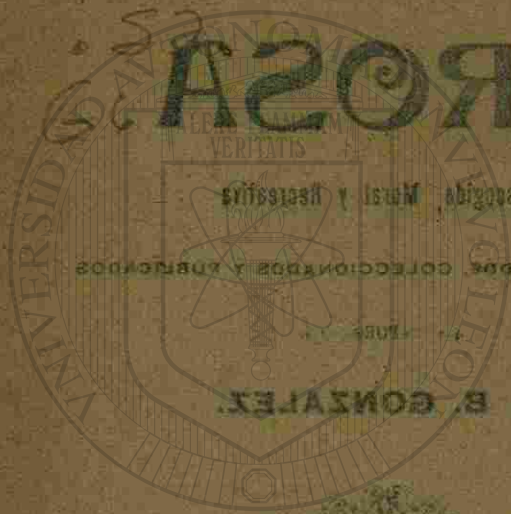


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ESCRITORES POTOSINOS

1967

PROSA



DATOS RECIBIDOS COLECCIONADOS Y RUBRICADOS

A. B. GONZALEZ



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



Continuación de la serie de POESIA, la que por
segunda vez, fundada: POESIA, la que por
segunda vez, fundada: POESIA, la que por
segunda vez, fundada: POESIA, la que por
segunda vez, fundada: POESIA, la que por

DOS PALABRAS.

Los contenidos de esta obra
nuevo contenido con los lectores de esta obra
y han leído a los lectores de los mismos
y han leído a los lectores de los mismos

Con la satisfacción de quien ve terminado un
trabajo que considera mayor que sus fuerzas se
encuentra el suscrito editor al sentar estos con-
ceptos. Y en efecto; al comenzar hacer la tira-
da de la serie de Poesía, que acababa de impri-
mirse sus últimas páginas, ininidad de personas
elogiaban el pensamiento, lo que por otra parte
lamentaban las dificultades que pudieran presen-
tarse, tanto por la forma en que se iba a dar a luz
dicha publicación, como por los elementos desco-
nocidos que era preciso tocar para el mejor éxito;
pero como los mas de los suscriptores vieran en
este trabajo que encerraba mucho de patriótico,
desde el momento que se pensó dar a conocer a
nuestros hombres dedicados al arte mas bello de
escribir; luego, sintiendo cierto cariño por ellos y
amor por el suelo natal, mereció el favor que no
se esperaba para este pequeño trabajo denomina-
do POESIA, primera serie de Escritores Poto-
sinos.

En ese concepto, agradecido por sí y por los
justos elogios que merece el gran número de es-
critores que aparecen en la serie de Poesía, por
la buena voluntad de los que existen y el tierno
recuerdo de los que han traspasado los umbrales
de esta vida; se reaninan las fuerzas del que ha-
bla, y comienza con nuevos bríos a emprender la

continuación de "Escritores Potosinos," con la segunda Série titulada: PROSA, la que será destinada á composiciones sobre ese tema de personas ventajosamente conocidas en nuestra Sociedad.

Las condiciones, el deseo de satisfacer este nuevo compromiso con los lectores de esta obra y dar lleno á los justos deseos de los mismos, será igual á la conducta observada en la publicación y reparto de la Poesía.

Expresar la gratitud, es un deber; esperar el apoyo de personas que fomenten estos trabajos es el deseo de

EL EDITOR,

A. B. GONZALEZ.

UNA PUBLICACION DIGNA DE ELOGIO.

Hemos sido favorecidos con la primera entrega de poesías de potosinos que ha comenzado á publicar en esta ciudad el laborioso editor Sr. Adolfo B. González. Esta obra es digna de encomio, pues su autor se propone dar á conocer á los poetas nativos de San Luis, remontándose á algunos años atrás, y en la primera entrega se leen los nombres de Don Rafael Vélez y Suárez, hermano del veterano coronel Silverio M. Vélez (1850) de D. Francisco González Bocanegra 1847, y de D. Jesús Betancourt, quien floreció por los años de 1808.

Agradecemos el obsequio y deseamos buen éxito á su estimable editor.

Del Periódico Oficial del Estado, fecha 2 de Mayo de 1904.

¡Día de la Patria!

Hay siempre en todos los pueblos una fecha memorable que enlaza las revoluciones á las luces, las luces á los progresos y los progresos al destino de la humanidad; fecha gloriosa que santifican las religiones, que inmortalizan los héroes, que cantan los poetas y que ilustran los siglos; fecha fecunda, que produce la dignidad en los hombres, la justicia en las leyes, la civilización en las sociedades y la independencia en las naciones.

Esta fecha, grande entre todas las fechas es la de la Patria; y para nosotros los mexicanos corresponde el 16 de Septiembre de 1810.

¡Desventurado el que no tiene Patria! desventurado el que la pierde ó la traiciona mejor de fuera no haber nacido!

Los Ceilanitas vieron un día abrirse el sol y salir de éste astro brillante una bella diosa que les dijo sonriendo:

—Vengo á reinar entre vosotros.

continuación de "Escritores Potosinos," con la segunda Série titulada: PROSA, la que será destinada á composiciones sobre ese tema de personas ventajosamente conocidas en nuestra Sociedad.

Las condiciones, el deseo de satisfacer este nuevo compromiso con los lectores de esta obra y dar lleno á los justos deseos de los mismos, será igual á la conducta observada en la publicación y reparto de la Poesía.

Expresar la gratitud, es un deber; esperar el apoyo de personas que fomenten estos trabajos es el deseo de

EL EDITOR,

A. B. GONZALEZ.

UNA PUBLICACION DIGNA DE ELOGIO.

Hemos sido favorecidos con la primera entrega de poesías de potosinos que ha comenzado á publicar en esta ciudad el laborioso editor Sr. Adolfo B. González. Esta obra es digna de encomio, pues su autor se propone dar á conocer á los poetas nativos de San Luis, remontándose á algunos años atrás, y en la primera entrega se leen los nombres de Don Rafael Vélez y Suárez, hermano del veterano coronel Silverio M. Vélez (1850) de D. Francisco González Bocanegra 1847, y de D. Jesús Betancourt, quien floreció por los años de 1808.

Agradecemos el obsequio y deseamos buen éxito á su estimable editor.

Del Periódico Oficial del Estado, fecha 2 de Mayo de 1904.

¡Día de la Patria!

Hay siempre en todos los pueblos una fecha memorable que enlaza las revoluciones á las luces, las luces á los progresos y los progresos al destino de la humanidad; fecha gloriosa que santifican las religiones, que inmortalizan los héroes, que cantan los poetas y que ilustran los siglos; fecha fecunda, que produce la dignidad en los hombres, la justicia en las leyes, la civilización en las sociedades y la independencia en las naciones.

Esta fecha, grande entre todas las fechas es la de la Patria; y para nosotros los mexicanos corresponde el 16 de Septiembre de 1810.

¡Desventurado el que no tiene Patria! desventurado el que la pierde ó la traiciona! mejor le fuera no haber nacido!

Los Ceilanitas vieron un día abrirse el sol y salir de éste astro brillante una bella diosa que les dijo sonriendo:

—Vengo á reinar entre vosotros.

Era la libertad, don del cielo, ídolo de la tierra cuyo soplo inmortal vivifica las edades!

"El día en que la libertad faltase al mundo, dice Herder, se detendría la historia."

Y desde que Jesucristo, el más santo y el más benéfico de los hombres, lloró por la ruina de su nación, con sus lágrimas divinas quedó santificado el patriotismo.

También santificó la Libertad con su doctrina, y la vida pública con su ejemplo.

Por eso en la era moderna así como en la futura, no puede ni podrá haber libertad sin patria, ni patria sin religión; siendo moralmente imposible por efecto de las mismas luces, que pueda existir bajo el imperio de la ley, el orden, la paz y la prosperidad social con las pasiones populares sin freno, exaltada por la fuerza intelectual de las ideas.

He aquí la elevada inspiración que tuvieron los héroes de la epopeya insurgente, al lanzar Hidalgo su glorioso grito de libertad:

La religión y la Patria.

Religión sin abuso; Patria con independencia.

Y he aquí á lo que tienden hoy por diversos y encontrados caminos las ciencias todas, de acuerdo con la civilización:

A establecer en el mundo la unión íntima, santa y permanente, de la religión con la libertad, sin la cual el elemento revolucionario se pervierte ó se hace despótico, empujando los hombres unos sobre otros, para corromperse, oprimirse ó degenerarse.

¿Que puede producir la libertad sin las virtu-

des más que excesos y turbulencias? ¿que pueden decir las costumbres sin libertad más que servilismo ó hipocresía? ¿que pueden producir los intereses materiales sin moral y sin garantías más depravación y sensualismo?

Se dice que Leibnitz conducía de frente todas las ciencias; los Gobiernos republicanos, civilizados y libres, deben en nuestro siglo conducir de frente á los pueblos, sin hacerlos retrogradar por la tinaria, los vicios ó las utopías.

¡ Dichosos los que se salvan del contagio!

II

Ahora bien; en el gran día de la patria y en presencia de las legiones francesas que amenazan su independencia, todos recordar debemos que en la guerra de insurrección, la fé religiosa en la Providencia y la fé política en la libertad, animaron el espíritu de nuestros esclarecidos patriotas, contribuyendo muy eficazmente á emanciparnos. Sin las excelentes virtudes que ambos sentimientos engendran en el pecho de los ciudadanos, purificándoles su amor patrio, la victoria en aquella sangrienta y tenáz lucha habría sido á favor de la opresión. Y hoy lo será sin duda como en 1847, con la invasión norte-americana, si nos apresuramos á cumplir este precepto moral é indispensable, contenido en el artículo 41 de la Constitución de Apatzingán, sancionada el 22 de Octubre de 1814.

Dice así, correligionarios.

"Las obligaciones de los ciudadanos para con la patria son; una entera sumisión á las leyes;

un obediencia absoluta á las autoridades constituidas; una pronta disposición á contribuir á los gastos públicos; un sacrificio voluntario de nuestros bienes y de la vida cuando sus necesidades lo exijan. El ejercicio de estas virtudes forma el verdadero patriotismo."

He aquí el positivo secreto de nuestra fuerza, y la única esperanza de nuestro triunfo; esperanza y secreto que nos comunican desde sus tumbas nuestros primeros héroes.

Este secreto es el todos los pueblos libres.

Esta esperanza es la de todos los pueblos religiosos.

Con el primer triunfo del despotismo.

Con la segunda de la inmoralidad.

Y con ambas cosas, de revoltosos, á abusos y de invasores.

III

Tirteo, poeta ateniense, y cojo como Lord Byron, fué enviado á Esparta por mofa como general, y alcanzó victoria con su lira.

Al presentarse al enemigo, exclamó en uno de sus cantos que han atravesado los siglos:

"¡Que bello es morir combatiendo en primera fila por la patria! No hay calamidad que compararse pueda con la del ciudadano cuyos hogares abandona al extranjero. Lejos de los deliciosos sitios que le vieron nacer, tiene que andar errante mendigando el sustento en tierra extraña, con su madre querida, con su padre abrumado de años, con su joven esposa y con sus tiernos hijos en brazos. Objeto del desprecio de todos

los hombres, se va viendo devorar lentamente por la abominable miseria! Su nombre se envilece: sus formas, tan gallardas en otro tiempo, se desfiguran; una ansiedad insufrible, una enfermedad desconocida se apodera de su pecho, y la negra tristeza lo consume! No tarda en perder toda idea de pudor, y su frente, sin dignidad, ya no se sonroja..... ¡Ah sepamos morir por nuestra patria, nuestra familia y nuestra libertad! Héroes combatamos estrechamente unidos. ¡Ninguno se deje dominar del miedo ni se entregue á la fuga! ¡Pródigos de nuestra vida, precipitémonos con generosa resolución sobre el enemigo! ¡Que ignominia si el padre cayese en la refriega antes que el hijo .. jóvenes guerreros, al combate!

Poco á propósito es para la guerra quien no puede con serenidad ver correr la sangre y no arde en deseos de aproximarse al enemigo. La corona más brillante es la que está reservada para el guerrero intrépido, la corona que ilustra á los héroes! Verdaderamente útil á su país es el joven que avanza denodadamente en primera fila, permanece en ella, y ageno del temor se precipita contra el enemigo. Verdaderamente útil, verdaderamente grande es ese joven!

"Las compactas contrarias falanjes se disipan á su presencia: la victoria sigue á la gloria que el valor de ese joven le indica. Mas si cubierto el pecho de mil heridas cae el esforzado guerrero sobre el campo de batalla, ¡que honor para su patria! ¡que honor para sus conciudadanos y para su padre! ¡Jóvenes y ancianos, todos le lloran: en pos de sí arrebatada el amor de un pue-

blo entero! su tumba, sus hijos, su posteridad la más remota merecerán el respeto de los hombres. No, no muere el héroe que da su vida por la patria; no muere! es inmortal!"

Hoy no nos hallamos en el siglo de Aristodemo; sino en una época de luces y Napoleones, de libertades y tiranías sucesivas; y por lo mismo, para salvar a nuestra patria de los peligros que la amenazan, antes que invocar a la Marsellesa y las ficciones debemos seguir el ejemplo de nuestros libertadores imitando sus virtudes, a fin de que su sangre generosa no caiga sobre nuestras cabezas.

No olviden, pues, nuestros compatriotas, que los ciudadanos que abandonan la moral por las ideas, perecen; y que en las grandes crisis sociales como la que se nos espera, es precisamente donde siempre corren los ánimos más peligro de envilecerse, porque, no afectándose entonces los hombres sino con acciones heroicas y sucesos extraordinarios que de antemano tiene ya absorbida la opinión pública, miran con positiva indiferencia los hechos pequeños que no tienen una relación inmediata con esos sucesos y esas acciones, aunque en tales hechos se hallen violadas todas leyes de la moral y de la justicia. En presencia de un enemigo extranjero cuya osadía amenaza la independencia; que caso hacen los ciudadanos del juez que vende sus fallos, del empleado que roba la hacienda, del ladrón que hurta al vecino, del calavera que seduce a una niña, y has-

ta del falsario que se alista en la milicia nacional para escapar de la ley y tal vez para convertirse en héroe? Cuando cesa la tempestad y la irritación calma, todos descubren con horror, con tristeza y desesperación, la llaga asquerosa que el egoísmo patriótico ó el patriotismo egoísta de cada uno ha abierto en la sociedad; y mientras los exaltados reclaman, los juiciosos reflexionan y la mayoría celebra los triunfos, la corrupción sigue su curso como esas corrientes subterráneas que arrastran las inmundicias y propagan las pestes en las incultas poblaciones. . . .

Tenemos hoy por lo mismo dos grandes peligros que conjurar; el enemigo exterior y la subversión posible de nuestro mismo orden moral, Uno y otro son terribles; uno y otro pueden causarnos males inmensos: ambos nos quebrantarán para siempre sin el ejercicio constante de las virtudes republicanas, recomendadas por nuestros héroes.

"Una antigua profecía dice el sabio baron de Humboldt, hacía esperar a los mexicanos una benéfica Reforma." Y esta profecía puede cumplirse hoy mejor que en los tiempos de Tezcatlipoca!

Ramón F. Gamarrá.

San Luis Potosí, Septiembre 18 de 1862.

En un Cementerio.

¿Por qué mi corazón late presuroso y la tristeza se ha retratado en mi semblante? ¡Ah! Aquí es la mansión de la muerte, el lugar de los suspiros y de las lágrimas: aquí es el cementerio ¡Huesos descarnados y blanquecinos! ¡Sepulcros, epitafios! ¿Por qué á nuestra vista el ánimo se amedentra? ¿Que es la muerte? ¿Que es el no ser? El que se muere, es aquí abandonado, depositado en un hollo ó colocado en una gaveta. Sobre el surco de tierra que manifiesta la inhumación de un infeliz, cuando más, una mano cariñosa coloca una humilde cruz; sobre la lápida dorada que cubre la gaveta se gravan retumbantes y mentirosos epitafios. ¿Que sarcasmo! ¿Porqué el hombre, ese ser vanidoso y débil, quiere llevar la mentira y colocarla sobre el borde de la tumba! ¡Y de que sirve ese insulto esa mueca grotesca que el vivo hace á un cadáver!

¡Epitafios! Ningunos ambiciono para mi tumba, porque no quiero que las burlas de esta vida me acompañen hasta en mi última morada. Los epitafios que ambiciono son una lágrima y un suspiro que la amistad derrame sobre mis restos, que el amor exhale al recordar mi existencia. ¡Cuánto ambiciono para mi sepulcro esos sollozos que esa infeliz muger del pueblo lanza aquí, sin testigos, ante ese montecillo de tierra! ¡Á quien ilora tan acerbamente? "Hijo mío, mi chiquito, dice, por que te fuiste?" "¿Porqué me dejaste sola?" La desconsolada muger no puede hablar, porque el dolor anuda su garganta; en su rebozo enjuga sus lágrimas y deja ver en su rostro un amor entristecido. ¿Y qué vale una loza de marmol en comparación de las lágrimas de una madre?

La triste muger abandonando el cementerio, donde duerme para siempre el hijo de sus entrañas. Yo me quedo solo, contemplando lo que es la vida, lo que son las riquezas y la belleza, el amor y la ciencia, cuando, una vez cortado el hilo de nuestra existencia, nuestro cuerpo viene á ser enterrado.

Leía yo el epitafio puesto sobre el sepulcro de una joven de dieziocho años: se decía que era bella como el iris y pura como la azucena. ¿Que sentía esta jóven al abandonar la vida? ¿La tumba se le presentaba como una mansión horrorosa? ¿La eternidad abría sus puertas de bronce y presentaba una mansión de felicidad? ¿Suzurraban aún en los oídos de esa moribunda los cantos de amor que en un tiempo la dirigieron sus adoradores? ¿Quién sabe.....!

Me diriji al osario y allí encontré los restos de tres generaciones revueltos, acinado. Edades, sexos, condiciones, virtudes, vicios todo estaba ahí mezclado. Los huesos del asesino reposaban, tal vez, al lado de los de su víctima, y los del seductor se tocaban con los de la incauta joven. "Oh sociedad! exclamé, así eres tú, confusa amalgama, en tu seno abrigas todo, quien puede tacharte de exclusivista"? "Aquí, añadí, tal vez dentro diez años estarán mis huesos confundidos, interpolados con los que ahora miro, hasta que las influencias atmosféricas y el tiempo los conviertan en polvo, el cual se llevará el viento quien sabe á donde?"

Abstraído en estas ideas, no había advertido que el sol no brillaba ya sobre el horizonte. El ruido que hizo la llave en la cerradura me sacó de mi meditación y vi que el sepulturero había depositado en el suelo su pala y su azada á fin de cerrar la puerta del cementerio. Dijeri mi adios á los muertos, prometiéndoles venir dentro de poco tiempo, á acompañarlos en su sueño eterno.

Matuhuala, Diciembre 22 de 1864.

NOTA.—Apuntes íntimos del Sr. Lic. Francisco Macías Valadez facilitados por su familia á instancias del Editor.



DISCURSO pronunciado por el C. Lic. Fortunato Nava en la festividad cívica de la noche del 15 de Septiembre de 1869, en el Teatro Alarcón.

A mi muy apreciable contemporáneo de Colegio, al ilustre C. Vicente Riva Palacio, en testimonio de respeto á su talento, á su instrucción y á su mérito literario dedico la siguiente oración conmemorativa.

FORTUNATO NAVA.

CONCIUDADANOS:

Que significa esta augusta reunión de mexicanos, ligados por el grato vínculo de la fraternidad? Que digna ofrenda habeis venido á depositar en vuestra cordial asociación ante este venerable monumento patriótico? Que númen misterioso santifica el delicioso esplendor de esta fiesta familiar? San Luis, ciudad encantadora,

perfumado canastillo de jazmines y rosas, nido de amores donde al tierno arrullo de la queja de sus palomas, bajo el cielo purísimo de su santuario derrama la poesía del sentimiento en los indefinibles goces que se desbordan del corazón: San Luis, la beldad predilecta de la patria, vestida de gala como la virgen que jura sus votos al pie de los altares, aparece radiante de júbilo, trémula de de ventura, profundamente conmovida de placer, palpitante de emociones infinitas. El bronce sagrado pregona en las alturas las contentas emanaciones del espíritu; el ronco estallido del cañón llena el espacio con la magestad de su sonoro imperio; las bandas militares dan al viento el concierto de sus festivas dianas; un pueblo entero arrebatado de entusiasmo, ébrio de satisfacción, precedido de alegres músicas y antorchas deslumbradoras, recorre las calles públicas elevando en sus cánticos el hosanna al Dios de las naciones, evocando la gloriosa memoria y los manes queridos de sus héroes, y endulzando las horas infantiles de sus hijos; los ástros brilladores de esta noche memorable, este bellissimo conjunto de magas y vestales que guardan el sacro fuego en el templo del alma, ataviadas con los seductores encantos de la gracia y la hermosura, inundan con los fulgores de sus limpias pupilas este recinto popular, y dan vigor a la débil expresión de mi pensamiento; y hasta parece que personificándose, que reanimándose la naturaleza virgen y risueña de nuestro país, despierta contenta en su lecho de flores, para venir graciosa y lisongera, á tomar un justo participio en esta solemnidad.

¡Mexicanos! ¿Que regocijo es este cuya vívida luz se refleja en vuestras serenas frentes? ¿Será acaso, que se opera en este momento supremo la renovación de aquellas suntuosas festividades conque la antigüedad, pretendió enaltecer el paganismo? Es que en la indecible exaltación de nuestra alegría, celebramos alguna epopeya grandiosa de nuestra vida social. Es amigos míos que sentimos sobre nosotros mismos la influencia soberana del génio de la patria; de ese génio que en el sepulcro mudo y silencioso de nuestros padres, suspende hoy su dolor y sus lágrimas, para tomar asiento en nuestra fiesta de hermanos; de ese génio, deidad espiritual del cielo, que en el campo de nuestras campañas fratricidas, sobre los despojos de la guerra, se ha presentado melancólico y enternecido á contemplar nuestra desventura al rayo amigo y apacible de la luna; de ese génio que sonríe en nuestras expansiones familiares; que cubre de flores los placenteros lazos de la amistad; que se refleja en la ardiente mirada del amante; que alegra nuestras llanuras y nuestras montañas, y que circundado hoy de una aureola gloriosa, da regocijo al corazón, inspiraciones á nuestra alma, movimiento y vida á nuestra sociedad.

Es amigos míos, que brota en nuestra memoria el hermoso recuerdo de aquella hora feliz en que se inició nuestra redención política; es que celebramos el glorioso aniversario de nuestra proclamación nacional, del principio soberano de nuestro ser, del renacimiento, del bautismo sacramental de México: bajo el amparo de una voluntad inflexible y omnipotente, ¡el patriotis-

mo! y la consagración primordial, magestuosa y santa de la justicia popular, ¡la independencia!

Cada pueblo de la tierra, bajo la dulcísima impresión de sus recuerdos, queridos lleno de veneración y de respeto, se acerca de tiempo en tiempo alrededor del altar de la patria, á perpetuar la tradición sagrada de sus glorias; las protestas vivas de sus virtudes, los verídicos testimonios de su civismo, y á ofrecer en holocausto, á la madre comun, su amor, á sus antepasados su gratitud y reconocimiento, y á Dios los sinceros votos de corazones fieles y patriotas.

Nosotros sin sustraernos al deleite del sentimiento mas entusiasta, hagamos la apoteosis de la gran idea proclamada por el héroe de 1810: al mérito de esa inmortal proclamación unámos el del patriarca providencial de México, y examinando si al sacrificio de nuestro benefactor corresponde la generación presente, procuremos no hacer estéril la pompa de esta solemnidad, en que debemos ratiñar nuestros juramentos por asegurar los futuros destinos de la nación.

La humanidad, esa creación bendita y privilegiada en quien el soplo omnipotente de la Providencia divina encendió la llama vivificadora é inmortal de la inteligencia, deja escritos con luminosos caracteres en la noche de los tiempos, los dogmas fundamentales de sus justos derechos, de su perfecta existencia, y de su verdadero progreso.

Allá en la era remota del oscurantismo en que la tierra estaba constituida en una inmensa pagoda de confusiones é ignorancia, y las sociedades en un caos de creencias y de supersticiones,

una gran familia en las tostadas arenas del Egipto, arrastraba las pesadas cadenas de la esclavitud; pero en sus lastimeros gemidos y en sus amargas lágrimas no se evaporaba el grandioso pensamiento de su rendición, ni en su cruel infortunio desmayaba un instante el portentoso espíritu que la animaba; que á ella le estaba reservado lo mas importante en el mundo, la sublime misión de conservar lo pasado, dominar el presente, y asegurar al género humano su porvenir.

Esa gran familia israelita, víctima de una opresión incalificable, santificaba su dolor con la firmeza de sus esperanzas, sus deseos con la clara justicia de su causa, y la seguridad de realizarlos con la sana conciencia de sus derechos y con la indestructibilidad de su unión. Confiada así en ese espíritu divino que enciende el lumínar del día y las lámparas celestiales de la noche, que creo la vida, el infinito espacio y que anima el universo, llegó el día solemne en que el ángel tutelar de su inolvidable patria, no se inclinaba ya sobre la cuna de sus hijos, para apagar con las aguas de su llanto la hoguera de sus penas y sin que fuesen bastantes para contener aquel pueblo los príncipes de Edon, los valientes de Moab ni los hijos belicosos de Chanaan; el israelita atraviesa las ondas del mar rojo. El desierto inmenso de Sim se estremecía al eco poderoso de su voz. No era el grito criminal ahogado en las devoraderas llamas de Soóoma: no la voz triste y angustiada, perdida entre las asombrosas ruinas de Sagunto y de Numancia, ni el acento tierno y desgarrador hundido en el

abismo la pavorosa noche de Tebas y de Menfis. Era una voz sagrada y sincera como la voz de la conciencia; era una voz respetable y soberana como voz de la justicia; era la emanación irresistible de la fé en el triple principio de Dios, la sociedad, la ley; era la voz redentora de un pueblo, era la voz de independencia, la proclamación augusta de la libertad, cuyo eco vigoroso pasando de tiempo en tiempo, de generación en generación, no se detuvo sino un instante en la eruenta cima del gólgota, para aterrorizar á los intolerantes, á los opresores, á los déspotas, á los tiranos, á los deicidas, y para venir después acompañados de las bendiciones y de los últimos suspiros del Salvador del mundo.

Ese eco santo que resonó en las fértiles playas de la hermosa América, en las ricas formas de esa poética Sirena de los mares, risueña inspiración de la ventura, exaltó las virtudes cívicas de Washington, conmovió el alma vigorosa de Bolívar, é inflamó el patriota corazón de Hidalgo que le vantó el grito salvador de México la memorable noche del 15 de Septiembre de 1810.

Cincuenta y nueve años ha que por la boca inspirada de ese génio en cuya frente se reflejaba el espíritu del cielo, perdía su vigor ante la ilustración del siglo diez y nueve la donación de Alejandro VI á la corona de Castilla.

Las rancias ideas de las viejas generaciones, cedían el puesto á la filosofía moderna.

El derecho de todos clamaba contra el pretendido derecho divino de un rey usurpador.

La libre acción de las sociedades no era ya un misterio, y la justicia de la libertad de México, apareció proclamada por el venerable cura de Dolores, como una exigencia del tiempo, como una ne-

cesidad de la nación, como una demanda de ese derecho que se vé por su claridad, de ese derecho que se siente por su evidencia, de ese derecho cuya fuerza nadie resiste, porque es tan incontrastable como la voluntad poderosa de los pueblos.

Sin embargo era una empresa colosal tan atrevida como gloriosa, tan difícil como humanitaria, tan grande como liberal, tan política como filosófica, tan racional como heroica; y para llevarlo á feliz término el gran Hidalgo, sin gente, sin armas, sin recursos, sin elementos organizados, solo contaba con una alma de fuego, con un inmenso amor patrio, y con un valiente corazón que no media las graves dificultades con que se preparaba á luchar.

Así, abrigando la fé de un apóstol, emprende y sigue su glorioso camino sin vacilar un instante, para devolver cual otro Moisés su patria y libertad á un numeroso pueblo. Abrigando la previsión de su profeta, sabe con evidencia que el destello luminoso de su alma, la sublime proclamación de libertad, se realizará para México, como la buena nueva con que los hombres inspirados por Dios saludaron la redención del mundo. Abrigando la convicción de un filósofo, vé la independencia como el medio necesario para desarraigar las preocupaciones, para ilustrar al pueblo y para impulsar á su patria por la vía del progreso y la ventura, y abriría vastas fuentes de vida, de prosperidad y de grandeza. Abrigando la heroicidad de un guerrero, no le arredraba la poderosa fuerza del coloso á quien desafiaba su génio, ni le desanimaba la falta de

arreglo en los preparativos de la guerra, supuesto que vencía cuantos obstáculos se oponían á su alto fin, improvisando ejércitos, municiones, recurso de todo género, con los que algunas veces arrancó favores á la victoria; y la sangre vertida en granaditas fructifico para México, como fructificó para el pueblo escogido la sangre vertida en Jericó. Abrigando la grandeza de un libertador lleva adelante su elevado pensamiento contra los errores del servilismo, contra las preocupaciones, contra las predicaciones de la prensa, contra los anatemas del clero y contra la implacable persecución de los inquisidores; y á todo se sobrepone, todo vence su heroismo, su ilustración, su valor y su patriotismo: su palabra era el dardo de Guillermo Tell lanzado contra el corazón del opresor. Abriendo la santa resignación de un mártir, no le intimida la muerte, desprecia el barro deslucible de su ser, con tal de que se salve, triunfe y florezca la gran idea de la independencia mexicana; y momentos antes de perder la vida y de que fuesen raídas sus venerables manos, perdona á sus verdugos, y queda plenamente tranquilo para consagrar sus últimos pensamientos y sus últimas palabras á su querida patria.

Hidalgo como apóstol de la libertad, Hidalgo como profeta de nuestros destinos, Hidalgo como filósofo social, como guerrero heroico, como eminente libertador y como mártir del amor patrio, nos ha enseñado el camino de ser libres. Acribillado por el plomo enemigo, el 1.º de Agosto de 1811 murió sin coronar la magnitud de su atrevida empresa; pero al morir, con los áto-

mos del sol reverberante de su gloria inperecedera, escribió su inmortalidad en el gran libro de los tiempos y de las generaciones. Murió; pero su sangre bendita era la llama que fundía las cadenas de la esclavitud, y calcinaba el pesado yecto de la opresión. Murió; pero el símbolo brillante de la satisfacción nacional, los lares inmarcesibles que adornan su sepulcro, crecen inclinados bajo las bendiciones de la posteridad, que eternamente les consagrará tiernos tributos de admiración y de respeto. Murió; pero su memoria perdurable, que es el astro mas esplendente del cielo de la patria, alumbró nuestro camino; ha sido el faro de la existencia de México; y á su prodigiosa influencia, coronó la victoria en la ciudad invicta el esfuerzo inspirado del inmortal Zaragoza, primer estallido del anatema nacional con que un día habría de ser confundida en Querétaro la más infame de las opresiones. Murió; pero si su heroismo no nos hubiera colocado en la ancha senda de la independencia, indudablemente los pueblos del mundo no saludarian aún el hermosísimo iris de la nacionalidad de México.

Viviamos como vasallos é Hidalgo nos hizo ciudadanos. Viviamos como desgraciados colonos, é Hidalgo borrarónos la marca del antiguo régimen, nos emancipó y nos dió un nombre glorioso. Viviamos como tributarios, é Hidalgo nos trajo los preciados encantos de los libres. Viviamos en la oscuridad, é Hidalgo nos trajo la luz. Viviamos abrumados de obligaciones indebidas, é Hidalgo quitándnos tan odiosa carga, nos restituyó el poder de nuestra libre ac-

ción y de nuestros propios derechos. Vivimos como esclavos, inclinados bajo una servidumbre injusta, é Hidalgo rompiendo el látigo del preterido Señor, hizo caer el polvo de nuestra frente para que fulgurara en ella la luz purísima de la libertad.

Las aguas de los mares, las rápidas corrientes de los ríos, las frescas auras de Septiembre, llevaban hasta las más apartadas regiones del globo, el honroso nombre de nuestro ilustre libertador, llevaban su poderosa voz, la voz sonora y armoniosa de esa libertad sacrosanta á cuyo soplo regenerador se rebullen ya los mohosos troncos de la vieja Europa, se conmueve la dolorida Polonia, suspira enternecida la desventurada Irlanda, llora la poética, la divina Italia, y canta alegre entre los tormentos y la sangre preciosa de sus hijos, su dulce porvenir, la espléndida perla de los mares, la hermosa Cuba.

No desmayéis, ¡oh pueblos oprimidos, que pronto sonará la hora bendita de vuestra salvación!

Reyes opresores del mundo, se acerca el día feliz de la emancipación y de la justicia universal. Temed que los luminosos destellos de la esplendorosa ráfaga de la libertad, hieran los antros de vuestra tenebrosa conciencia. La civilización destruye las cadenas de la esclavitud, descubre el oscuro velo de las preocupaciones, descubre los claros derechos del hombre, de la familia, de las naciones. Vuestros cetros se romperán en todas partes como se rompió el de Isabel en España, como se rompió el de Francisco José en Sadawa, como se rompió el de Napoleón 3º en México, como se rompió con formidable estruendo el del desventurado archiduque de Austria.

¡Salud á los héroes de la humanidad que rechazan y vencen el poder de la arbitrariedad y del despotismo!

¡Ay de los pueblos en cuya azarosa existencia sembrada de abrojos y de sufrimientos, no surja una fuente de consuelo, un génio poderoso que los salve del abatimiento, que los libre de la abyección, que los redima del servilismo. Mucho tardará para ellos esa deseada época de paz sin inquietudes, de libertad sin desventuras, de satisfacción sin zozobras, de felicidad sin infortunios!

Para un pueblo su libertador es el todo. Todo se le debe como merecido tributo á sus trascendentales acciones; es digno, es acreedor al respeto, á la veneración, á la gratitud y reconocimiento de sus compatriotas. Por eso nosotros acariciamos con ternura en el fondo de nuestra alma, la adorable memoria de Hidalgo, á cuya grandeza, profundamente conmovidos, rendimos este merecido homenaje, esta religiosa obvación, este culto nacional.

Mas ¡por qué, al aproximarnos sumisos á sus altares, se cubre de rubor nuestro semblante! ¿Qué nuestra conducta, no ha sido digna consecuencia de tanta gloria? ¿No se proyectan en nuestros actos el patriotismo, la ilustración y el heroísmo de nuestro grande libertador? ¿No hemos correspondido honrosamente á la sublime epopeya de nuestra independencia, al augusto sacrificio de martirio con que fué sellada nuestra redención política? ¡Oh génio venerable de Hidalgo, benefactor ilustre, padre respetable del mejicano, ¿por qué mandas sobre nosotros en

esta hora solemne la hidra cruel del remordimiento por qué nos pones frente á frente nuestras graves faltas, los crasos errores en que hemos incurrido. Tenemos contraída en tu favor una grande, una inmensa deuda, y la generación que supo colocar á tu obra prodigiosa una corona inmarcesible, ha sido más mercedosa, más digna aún de tus cuantiosos afanes, que la generación presente que suspira y llora sobre tu sepúlcro. Tú nos prescribiste que fuésemos verdaderamente hermanos, que bajo el apbro. manto de la libertad formásemos una é indivisible familia, animada de un solo pensamiento, la independencia; movida de un solo deseo, el bien general; vigorizada de una sola esperanza, el porvenir más venturoso; y la discordia con todos sus horrores, ha vertido en nosotros la hiel de la amargura; ha roto impía los dulces lazos de la fraternidad y nos ha separado á los unos de los otros. Tú nos encargaste que cultivásemos con cara solícita la ova inapreciable de la paz, y el torbellino de las pasiones desenfrenadas, la furiosa tempestad de los odios y el estuendo de las armas, remarcó en nosotros los toscos y deformes caracteres de la raza de Cain, cuando dejamos á nuestro paso fraticida sobre la tierra una inmensa sucesión de sepuleros, una cordillera de fúnebres cipreses, las densas tinieblas de esa pesada noche de insomnio, de honda tribulación que forma nuestra borrascosa vida, en lugar de esa luz pura y radiante del clato y apacible día de la felicidad que nos deseabas. Tú nos consagraste con generosa abnegación, el más precioso legado de la humana creatura, la

patria y la libertad, y nosotros prostituyendo las virtudes cívicas, debilitándonos en nuestras contiendas familiares, sin poder restañar la sangre de nuestras heridas, abandonamos nuestras puertos al desenfrenado vandalismo del Norte; y en los luctuosos días en que las aguas del Bravo se enrojecían con la sangre de nuestros compatriotas, en los momentos supremos en que herida de muerte nuestra nacionalidad en Veracruz, Cerro Gordo, Churubusco y Chapultepec, y en el palacio de Moctezuma se enarbolaba el pabellón de las estrellas, tus hijos desnaturalizados pugaban entre sí por meras teorías desoyendo los clamores de la patria afligida que pedía sacorro y venganza y viendo con furor desdeñen los pisoteados girones de nuestro pendón nacional.

Tú circundaste de pompa, magestad y deslumbrante grandeza, en el santuario del alma, el amor de la patria; le pusiste por guardianes de su inviolabilidad, el valor, la dignidad, el honor, las virtudes, para confirmar así la suprema ley de la redención política del hombre por el hombre. Combatiste heroicamente la influencia criminal de los delinquentes hijos de Arbues y de Guzmán; y los necios caprichos de una tiranía injustificable, para elevar en el fulgente trono de la concordia, hasta el diamantino cielo de México, la razón que condena los errores, la justicia que los reprime y castiga y la libertad que nos enlaza con su vínculo amoroso. Unjiste con el óleo santo de tu sangre preciosa esta tierra sembrada de tribulaciones y dolores, regada de lágrimas y santificada con la espiación augusta

de mil y mil mártires. Pero nosotros todo lo hemos profanado. Nosotros hemos orillado á la joven república al sacrificio supremo en que, su fatigada existencia, fué cruelmente torturada por el déspota de las Tullerías. Nosotros mismos con mengua de nuestra moralidad civil, de nuestros intereses nacionales y del aseguramiento de nuestro bienestar, hemos preparado ese cataclismo que solo el valor mexicano conjura con la ejecución sangrienta del Cerro de las Campanas.

Mas después de tanto sufrimiento, después de tanta desventura, ¿está asegurada ya la dicha de nuestro porvenir?

Hundida la nación en un mortal parasismo, en un inmenso dedalo de graves males, en un deplorable conjunto de adversidades, ¿no aparecerá alguna luz de lisonjera esperanza en nuestro horizonte nebuloso? ¿No habrá un consuelo en tan profundo conflicto? ¿No existirá un géulo que nos salve de ese insondable abismo en cuyo peligroso borde vacila nuestra existencia nacional? ¿Precedidos de una fatalidad inconcebible, continuamos avanzando por el antiguo camino que desgraciadamente nos condujo á la dominación extranjera, por ese sombrío camino de infortunios y de ruina, por el tortuoso camino de nuestra perdición! ¿En qué sueño criminal se estravian los mexicanos? ¿no disiparemos ese punible marasmo de que estamos poseídos? ¡Inspiradnos, oh sombra veneranda de Hidalgo! ¡México, no duermas ya, que el eco vigoroso de una voz santa te despierta!

Si un día conmovida bajo las inspiraciones de la civilización, si impelida un día por el irresistible estímulo de las modernas ideas, si entusiasmada por ese armonioso y divino concierto de los

pueblos que magestuosamente se encaminan á su predestinación, levántaste la espada victoriosa de la reforma y en duelo á muerte contra el retroceso atacaste de frente las preocupaciones y los inveterados vicios que se oponían á nuestra marcha, hoy lamentas con profundo dolor, que esterelizadas en gran parte las incalculables consecuencias de ese grande, de ese benéfico principio, no hayan florecido, no hayan fructificado, no te hayan hecho prosperar como debieran.

Relajándose los vínculos sociales, extraviándose la augusta y soberana misión de la ley, haciéndose ilusorios los salubres efectos de la justicia, los derechos y las garantías del hombre, la muerte le sorprenderá en la risueña primavera de la vida. ¡México, no duermas ya que el eco vigoroso de una voz santa te despierta! Tu eres ó México la madre tierna y amorosa de tus hijos, la que perdonarías compasiva sus errores, para que volvieran á tu seno á gloriarse en tus inefables caricias; pero los que debieran ser el eco fiel de tu sentida voz, desarrollan en su punible intolerancia la conservación y fomento de los odios, la diversidad de opiniones y de los intereses sociales, y alejan la confianza pública y la deseada paz de los pueblos.

Los fabulosos torrentes de oro y plata que salen por nuestros puertos, la falta de esa sangre que circula por nuestro cuerpo social, te está debilitando.

El espíritu de empresa decae.

Los giros se paralizan.

El movimiento, la actividad, las señales de nuestra vida social desaparecen. Las fuentes de la riqueza pública se agotan.

Del fondo de nuestros campos y de nuestras poblaciones se levanta el grito aterrador del hambre y la miseria.

La sociedad presenta los convulsivos síntomas de la agonía. ¡Méjico, no duermas ya que el eco vigoroso de una voz santa te despierta!

Tú no puedes por ahora sostener contra el extranjero esa competencia que establece la reciprocidad del comercio, porque no ha sonado aún la hora en que la institución mercantil, sea la columna principal de tu existencia como lo es de la mayor parte de las naciones de la tierra; y es por esto que la práctica aplicación del gran principio de libertad en ese ramo, y la libre extracción de tus caudales, acaba con tu naciente industria, con tus elementos de vida, y trae consigo la decadencia y la ruina.

Lo que quiere la República son garantías. Lo que quiere el ciudadano es la confianza en que el gobierno no le usurpará sus derechos; la confianza en que el magistrado destinado á la custodia de las leyes, no abusará de ese sagrado depósito para oprimirle; la confianza en que los demás ciudadanos no lo inquietarán: que esté seguro de que su paz no puede ser turbada; que su vida protegida por las leyes no pueda serle arrancada; que los delincuentes serán escarmentados; que esté seguro de que la propiedad que ha llegado á sus manos por justo título, está protegida por todas las fuerzas de la nación, que Méjico será para los mejicanos, y

que la autoridad será respetada y obedecida al reprimir toda clase de abusos. Así cobrará vigor y se engrandecerá la nación. Así los hombres, las empresas y los capitales afluirán á nuestro amortiguado país, y jamás el poder extranjero vendrá á imponer su pesado yugo, á los que aman, desean y sueñan una positiva y deliciosa libertad.

Mas ¿para qué tocar en estos momentos solemnes los males que consumen la vida popular, el espíritu público, las instituciones y la existencia nacional! ¿Para qué interrumpir con lastimeros gemidos los ardientes himnos de gratitud que se levantan de nuestros conmovidos pechos! No manchemos con lágrimas el hermoso cuadro que se presenta hoy á nuestra imaginación, ni ofusquemos con las densas nubes del dolor el brillo, del recuerdo venturoso que nos anima y regocija.

El hermoso lazo de la reconciliación nos ligue en este caro instante de nuestra vida, en que debemos deponer nuestros odios y nuestros rencores. Que en la efusión sublime del sentimiento patrio, no debemos ver en nosotros mismos, mas que hermanos, que dignos miembros de la gran familia mejicana, nacidos de una madre amable. E impulsados por unos mismos intereses, movidos por el solo deseo de nuestra ventura, renovemos nuestros juramentos por asegurar los futuros destinos de Méjico independiente, ante el venerable altar de la patria, bajo el sólio esplendente de nuestra querida libertad.

¡Méjico! dulcísimo nombre de la patria mía!

risueña expresión de la naturaleza! Méjico; tierra bendita llamada a ser el asilo clásico de la libertad; tan rica como codiciada, tan hermosa como desventurada. Méjico. Joya preciosa de esa hada hechicera de la América, brillante, dorado ensueño de Cristóbal Colón! el pueblo que en las profundas angustias de tus tormentos, supo romper las cadenas con que te aprisionaba el poder español; el pueblo que desfogando sus dolores, al compás de sus cantos de victoria, sacudió el yugo de las preocupaciones y de la tiranía; el pueblo que a la faz del mundo levantó su nombre glorioso sobre la fama bélica de la orgullosa Francia, hoy bajo la influencia sacrosanta del inmortal recuerdo de Hidalgo, jara librante de los peligros que te amenazan, y hacerte fuerte por la unión, rica por el trabajo, grande por la ilustración y feliz por el patriotismo. Entre tanto, este oscuro hijo de ese pueblo, espera ansioso con la mano sobre el sombrero, los albores de la hora suprema de tu dicha, para saludar entusiasmado tu venturoso porvenir.

¡Mejicanos! ¡Viva la Independencia! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la República!



La juventud que marcha

Los hombres pensadores, las naciones civilizadas, llevan siempre por brújula de su porvenir, que marque el norte de su gloria, el progreso de la juventud; no será jamás este progreso positivo aquel fantasma ridículo que espanta a los pueblos supersticiosos con cuentos de duendes é invenciones femeniles, azás crédulas, para un vulgo ignorante, sino el perfeccionamiento en la inimitable ley eterna y divina que ordena las costumbres y pone á Dios por autor único y soberano del destino de la humanidad y del orden del universo. ¿De qué serviría la ecuación siempre variable de a-z si, sobre esa fórmula de una matemática que calcula, está invariablemente fundado el destino de una alma que desde su primer aliento reconoce á su Dios, autor de las maravillas de un mundo cuyos habitantes muchas veces se enloquecen para resolver ¡miserables! la trascendental fórmula del infinito!

Quién ha puesto ese pequeño pedazo de barro sobre la tierra para creerse soberano, único

risueña expresión de la naturaleza! Méjico; tierra bendita llamada a ser el asilo clásico de la libertad; tan rica como codiciada, tan hermosa como desventurada. Méjico. Joya preciosa de esa hada hechicera de la América, brillante, dorado ensueño de Cristóbal Colón! el pueblo que en las profundas angustias de tus tormentos, supo romper las cadenas con que te aprisionaba el poder español; el pueblo que desfogando sus dolores, al compás de sus cantos de victoria, sacudió el yugo de las preocupaciones y de la tiranía; el pueblo que a la faz del mundo levantó su nombre glorioso sobre la fama bélica de la orgullosa Francia, hoy bajo la influencia sacrosanta del inmortal recuerdo de Hidalgo, jara librante de los peligros que te amenazan, y hacerte fuerte por la unión, rica por el trabajo, grande por la ilustración y feliz por el patriotismo. Entre tanto, este oscuro hijo de ese pueblo, espera ansioso con la mano sobre el sombrero, los albores de la hora suprema de tu dicha, para saludar entusiasmado tu venturoso porvenir.

¡Mejicanos! ¡Viva la Independencia! ¡Viva la Libertad! ¡Viva la República!



La juventud que marcha

Los hombres pensadores, las naciones civilizadas, llevan siempre por brújula de su porvenir, que marque el norte de su gloria, el progreso de la juventud; no será jamás este progreso positivo aquel fantasma ridículo que espanta a los pueblos supersticiosos con cuentos de duendes é invenciones femeniles, azás crédulas, para un vulgo ignorante, sino el perfeccionamiento en la inimitable ley eterna y divina que ordena las costumbres y pone á Dios por autor único y soberano del destino de la humanidad y del orden del universo. ¿De qué serviría la ecuación siempre variable de a-z si, sobre esa fórmula de una matemática que calcula, está invariablemente fundado el destino de una alma que desde su primer aliento reconoce á su Dios, autor de las maravillas de un mundo cuyos habitantes muchas veces se enloquecen para resolver ¡miserables! la trascendental fórmula del infinito!

Quién ha puesto ese pequeño pedazo de barro sobre la tierra para creerse soberano, único

y despótico, de todo lo que estuviera sobre la medida de sus dominios, la órbita de su NADA? Sin Dios nada explica, con El todo lo resuelve, porque es el norte de su destino. Progrese, sin saber á donde, riase, discuta, du- de y asegure, admita ó desprecie el hombre, según el emponzoñado libro de doctrinas im- pías y sin creencias fijas, y ya veremos luego **un sabio en miniatura** con el corazón co- rrompido; un hijo rebelde coronado con las marchitas flores de unos estudios mal apren- didos y peor interpretados; un bárbaro, con cuerpo de niño y alma negra: porque está resuelto á todo, todo, menos á la observancia de la ley santa y yugo suave del Evangelio.

¿Qué será entonces del respeto á los padres, el amor á sus semejantes y sobre todo, del respeto y culto á la Divinidad? La ley sería el capricho y la moral el **sic volo, sic juveo**, así lo quiero, lo mando así; en cuya ridícula parodia demostraría la imbecilidad, halagando su necio orgullo. ¡Nunca el imperio del mun- do, obra maestra de un ser inmenso, podría go- bernarse por esos párias que abdican de su dignidad y ponen ridículo su miserable ser! Quien quiera reinar que sepa vivir: y en esa antítesis gloriosa para los hombres está basada la dignidad.

Mas ¿qué observamos en nuestros días? ¿Qué escuela sigue la juventud para resolver el gran problema de su porvenir? ¡Triste es decirlo y llena de espanto! No es el amor de la virtud ó el conocimiento de Dios: por dergracia se ha borrado hasta su nombre del frontispicio de

las aulas, y solo se le quiere encerrar en los muros del templo! La poesía y la filosofía son lánguidas y estériles cuando no armonizan sus cantos con el nombre augusto de Dios; y diremos más: el hombre se trasforma en un bárbaro cuando procura olvidar la primera verdad, el primer autor que ha sembrado de maravillas y encantos al universo, que es la sonrisa de Dios. ¿Qué espera el miserable en el árido de- sierto de la vida? con razón el gran vate Eduar- do Young exclamaba:

¿Qué proporción habrá entre la grandeza
De aquella Magestad y la torpeza
Del más noble y sublime acento humano,
Acaso porque el hombre ha recibido
El don de ver sus obras, y pasmarse,
Pretenderá atrevido,
Átomos de un mundo átomos arrojar
Á murmurar desde este polvo oscuro,
Las glorias de su Dios con labio impuro,
¿Dónde encontrar ideas y expresiones
Que de él no sean indignas?
Aunque mi pensamiento penetrase
Al centro de la tierra, ó registrase
Todos los cielos, ¿qué comparaciones,
Qué imágenes podrá hallar tan dignas,
Y tan nobles, que de él no desdijeran?
Cuando, á este fin los hombres consideran
Del orbe la belleza y opulencia,
No ven más que tinieblas é indigencia.

De aquí es que, juzgando á nuestra edad según sus principios disolventes: el amor de los padres es una cobardía, un servilismo; la compasión y amor á sus semejantes un temor y bajeza; el amor á Dios una hipocresía y un acto de fanatismo: gozar según lo exijan los placeres más vergonzosos, y ser libre, con la libertad que fácilmente se trasforma en libertinage; amar á quien nos proporciona el goce sensual, y vengar, aun con peligro de nuestra existencia, al enemigo de nuestro bienestar, es la ley que ansían los sustitutos de nuestra propiedad y de nuestro nombre. La ciencia de hoy olvida su pasado y se burla ignorante de nuestro porvenir "comamos y bebamos mañana, pues, moriremos."

Ese drama, que infunde terror á los hombres pensadores, está demostrado con la historia de tristes ejemplos: ¡El héroe es un joven! "Su padre le prescribía su régimen que más le convenia para ser robusto y fuerte; y como á la edad en que á otros niños se les enseña el "¿quién es Dios? ya estaba él cansado de saber que no existía, no tuvo que preocuparse lo más mínimo con esas cosas que cuentan á los rapaces las diestras impertinentes y las madres aprensivas.

Al modelo de su padre se ajustó el desdichado cuando llegó la hora de dejar de ser niño y empezar á ser hombre. En el doctor germinaban de vez en cuando, entre los recuerdos de su infancia, las enseñanzas de su madre: en la memoria del joven no había semillas de esta especie: nada podía brotar allí en daño de otro cultivo: lo que en el padre fueron dudas, en el hijo negaciones terminantes. y llegó éste á ser en Madrid una de las glorias militantes de la sec-

ta que preparó en España el actual desbarajustado filosofismo."

Para no detenernos más en un cuadro tan horrendo, en que se pinta el vicio, la incertidumbre en el alma y la hiel en el corazón del hombre que en nada cree, vuelve el joven sus ojos á su padre que en nada le consuela; ve perdidos sus intereses, mancillado su honor y extinguida su esperanza; recurre á sus libros de autores sin fé, que solo lo han enseñado á dudar de todo, y no encuentra la calma que busca; y como todo cobarde incrédulo que no se atreve á arrojarse en brazos de su Dios, recurre al ridículo refugio que ponga término á su locura, porque no tiene ya valor para soportar desgracia tanta.

Escuchemos el monólogo á que se entrega, momentos antes de consumir su irrisorio triunfo: "Si hubiera infierno y en él un demonio mil veces más astuto y maléfico que el inventado por el místico fanatismo, no fuera capaz de disponer las cosas en mi daño con tan ingenioso artificio como las ha compuesto mi negra desventura.

"Este pensamiento que me abraza la mente y me esclaviza al vigor de mis propias ideas ¿qué es sino una excitación nerviosa, una secreción de mi cerebro? ¡El Espiritual fantasma de la razón sometida al dogma, y grillete de la libertad de la conciencia. ¡y la virtud y el vicio, el bien y el mal, cosas convencionales dependientes del clima, del temperamento, y de la educación!.....

"Solo hay una cosa que no tiene fin, eterna é invariable: el dolor. ¿Quién sabe si él es la fuerza inconsciente, la voluntad ciega que lo gobierna todo? . . . Pero es indudable que el reposo está en la muerte, en la aniquilación . . ."

"Dormir en los brazos de la madre naturaleza, es el apetecible término de la lucha de la vida . . . ¡Caiga de mis hombros esta pesada carga que me agobia, y descansenos de una vez!"

Así se despedía de la vida aquel suicida materialista sin fé ni esperanza . . . y pocos momentos despues de su incertidumbre que lamenta y consulta, queda su cuerpo hecho pedazos en un profundo barranco de las montañas de Santander, al mismo tiempo que su cabeza era despedazada, dejando regada en las peñas su masa cerebral, único espíritu en que creía, la **sola sustancia pensadora** según las teorías del iluso y los disolventes principios de su padre.

Pasemos, dice un ilustrado publicista, pasemos por alto la desesperación y sacrilegos lamentos del que engendró para el infierno al héroe, por desgracia nada ideal, del bello romance; pero antes de apartar la vista del noble cuadro que os he presentado, ¡padres de familia, escojed! Dos son las carreras que ahora se abren para vuestros hijos. La primera empieza en la escuela sin Dios, continúa en las aulas impregnadas de materialismo, y en cambio de una que otra partícula de mundano oropel conduce á una muerte desastrada. La segunda

estriba toda, en nuestra adorable Religión que en el hogar, en la escuela, en la Universidad, én todas partes, graba profundamente sus saludables máximas; poco brillo trae y ninguno medro en los tiempos que corren; pero ahora y siempre da la verdadera felicidad, una paz inalterable aun en medio de los mayores infortunios, una muerte tranquila aunque sea violenta, una tumba gloriosa, aunque ignorada de los hombres.

He aquí por qué los Seminarios plantados bajo la vigilancia inmediata de la Iglesia, son una necesidad en nuestros tiempos, bajo el aspecto social y religioso; pues en ellos la ciencia y su autor científicamente se enlazan y armónicamente se relacionan con el gran todo positivo é interminable: LA ETERNIDAD.

F. A. Carranco.

1881



ENTONCES Y HOY.

(POR OTRO ESTILO)

A José F. Casarín.

Apenas hará diez y ocho años, y parece que hace cuarenta: tanto han cambiado nuestras costumbres. La plaza de Armas, escueta y triste de ordinario, con su fuente terminada en alta columna coronada con el gorro de la libertad; con sus enormes asientos de piedra con vista por un lado hacia el empedrado central, y por el otro hacia el empedrado de las calles; con su hilera de álamos en medio del embaldosado del perímetro, que servía para el paseo; la plaza de Armas, decimos, se adornaba, pocos días antes del de Todos-Santos, con amplios y elegantes puestos de dulces. El espacio que hacia el interior de la plaza dejaban libre dichos puestos, era ocupado por los de fruta. Aquello era una gran fiesta. Con anticipación de muchos días notábase desusado movimiento en las tiendas de ropa y en las sastrerías. Era que todos los habitantes de la buena ciudad de San Luis, hombres, mugeres y niños, se preparaban para estrenar. En aquellos felices tiempos, ninguna persona, de la categoría que fuese, podía dispensarse, so pena de pasar por de mal gusto y hasta descortés, de

plantarse vestida de nuevo de piés á cabeza el Jueves Santo, el de Corpus y el día de Todos-Santos. Solo los pobres de solemnidad se veían privados de placer tan grande cuanto inocente aunque no económico, sobre todo, para los jefes de familias numerosas. Observábase también, en la última semana de Octubre, grande afluencia de forasteros, habitantes de las poblaciones todas del Estado, principalmente **rancheros, que bajaban**, era la palabra con objeto de divertirse durante unos cuantos días. El último de dicho mes, la animación era indescribible: los oficiales de las sastrerías se cruzaban en todas direcciones, llevando trajes compuestos generalmente de levita negra, chaleco de terciopelo y pantalón claro, grandes, medianos y chicos; los zapateros conducían casi arrastrando, enormes racimos de botines, de charol para los caballeros y niños, y de raso para las señoras; las criadas de casi todas las casas, iban á los cajones de repa por florés, pañuelos, corbatas, listones, etc.; los rancheros invadían completamente la calle que va de la plaza de Armas á la del Mercado, se sentaban en las aceras comiendo cañas, cacahuates, naranjas, etc. Los puestos de dulces permanecían tenazmente cerrados, escitando la curiosidad y apetito de los niños, quienes se saboreaban de antemano pensando en las golosinas que encerraban, y los cuales no dormían en toda aquella larga noche.

Llegaba por fin el gran día. Para no distraernos, conduciremos al lector á la casa de una familia compuesta de muchos individuos

de todas edades, donde podremos presenciar las numerosas escenas á que daba lugar el amanecer de Todos Santos; en la inteligencia de que iguales ó semejantes escenas se veían en las demás casas de la ciudad.

Apenas los primeros rayos de la luz matinal penetraban por las rendijas de la ventana, los muchachos, tres hombreritos y dos niñas, empezaban á levantarse á gran prisa, deseosos de disfrutar cuanto antes de los dulces placeres del día. La mamá se levantaba también para lavar, peinar y vestir á aquella turba ansiosa y descontentadiza. Es de advertirse que entonces los niños andaban todo el año sucios y mal vestidos con los deshechos de los trajes paternos, y que solo se aseaban y vestían elegantemente en las grandes fiestas mencionadas.

Oigamos los diálogos animados que con tal motivo tenían lugar:

—Mamá, mira á Pepe que se está poniendo mi camisa.

—¡Qué tu camisa! Si es la mia, vaya!

—Mira, mamá, que ya me la ensució.

—A ver, niño, ven acá para lavarte esas manos y esa cara.

—Mamá, dónde está mi pantalón.

—No lo han traído.

—Aaayyy! Y cómo voy á salir ahora?

Y el chico se tiraba al suelo llorando y arrancándose los cabellos.

—No llores, no llores, que ya lo traerán.

—No, no, no, ya no lo quiero ¡Aaaay!

—Pero, Juan!—gritaba la mamá, que veía

á otro de los chicos pisoteando la camisa en un rincón.—¿Qué estás haciendo, pícaro muchacho?

—Que Pepe me ensució la camisa y ya no me la pongo.

—Pues á ver qué te pones, porque esa es la camisa nueva.

—Pues yo no me la pongo, no saldré.

—Allá te las hallas. A ver, préstala. Mira como la pusiste, muchacho soberbio. Toma. Y el chico recibía un buen manazo y se iba gritando á hacer compañía al que, con chaleco y sin pantalón se revolcaba en el suelo.

—Mamá, gritaba llorando la niña menor, mira á Rosa que se ha puesto mis botines y no me los quiere dar.

—Estos no son tus botines.

—Ven acá, Rosa. Quitate esos botines: no ves que son los de Julia!

—No, dice Julia, yo ya no me los pongo. Ya me los hizo muy grandes.

—Quitate esos zapatos, Rosa! grita ya enfado la mamá.—Luis! Luis! dónde estas, muchacho! Ven para acabarte de lavar.

Y Luis se presenta en patios menores con la cara llena de jabón, y con un sombrero Tegetoff nuevo, que se andaba probando.

—Mira como has llenado de jabón ese sombrero! Dios me dé paciencia con ustedes.

Y entre gritos, llantos, migicues, manazos y pellizcos la mamá sigue lavando, peinando y vistiendo uno por uno á todos los chicos. El sastre llega con el pantalón que faltaba. A un chico se le da una camisa vieja, porque la nueva estaba

arrugada. Poco á poco los ánimos se calman. Todos se andan echando agua en los ojos para que no se les conozca que han llorado. Este anda con los talones porque los zapatos le aprietan. El otro se ahoga dentro del cuello demasiado estrecho y alto de la camisa. El de más allá no puede pegar los brazos al cuerpo, porque las mangas de la levita son chicas y muy ajustadas. Una de las niñas se queja de que el resorte del sombrero la ciñe mucho; y la otra se entretiene, á hurtadillas, en vaciarse en el pañuelo todos los pomos de es-cevicia que encuentra á la mano.

Por fin ya están todos listos. El papá aparece en el patio, y la turba corre á su encuentro gritando: Papá, mi muerto! Papá mi muerto! Y el papá saca cinco pesos del chaleco y da uno á cada uno de los chicos.

—Papá, vámonos á la plaza.

—Aguárdate, hijo, deja que se vista tu mamá.

—Hum! Quién sabe á que horas acabará.

La gente menuda se impacienta, y va á urgir á la mamá. Esta los manda noramala. Los chicos se salen molinos, pero se ponen á travesear, y este baña al otro y el otro da un porrazo á Julia en las narices, y vuelve la jarana y la bola. La mamá concluye tranquilamente de vestirse, sale, arrastra á los chicos, los cepilla de nuevo, los vuelve á peinar, los echa de dos en dos por delante, toma el brazo de su espaso y dice con mucha prosopopeya: A misal!

Esta palabra no es muy del agrado de los chicos, pero fuerza es resignarse, y se dirigen á la iglesia. Durante el oficio, Pepe, Juan y Luis se entretienen en tocarse el peso que llevan en el

bolsillo del chaleco, en sacarlo á hurtadillas y contemplarlo con delicia, lo que les vale buenos pellizcos de la mamá.

—Hete, por fin á mi gente en la plaza.

Qué gritos! qué algarabía! qué confusión! Este vende cera barata, el otro dulces, el de más allá, las famosas encaladas ó pan para los muertos.

Los rancheros obstruyen el paso, ostentando sus enormes sombreros, sus chaquetas de cuero y sus inmensos paliacates llenos de fruta. Entre aquel gentío, los pilluelos se entretienen en pegar calaveras de papel á los caballeros y señoras.

Gravemente avanzan nuestros héroes entre aquella apiñada muchedumbre. Los chicos, embobados ante las preciosidades de los puestos, uno con el sombrero al revés, otro arrastrando casi los pantalones, y el otro medio crucificado dentro de la levita. El papá con sombrero alto á la moda, prisionero dentro de enorme y almidonado cuello, ostentando corbata de ganchito y chaleco de tercipele verde, lo que da á su voluminoso abdomen el aspecto de un gran mayate tornasolado. La mamá luciendo un costoso tapalo de gró azul y negro, un traje de seda amarillo sobre una crinolina, cuyo diámetro sería por lo menos de tres varas. Caminaban con tal magestad, que diríase eran reyes conduciendo á los príncipes sus hijos.

Por el mismo estilo era toda la concurrencia elegante. Los puestos estaban atestados de pollos, (jóvenes de veinticinco á treinta años), y de solterones. Estos tomaban una copa de cig-

nac; aquellos una limonada, mientras hacian señas á las pollas que paseaban.

Nuestros chicos hacian, entre tanto, sus compras de dulces de pasta de almendra, de muertos y calaveras de azúcar, de cañas, chirimoyas, aguacates, zapotes, etc., etc., y era de ver, á la una de la tarde que se retiraban, los montes de dulces y frutas que cada uno conducia. Llegados á la casa empezaba el ataque general á los efectos comprados. Por supuesto que en la tarde una tremenda indigestión, tambien general, ponía en alarma á la familia, y en juicio á todos los chicos.

Hoy las cosas han cambiado. Ya los papás no cargan con sus nenes al paseo. El jefe de la familia se va solo con sus amigos; la mamá sale con las señoritas. Los chicos, elegantes, bien puestos, á la última moda de Paris, van á los pequeños puestos del mercado, no á comprar dulces, sino á saborear un gin-cocktail y á requebrar á las pollitas. Todo mocosoito mayor de siete años se consideraria deshonorado si comprara un dulce. A la una del día se van á la fonda á comer, y despues, con el puro en la boca, á jugar un partido de billar. Algunos apenas alcanzan á la mesa. Deberian construirse mesitas á propósito para ellos. Por la noche van al paseo, cada quien invita á sus amigos á tomar una copa. En seguida se ponen á pasear, haciendo picardías que no son para dichas, expresándose, como es de buen tono, en el pulcro lenguaje de los carreteros. Su conversación versa generalmente sobre sus amores con Fulana y con Zutana, pollitas que

pueden caer aún en un pozo de esencia. En seguida se introducen en alguna de las innumerables roletas que de día en día van substituyendo á los puestos, y juegan con el mayor aplomo del mundo, ellos, los títeres, y pierden ó ganan: en el primer caso, la mamá los saca de apuros; en el segundo ¡á gozar! Retirarse ántes de las dos de la mañana es **curst**.

¿Qué sería mejor: entonces ú hoy? No estamos ni por uno ni por otro. Otra vez nos explicaremos.

Noviembre de 1881.

P. Colunga.

La recompensa de una buena acción.

Era una tarde del mes de Abril. Los rayos del sol iluminaban con su ténue luz la hermosa playa del pueblo de X. María y su hija Rosa permanecian sentadas en una roca contemplando el crepúsculo vespertino. Todo lo que las rodeaba convidaba á gozar. La paz y la tranquilidad con que vivian, hacían envidiable su posición; eran pobres, pero vivian felices; vivian lejos de la sociedad y sus encantos, pero en cambio la ternura maternal alimentaba á una, y el cariño de la inocencia daba vida á la otra.

Maria, arrobada en sus pensamientos dejó caer una lágrima que presurosa enjuga su pequeñita hija y le dice, no llores, madre mía, no eres feliz con mi cariño? Tu llanto me entristece.

Maria le da un beso y se aleja un poco de ella mientras la niña se divierte en recoger las conchas que arrojan las olas al bañar la playa. Al retirarse exclama ¡Pobrecita! Porque hacerla sufrir desde su tierna edad!

Cuando la niña se quedó sola, ve que se acerca un pobre anciano, cubierto de harapos y un profundo pesar pintado en su semblante, y le dice; bella niña, dadme un pedazo de pan, tengo hambre.

Conmovida al escuchar su voz, olvida que la autora de su ser no está á su lado y le contesta: Ven conmigo, en mi casa tengo pan y te alimentaré, te daré vestido para que te abrigues. De sus ojos ruedan dos lágrimas y sin reflexionar que se aleja de su adorada madre, se dirige hacia su casa acompañada del que imploraba la caridad.

Vuelve la madre y al no encontrar á su hija en el sitio donde la habia dejado lo grita desconsolada Rosa..... Rosa..... porque no me respondes? Los pensamientos más tristes agitan su mente, nadie responde sino el eco de su voz. Se vuelve hacia la casa, y la fatalidad ó la fortuna que enlaza algunas veces los acontecimientos, hacen que no la encuentre, pues la niña, despues de socorrer al pobre anciano, presurosa se vuelve hacia la playa á referir á su mamá lo que acababa de hacer.

Llega la niña, la noche comenzaba á cubrir con su manto aquella fértil ribera y la luna aso-

maba por el horizonte. Creyéndose sola, con la ternura de su corazón virgen aún, eleva una plegaria al Ser Supremo, pidiéndole la conculca con la que le dió el primer beso maternal. Nadie la escucha, nadie la vé, pues el mendigo habíase quedado alimentado con el pequeño socorro de la chiquitina. Oye no muy lejos el anciano una voz angelical que con ansia pide el consuelo; comprende que es la de Rosita y se levanta presurosa hasta llegar al punto de donde oia la voz que lastimabá su corazón. No llores mas, hermosa niña, tu llanto quema el alma mía, experimento una emoción extraordinaria. Tuve una esposa; al separarme de ella aun no daba á luz al ser de mi ser, al objeto de ternura. El deber de la patria, el deber de un buen ciudadano me hizo dejarla hace diez años y no he vuelto á verla; nadie ha podido darme razón de mi María. Tal vez cree que he muerto.

Le interrumpe la niña y le dice: oye, buen anciano, dime tu nombre;.....eso que me refieres se parece algo á lo que mi madre me ha contado.

Yo nací en este pueblo poco tiempo despues que mi padre tuvo que partir. Hace diez años que mi madre no tiene otro consuelo que divisar el ancho mar, esperar ansiosa las naves que llegan á esta playa y preguntar á todos por su querido esposo. Es todo en vano; nadie na podido darnos noticia de mi padre á quien no conocí, y para llorar sin que nadie interrumpa su llanto, se deja de mí, como ves, y me deja divertida en este lugar.

El anciano no pudo dominar su emoción y dice ¡qué felicidad! Dios mío! Dios mío! En estos momentos llega María que por segunda vez buscaba á su hija. . . . Se detiene. . . sorprendida, la abraza, llora con ella, y le promete que jamás se separará, que llorará la muerte de su esposo en presencia de ella, que es la mitad de su ser, el ángel que la consuela y la esperanza de su porvenir. Carlos, esposo mío, mira á tu esposa é hija pidiendo al cielo por tu eficacia.

El pobre anciano enmudeció al oír aquella voz entrecortada por el llanto. Haciendo un poderoso esfuerzo se acerca, la abraza y le dice: soy Carlos, Carlos Rafael, tu esposo. Tu ausencia y los pesares han marchitado mi semblante, han nublado mi frente y me han puesto en el estado en que me ves. He venido implorando la caridad, por conocer al ángel de mis ensueños, por acabar mi vida con la compañera fiel de mi existencia. Oh! esposo mío, Carlos querido! El Dios Omnipotente ha concedídomelo que ansiaba mi corazón, lo que pedía frecuentemente á El. Es tu padre, hija mía, llora en sus brazos, enjuga su llanto.

Forman un grupo encantador, se arrodillan, bendicen á Dios por el feliz encuentro, y son dichosos desde aquel día.

San Luis Potosí, Julio 6 de 1884.

DIRECCIÓN *Antonia Rojas.*



ALOCUCION

Leída por su autor el Sr. Lic. Primo F. Velázquez, en la solemne instalación de la Sociedad "Orozco y Berra" de Historia y Literatura, la noche del 16 de Septiembre de 1886.

No hablara yo, señores, delante de vosotros que tan bellas cosas sabéis decir, si no fuera porque en este día, lo mismo á los que han llegado á las cimas del espíritu que los que medrosos y desconfiados han desandado el camino, y á los que turbados por su ignorancia apenas si pueden descubrir las asperezas y los obstáculos; lo mismo á los que huellan la cumbre que á los que bordean por la falda, á los que cabalgan en el hipógrifo y á los que van á la grupa de Clavileño, á todos por igual, si sienten circular la sangre que, rasgando las venas de los aztecas, transfundió con la espada el conquistador ibero, á todos cumple aclamar á la madre Patria, que hoy recorre su marcha triunfal, en su dorado y esplendente carro, llevando en el regazo las palmas y laureles de

1020005990



UN SUEÑO.

Era una tarde del mes de Marzo, tarde hermosísima en que la naturaleza virgen empieza á ostentar todas sus galas y primores; en que los campos, cubiertos de verdor, ya ofrecen á esa juventud fascinadora y gozosa, las bellas flores con que el cielo los ha enriquecido; en que los pájaros, gorgoando alegres en el verde ramaje de los árboles, entonan un himno de alabanza al Ser Supremo como autor de sus criaturas.

Yo paseaba por los campos á los últimos reflejos del sol, buscando la senda más apartada y solitaria para entregarme á las reflexiones, y recordar allí las horas de ilusión, de alegría, de placer y de tristeza, que dejan el alma sumergida en un caos de confusas ideas.

Como caminaba ensimismada contemplando la hermosura de aquella tarde y admirando en todo lo que me rodeaba la grandeza y bondad infinita de Dios, llegué bien pronto al lugar donde deseaba. Rendida por el cansancio, sentéme á la orilla de un río, sobre el cual el as-

tro de la noche empezaba á esparcir sus rayos, confundidos aún con los del sol, en la superficie clara y cristalina de sus aguas perfumadas por algunas flores que arrastraba en su corriente. Tan absorta estaba en mis pensamientos que me vino un profundo y delicioso sueño; de manera que á los pocos instantes yo soñaba; pero, ¿qué soñaba? Quizá mi sueño no tenga ninguna relación con el objeto con que nos reunimos en este sitio; pero os lo referiré con el lenguaje tosco y rudo de que soy capaz, y me direis si tengo razón ó no para haberme impresionado.

Soñé que como se llegaba el día en que había de presentar mis desnudos pensamientos, y no teniendo una idea, una frase, ni una palabra aún para empezar á formar mis mal desci- fradas líneas, se había apoderado de mí la idea de no seguir más, aunque con pesar de mi corazón, el estudio de la ciencia que con tanto ardor había empezado.

Un desaliento se había apoderado por completo de mi espíritu desfallecido y pronto ya á sucumbir á la idea que tenía formada, si una mujer que me habló en estos términos, no hubiera llamado mi atención.

Oye, buena niña ¿porqué tus facciones están contraídas y tus ojos parecé se han humedecido con el llanto? ¿no tienes, por ventura, el regazo de una madre, el abrigo de un padre, un hermano, una amiga á quienes comunicar todos tus sufrimientos? No parece sino que el dolor agobia los más preciosos años de tu vida.

¡Oh! si, le contesté, si tengo todos esos seres amados que labran la felicidad en la tierra; pero esos seres no pueden hoy calmar en algo la tristeza que me aflige, y por eso estoy al punto de perderlo todo.

¿Cómo perderlo todo! exclamó ella entristeciendo su semblante antes risueño y apacible, ¿qué será posible que te dejes subyugar al peso de los trabajos que el Creador manda á su criatura; tan grande será tu aflicción que no me la puedas comunicar para ver si en algo alivio tus penas?

Mi pena, le contesté con respeto, no es nada para otra persona; pero para mí es un trabajo superior á mis fuerzas, cual es, el de presentar una composición, algo, pero que sea exclusivamente propio de la persona á quien se designa. Y, ¿qué hacer? ... Pensaba formular una composición pequeña, y aunque fueran mal escritas mis ideas, por ser la primera vez, dedicarlas á mi infatigable Maestro que tanto interés toma por instruir al sexo débil.

Pienso mucho, pero no encuentro como expresarme, cómo manifestarle mi reconocimiento por el bien que ha hecho á mi alma.

Callé, y esa mujer fijó en mí sus lindísimos ojos, y una grata sonrisa se desprendió de sus labios de rosa, la que fué correspondida por una de las mías.

Esa mirada, esa sonrisa, aún las tengo presentes, aún las veo. Parecieron un rayo de luz á mi espíritu, porque al instante mis labios, antes trémulos para pronunciar una palabra, se sintieron con valor suficiente, si no para escribir lo que pensaba, al menos para sostener el diálogo con aquella visión encautadora.

En seguida me interrogó diciendo: —¿Y sabes quién soy yo que, tanto me intereso por dar el consuelo á los afligidos y conducirlos al puerto seguro de salvación? ... ¡Oh! lo comprendo, estás confundida, y esas tus lágrimas me dicen no entiendes lo que te digo; pero me expresaré con claridad para que veas que soy la madre más amorosa para con sus hijos y la amiga más fiel para con otra amiga. Soy "*La Madre del amor hermoso, de la ciencia y de la santa esperanza.*" Así pues, échate en brazos de mi amistad y anda á manifestar, con el lenguaje que te es dado, el júbilo que embarga tu pecho; y el caño y respeto que debes á la persona que dices, y no vuelvas jamás á desconfiar de la misericordia divina.

Apenas acabó de decir estas palabras cuando, sostenida como por seres sobrenaturales fué elevándose poco á poco dejándome extasiada y confundida. Quise verla de lleno; pero me lo impidió una luz tan fuerte, que me hizo volver los ojos al suelo; levanté de nuevo la vista, y ya no ví más que sombras y tinieblas en mi derredor.

Al momento desperté: ya no estaba en el campo, sino en mi estrecho cuarto, alumbrado con la claridad de la aurora que, esparciendo su tenue luz, anunciaba la venida del nuevo día.

Al punto tomé un lápiz y papel para marcar de una manera clara los conceptos que mi acalorada imaginación había reproducido en el

tránsito de un sueño celestial á la triste idea del desengaño, emanado de la quieta manera de prejuizar. Toda vez que me preocupa la manifestación de mis ideas para hacer una relación correcta y acertada, me permito suplicaros os dignéis perdonar mis desaciertos.

Terminaré por decir que la ilusión, el placer, la alegría y el encanto que produjeron en mi alma las trasformaciones de la hada que contemplaba en mis ensueños, opacaron la luz de mis ojos, presentándome desde luego una nube rojiza, primorosa, que tomando formas naturales se elevaba de la superficie de la tierra, semejante en su esplendor á la imaginaria figura de un ángel.

Despojando mi espíritu de sus caprichosas ficciones y lleno de apacible calma, me hizo entrever el penoso tránsito de la ilusión á la realidad, ofreciéndome un porvenir de esperanzas risueñas mezcladas con el dolor, y asomando á mis ojos una lágrima de ternura, lancé un suspiro que ahogaba mi pecho.

San Luis Potosí, Julio 15 de 1887.

Lorenza Díaz de León.



La Luz.

La luz! flúido misterioso que envuelve el universo, radiante fulgor que ilumina los etéreos espacios, débil reflejo de la mirada de Dios. Cuán bella es la luz! cuánto habla á mi espíritu su esplendor y lucidez!

La luz! es el fenómeno más maravilloso de la creación; ella es la que vivifica la tierra; ella es la que produce los hermosos matices de las flores; ella la que tñe de púrpura y oro las nubes que al morir el día aparecen en Occidente; ella, en fin, la que, difundiendo por todas partes con sus fulgentes rayos la animación y la vida, nos revela el poder y la grandeza de Dios. Todo cuanto en la naturaleza hay de bello, todo lo que conmueve dulcemente nuestra alma, sumergiéndonos en grata contemplación, debe sus encantos á la luz. (R)

¿Qué serían los cielos y la tierra si ese flúido no los envolviese en sus purísimos destellos!

¿Qué sería del mágico espectáculo de la creación?

tránsito de un sueño celestial á la triste idea del desengaño, emanado de la quieta manera de prejuizar. Toda vez que me preocupa la manifestación de mis ideas para hacer una relación correcta y acertada, me permito suplicaros os dignéis perdonar mis desaciertos.

Terminaré por decir que la ilusión, el placer, la alegría y el encanto que produjeron en mi alma las trasformaciones de la hada que contemplaba en mis ensueños, opacaron la luz de mis ojos, presentándome desde luego una nube rojiza, primorosa, que tomando formas naturales se elevaba de la superficie de la tierra, semejante en su esplendor á la imaginaria figura de un ángel.

Despojando mi espíritu de sus caprichosas ficciones y lleno de apacible calma, me hizo entrever el penoso tránsito de la ilusión á la realidad, ofreciéndome un porvenir de esperanzas risueñas mezcladas con el dolor, y asomando á mis ojos una lágrima de ternura, lancé un suspiro que ahogaba mi pecho.

San Luis Potosí, Julio 15 de 1887.

Lorenza Díaz de León.



La Luz.

La luz! flúido misterioso que envuelve el universo, radiante fulgor que ilumina los etéreos espacios, débil reflejo de la mirada de Dios. Cuán bella es la luz! cuánto habla á mi espíritu su esplendor y lucidez!

La luz! es el fenómeno más maravilloso de la creación; ella es la que vivifica la tierra; ella es la que produce los hermosos matices de las flores; ella la que tñe de púrpura y oro las nubes que al morir el día aparecen en Occidente; ella, en fin, la que, difundiendo por todas partes con sus fulgentes rayos la animación y la vida, nos revela el poder y la grandeza de Dios. Todo cuanto en la naturaleza hay de bello, todo lo que conmueve dulcemente nuestra alma, sumergiéndonos en grata contemplación, debe sus encantos á la luz. (R)

¿Qué serían los cielos y la tierra si ese flúido no los envolviese en sus purísimos destellos!

¿Qué sería del mágico espectáculo de la creación!

Sin la luz no brillarian como lluvia de diamantes las gotas de rocío sobre los pétalos de las flores; los lagos y las fuentes no reflejarían en sus limpias aguas la imagen de los cielos; sin ella, no podríamos contemplar esos millares de mundos suspendidos en el espacio, que despiertan en vuestra mente la idea de lo infinito, elevándola hasta Dios.

El alma, como la naturaleza, necesita de luz que la anime. Esta luz es la fé, que disipando las tinieblas de la duda, comunica á nuestro corazón la tranquilidad, la dulce paz, única felicidad posible en esta vida pasajera, y nos alienta cuando los sufrimientos agobian nuestro espíritu, recordándonos la felicidad imperecedera, el sumo bien á que aspira nuestra alma.

Sin la fé, el hastío y la duda desgarrarian el corazón; la existencia sería tan triste como la tierra sin la luz.

San Luis Potosí, Julio 15 de 1887.

Maria Armenta.



Oh! si alguien me revelará la historia de tu vida; si me describiera, aun cuando fué á grandes rasgos tu pasado, quedaria satisfecho uno de mis más vehementes deseos.

LA VIOLETA.

Yo quisiera saber por qué, cuando las otras flores ostentan su hermosura ante el radiante y esplendente sol, tú te ocultas entre tus frescas y brillantes hojas! ¿por qué, cuando algún insecto de pintadas alas se aproxima á tí, cierras tu broche, negándole la dicha de contemplar tus encantos? ¿por qué, en fin, sólo en las altas horas de la noche, cuando las mariposas y las aves duermen tranquilas entre el ramaje, cuando todo está en reposo, sin escucharse más que el murmullo de las hojas movidas por el viento, tú, como si quisieras contemplar á la reina de la noche que con su plateado manto cubre á la tierra, levantas tu encantada faz, y entonces, la fuente que murmura admira tu belleza y manda en alas de la brisa, brillantes y diamantinas gotas que esta coloca sobre tu frente cual una rica é imperial diadema.

Dime ¿por qué te ocultas cuando el sol con sus dorados rayos les dá mayor encanto á tus hermanas? ¿temes que ofusquen tu hermosura el elegante lirio neciéndose airoso en su flexible tallo, ó la magnolia que, al primer beso de la aurora, despliega su corola satisfecha y orgullosa? No temas linda flor, tú eres superior á todas las demás. Si no, dime, ¿por qué te busca el poeta, si no es para concebir sus divinos cantos? ¿por qué el inocente niño, en medio de sus infantiles juegos, despedaza con indiferencia los claveles, jazminez y amapolas, pero si te encuentra á tí, te coje cuidadosamente y animando su semblante una indecible alegría, dice, ésta es para mamá, y echa á correr hasta llegar al sitio donde se encuentra su adorada madre, y tendiendo su manecita le dice, mamá, mira que linda violeta corté para tí? ¿por qué, pues, te ocultas cuando tú eres la predilecta del genio y la inocencia?—No te contaré mi historia, por que nada tiene de extraordinario, sólo satisfaré; tu curiosidad acerca de lo que me preguntas.

Tú sabes, como yo, que es muy dulce inspirar simpatía á todos aquellos que nos rodean, que su ternura nos dá la mayor ventura; pero he comprendido que esta no se alcanza ni con la hermosura, ni con el poderio, ni con la gloria que proporciona un despejado talento, y si algún ser dotado con alguno de estos dones ha alcanzado popularidad y veneración, ha sido porque los emplea en bien de los demás y oculta su superioridad bajo el velo de la modestia. Por eso, cuando el Hacedor de todo

lo creado mandó un ángel para que concediera á las flores todas las mercedes que quisieran, el alado mensajero, acercándose á mí, exclamó: ¡Qué portentosa flor! una más bella no hay en el Eden! Y dirigiéndose á mí, me dijo: ¡Eres perfecta! sólo te voy á dar un elevado tallo para que seas la soberana de los pensiles. No, le dije, yo no ambiciono la admiración, sino el amor puro y santo de todo ser que encuentre ante mi paso, y esto no lo conseguiré si hago alarde de las gracias con que me adorna el cielo; dame, pues, mucho follaje para ocultarme.

—¡Oh! ahora me pareces mucho más hermosa, dijo con una voz tan dulce que me estremecí, y no sólo te doy mucho follaje, si que te doy mi aliento para que cautives al Universo con tu delicado perfume; y diciendo esto, besó mis pétalos y tendió su vuelo.

San Luis Potosí, Julio 15 de 1887.

Carlota Hernández.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

A Hidalgo.

¿Qué objeto tan plausible viene á llenar nuestros pechos de entusiasmo y de júbilo? ¿Qué acontecimiento tan célebre viene hoy á ocupar nuestra memoria? ¿Porqué, llenos de gozo y de alegría, venimos á celebrar el aniversario de ese 16 de Setiembre de 1810, día en que nuestra hermosa patria vió por primera vez la luz de la libertad? ¡Día hermosísimo, cuyo sólo recuerdo basta para encender los ánimos y hacerlos arder en deseos de elevar ante el trono de ese gran genio, himnos y cantares de gratitud perpetua!

No á mis concidatarios me atengo al atreverme á escribir estas cortas líneas en honra del gran Padre de la Independencia, puesto que, mi ignorancia y tosco lenguaje me hacen comprender que, en vez de colocar una flor de suavísimo y embriagante aroma ante los altares de ese gran genio, no ofreceré sino la más humilde y despreciable, pero nacida del más puro de los sentimientos, y aun así como ofrecerla si, débil y marchita desde su nacimiento, caera deshojada al solo reflejo de la deslumbradora belleza de las innumerables sin duda que á sus pies se posarán,

de las inmarcesibles coronas que ceñirán la frente de la hermosa ninfa que, revestida de la paz y coronada de su gloria, sólo escucha las cadenciosas notas de esos cantos melodiosos con que sus hijos la saludan á ella y á su defensor? mas, no importa: pobre soy, pobre es la ofrenda; pero marcada con el sello de la gratitud.

Yo quisiera describir, aunque fuera con rústica expresión, los acontecimientos gloriosos que dieron lugar al hecho que hoy nos ocupa; mas ¿á qué traer á la memoria esas referencias históricas que aun á mí difícil me sería narrar? por esta razón cierro la historia y sólo abro esa página de oro en donde se refiere llegando á oídos de un anciano que su misión era repartir el pasto espiritual, una nueva fatal, cambia su ministerio por el ministerio cívico de la patria, é interrumpiendo los ayes lastimeros que exhalan sus hermanos, les anima con las solas palabras de "*Independencia y Libertad.*" Palabras sagradas que sólo los que sentían el dolor podían tomarlas en su verdadero sentido y venerarlas tal como debe ser.

Setenta y siete años ha que México, rompiendo las cadenas que la oprimían, prorrumpiendo ecos en su forma blandos cual la esencia de las flores, dulces cual los maternos besos, pero en su fondo terribles, ya que tenía que luchar con sus enemigos, vió que el encargado de llevar á cabo la empresa tan gloriosa fué ese venerable sacerdote que, dejando sellado con su sangre el camino que se debía se-

guir, dió ejemplo digno de imitarse, y que muriendo, supo inmortalizar su nombre que será bendito por todas las generaciones y cuyo recuerdo jamás se extinguirá, mientras exista en Mexicanos gratitud y patriotismo.

Merced Vargas.

1887.

A MI PATRIA.

¡Patria! cuán dulce es tu nombre á mi oído! cuántos encantos irresistibles me trae al corazón! pues en tí se encierran las más caras afecciones de la vida; por tu potente influjo el mundo ha visto brillar hombres como los Griegos y Romanos de la antigüedad, y en nuestros tiempos, sin la llama de tu amor inextinguible, no tuviéramos ejemplos de rectitud, patriotismo y ardiente abnegación como en nuestro libertador Hidalgo.

Setenta y siete años ha que proclamó la idea que incendió todo un continente, porque nada hay tan atractivo como el grito de libertad cuando se sufre, y el de patria cuando esta se ve escarnecida y humillada.

Su corazón gigante, educado al continuo espectáculo del sufrimiento de los hijos de nuestro oprimido suelo, tuvo la energía y la fé del héroe y su mano empuña con viril esfuerzo la espada que nos dió nombre, que rasgó el capullo de la mariposa que debía ufana meterse al viento del progreso, y ostentar los colores de sus alas bajo un cielo de libertad y de gloria.

Y murió; porque hacía falta un héroe al cielo; la venganza de sus enemigos tronó sobre aquella cabeza privilegiada y derramó sus cenizas que vivificaron su idea, pero no pudo destruir el monumento moral, la gratitud perenne en el pecho del que ha nacido libre.

Hoy, aniversario de tu idea, San Luis se engalana ufana; en nada quiere ceder á las demás joyas del manto de la patria, que brillantes se muestran en este día: los hombres, ardiendo el alterado corazón en entusiasmo, recuerdan tus hechos, y entre tanta animación y gloria, la potosina, á fuer de patriota, no puede permanecer insensible.

¡Quede á otras inteligencias el inspirarse en tu heroísmo y alabarte á la altura de tu nombre!

Si yo tuviera la potente voz del huracán que sin freno se desata en las soledades del país que hiciste libre, ó el acento de la tempestad que ruge en sus zonas tropicales, yo tendría para tí un canto gigante, que atravesando el espacio, hiciera estremecer tus cenizas; pero la voz de la mujer es demasiado débil, su acento no puede hoy alzarse más allá del hogar doo

méstico; pero allí puede hacer sentir el amor á la patria, y cuando todas las mexicanas sean verdaderamente patriotas, México será el primer país del mundo, porque entonces podrán decir imitando en patriotismo á las Espartanas, cuando estas presentaban el escudo del combate á sus hijos: "*Vuelve con él ó sobre él.*"

San Luis Potosí, Septiembre 15 de 1887.

Antonia Limón.

El Hidalgo.

El nombre de Hidalgo, dulce á los oídos de todo mexicano, me recuerda la memorable noche del 15 de Septiembre de 1810, en que reinaba el más profundo silencio, interrumpido por un grito que llenó de terror á los españoles y de plausibles esperanzas á los hijos de Anáhuac.

Aquel grito que vibró en el espacio, escuchado en los confluens de la tierra, y que hizo llorar de rabia al monarca de España que, al oírle, vió caer la más preciosa joya que enriqueciera su corona, fué lanzado por aquel venerable anciano que, cual la encina que desafía al huracán, al frente de una docena de serenos y de gente sin

disciplina, desafiaba al poderoso, y confiado sólo en que Dios le ayudaría á llevar á cabo la causa á que daba principio.

El sol del 16 de Septiembre de 1810 hirió con sus rayos el pendón que tremolaba en manos de nuestro libertador. En él vieron nuestros opresores, el lema: "*Independencia ó muerte,*" que los nobles hijos de México proclamaron llenos de fe y entusiasmo, inflamados sus corazones de amor patrio. A ejemplo del invicto héroe de Dolores, lanzábanse á derramar la última gota de sangre por libertar de la tiranía, en que tanto tiempo yacía su amado suelo, hasta que, obedeciendo á un derecho natural, se terminó la grandiosa obra del inmortal Hidalgo, del ilustre patricio, del intrépido Generalísimo de América, cuyas glorias jamás pluma alguna podrá ensalzar.

Hidalgo! sin tí, sufriríamos aún la cadena de la esclavitud; sin tí, México no sería ahora lo que es, una nación libre, que está llamada á figurar entre las primeras del mundo.

Recibe en este día, ¡oh padre de mi Patria! las manifestaciones de mi eterna gratitud, por el servicio de inestimable valor que hiciste á nuestro suelo, cambiando tu vida por su libertad.

Yo te saludo, mártir de nuestra Independencia, y á todos los caudillos que contribuyeron á la consecución de ella, hasta el ilustre Juárez; y te consagro mis humildes palabras en testimonio de respeto á tu inmortal memoria por que nuestra México nunca sufra ser avasallada, y para que marche siempre por el ca-

mino de la civilización y de la prosperidad, une sus votos á los tuyos, la que con orgullo se llama tu compatriota.

Alaquines, Septiembre de 1887.

Felisa Orta.

A mis lectoras.

La afectación estudiada en los modales y adornos, en las palabras y acciones.

He aquí uno de los mayores escollos con que se estrella al débil esquiso de la mujer, y es tanto más peligroso cuanto que el deseo de agradar es innato en ella, y si es cierto que usado con moderación realza sus atractivos, también lo es que, siendo inmoderado, la conduce á su perdición.

El término medio entre el desaseo y demasiado adorno sólo lo descubre el ojo ejercitado de una madre virtuosa, y el talento y buen juicio intuitivos de que están adornadas algunas jóvenes; pero este último es sumamente raro, porque generalmente en la época de la juventud, la mujer se deja llevar de la lisonja que, halagando sus oídos, se infiltra en su al-

ma para halagar también su vanidad y pocas, muy pocas son las que, cerrando sus oídos á ella, siguen los impulsos de un buen criterio.

Nada diré á las que tienen la dicha de tener una madre que vale por ellas y con sus consejos las libre de este defecto. Así pues, me dirijo á las que tienen la desgracia de carecer de ella, habiéndola perdido en una edad muy tierna.

El adorno es, en mi concepto, una cosa accesoría y no esencial. El aseo, lo exige la buena educación, es una de las cosas que dá á conocer la virtud; pues la pureza del alma se refleja en la pulcritud de la persona. Pero, por el contrario, hacer del deseo de agradar la ocupación única de la vida, dedicando al tocador largas horas, descuidándose de la educación intelectual tan necesaria y de las faenas domésticas, es el extremo vicioso del demasiado adorno.

La que esto hace no cumple con sus deberes religiosos, pues no va al templo más que para ver y ser vista; no cumple con sus deberes sociales, porque tiempo le falta para componerse. No hay mayor deleite para ella que el murmullo que se levanta á su paso, celebrando su hermosura, sin considerar que ese murmullo es muchas veces de burla y de desprecio por los mismos que ella creó sus admiradores.

Este es uno de los muchos males á que conduce este vicio, pero sería largo enumerarlos uno por uno, fatigando la atención de mis lec-

toras, como sin duda lo he hecho hasta aquí con mis mal enlazadas ideas.

Por lo que, me limitaré á recomendar el aseo, pero evitando la presunción y la vanidad.

Refugio Marmolejo.

1887.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA.

I

En un cenador, formado por la sencilla madre-selva y el aromático jazmín, se hallaba una mujer de esbelta figura y encantadora fisonomía. Una elegante bata color de paja y una cinta de terciopelo azul que ceñía su alabastrino cuello componían su sencillez traje, y sus aristocráticas primorosas manos bordeaban con suma destreza un pañuelo de finísima batista, colocado en un lindo bastidor de palo de rosa.

Alegre y ruidosa carcajada hizo levantar de la labor su hermosísima cabeza, y su dulce y expresiva mirada fué á encontrarse con la de un niño de nueve á diez años de edad que llevaba en la mano un pequeño libro.

—¿Qué tienes? Luis, preguntó con ese acento especial que sólo saben emplear las madres en amoradas de sus hijos.

—Figúrate, mamá, que hice caer en la trampa

á Salón, y ahora tiene el agua hasta el cuello y está desesperado por salirse... ¡ja! ¡ja! ¡ja!

—No seas cruel. Luis, contestó la madre severamente: el niño que se divierte con el tormento de los animales, más tarde, ve con indiferencia y aun se complace en el sufrimiento del hombre. Vé á sacar á ese animalito y vuelve luego á darme la lección; supongo que ya la sabrás.

—Sí, mamá, y te iba á pedir permiso para coger mariposas tan luego como te la diera; pues ya sabes que las contemplo un momento y las dejo en libertad; pero... ya te enfadaste y no me consideras.

—Vé á hacer lo que te mando y vuelve luego, pues ya sabes que siendo dócil, obsequio todos tus deseos.

Pocos momentos después volvió Luis seguido de un perro de Terranova el cual, después de hacer mil fiestas á su ama y sacudir sus hermosas lanas, fué á echarse á los pies del niño que, sentado enfrente de ésta, se preparaba á dar su lección.

—Vamos, hijo mío, dijo la madre ¿qué tienes que decir de las *Obras de Misericordia*? Creo que esta es la lección que tienes ahora.

—Sí, mamá, por cierto que me he roto bien la cabeza con aquella que dice "*Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.*"

—¿Y no más esa ha llamado tu atención?

—Sí; porque no más esa no he comprendido; las demás están bastante claras.

—Dimelas, pues, todas y explicame cada una de ellas.

—La primera, *dar de comer al hambriento*; la segunda, *dar de beber al sediento*. . . . pero mamá, el otro día te las enumeré todas y me digiste que ahora sólo diría la explicación.

—Pues bien, continúa explicando.

—Las corporales se reducen á aconsejarnos que proporcionemos á nuestros semejantes todo aquello de que carecen y tienen necesidad.

Paso á explicar las espirituales: la primera, *enseñar al que no sabe*, esto es, enseñarle á conocer sus deberes para con Dios, para con sus semejantes, para consigo mismo, y algún arte ú oficio que le proporcione el pan de cada día. ¿No es esto?

—Sí, hijo mío: veo que aprovechas mis explicaciones; sólo falta que á la teoría unas la práctica; si lo haces así, el ángel que te guía sonreirá de gozo al contemplar tu alma tan bella.

—¿El ángel de mi guarda, mamá?

Sí; el ángel que durante tu sueño te cubre con sus blancas alas ahuyentando así el espíritu maligno que ansía poner en tu mente imágenes infernales: continúa, pues.

—La segunda, *dar buen consejo al que lo ha menester*, y la tercera, *corregir al que yerra*: estas me parecen muy difíciles de cumplir.

—¿Y por qué lo crees así?

Porque yo he querido aconsejar á mis compañeros de colegio cuando creo que van á cometer una falta, y jamás lo he conseguido;

pues se irritan y comienzan á refutar mis observaciones en tono burlesco.

—Pero eso depende de la manera con que tú lo hagas: claro es que si te vales de duras expresiones, y tu acento es imperativo, comen- zando por herir su amor propio, acabarás por exasperarlos, y no es extraño que te llenen de improperios. "*Las palabras suaves, dice el sabio Salomón, calman los ánimos*:" acostumbra en tus discursos esa entonación dulce y amistosa que aconseja la buena educación; haz que tus palabras respiren, no la severidad de un superior, sino el interés de un amigo cariñoso, y tus advertencias no serán infructuosas.

—Así lo haré; voy á explicar la cuarta, que es *perdonar las injurias*, es decir, olvidar el mal que se nos haga y portarnos con nuestros enemigos de la misma manera que si nunca nos hubieran causado la menor molestia.

He llegado á la que no he comprendido: *Sufrir con paciencia las flaquezas de nuestro prójimo*; nó te parece, mamá, que esta debería estar incluida en las corporales?

—No, porque no se trata de la flaqueza del cuerpo, sino de la flaqueza del alma; para que me entiendas mejor, de la debilidad del espíritu, por la cual nos dejamos arrastrar por el torbellino de las pasiones.

—No lo he comprendido bien: sírvete ponerme un ejemplo.

—Lo haré con gusto, pues veo que fijas tu atención en lo más esencial. Figúrate, un hombre que conoce perfectamente sus deberes, y sabe que tanto la mentira como la murmura-

ción son degradantes; pero que, á pesar de eso, á cada paso mancha sus labios con la primera y se pone al nivel del vulgo, ocupándose de la segunda: este hombre puede tener un cuerpo robusto y fuerte, pero su espíritu es muy flaco y débil, pues que no puede resistir los ataques de dos vicios muy fáciles de combatir; este hombre se mofará de nuestras acciones más sencillas, criticará nuestros trajes, nuestras expresiones; sus conversaciones, mezcladas siempre de falsedades; nos serán molestas y enojosas; en una palabra, ese hombre no inspirará mas que desprecio; pero nosotros, recordando la sexta obra de misericordia, tendremos que sufrirlo con paciencia, es decir, hacer que ese mismo desprecio se convierta en compasión é indulgencia. Pero es tarde, y tu papá nos espera; mañana continuarás.

II.

Han trascurrido veinte años: en la puerta de San Francisco se halla un limosnero: de vez en cuando hace un gesto de disgusto como si esperara con impaciencia á alguien.

Qué no será él? exclama á media voz, pero no, no puedo engañarme. . . . si el retrato de su padre. ¡Ah! Dios mío! Dios mío! Qué horrible es el remordimiento! y una gruesa lágrima rodó por sus demacradas mejillas; luego se oyeron pasos que se aproximaban á la puerta, y el infeliz se puso lívido y comenzó á temblar; pocos segundos después apareció un hombre de veintiocho treinta años de edad; su complexión era hercúlea, su semblante un tanto moreno pero extraordinariamente hermoso, y en sus negros y rasgados

ojos se leía no sé qué misterios del alma; tal vez la melancolía, tal vez el desencanto, y . . . quien sabe si alguna pena infinita, pero velada por una dulce resignación. El pordiosero, al verlo, cayó á sus piés y le abrazó las rodillas.

—Pero, ¿qué es esto? dijo el desconocido, ¿Qué es lo que queréis?

—¡Misericordia! . . . ¡Perdón! exclamó el infeliz mendigo; tú no me conoces, Luis: yo fui el asesino de tu padre: yo incendié tu casa cuando apenas contabas tú doce años, y apoderándome de toda tu fortuna . . . pero tú ya lo sabes todo; evita-me la pena de relatar mis crímenes; hoy me hallo á las orillas del sepulcro y necesito tu perdón para morir tranquilo. ¡Ay! mis hijos! qué será de mis pobres hijos!

Luis estaba pálido como un cadáver, un relámpago de ira cruzó por sus ojos; pero, dominándose, le dijo:

—Vete, estás perdonado; si tú mueres, yo cuidaré de tus hijos.

—¡Oh! bendito seas! . . . bendito seas! exclamó el pordiosero bañado en llanto y se arrojó á los piés de Luis para besarlos: éste se inclinó para levantarlo, pero ya era un cadáver.

Después, siempre se veía en los paseos un elegante caballero con dos niños, rubios como los rayos del sol que besan las flores del almenδρο, y una niña hermosa como un sueño de ventura. Al verlo repartir igualmente sus caricias entre aquellos inocentes, nadie hubiera adivinado que eran hijos del asesino de su padre.

Dichosas las madres que saben sembrar y hacer que fructifique la sublime doctrina de aquel que dijo: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.*

Ana María Romo.

1887

La Tempestad.

Ya apenas brilla la luz crepuscular; inmensos nubarrones de tintes oscuros se van elevando lentamente sobre el horizonte; de cuando en cuando se oye un ronco y prolongado trueno; las aves temerosas se esconden en sus nidos, y las golondrinas vuelan inquietas de aquí para allá casi tocando el suelo; un ligero viento, algo húmedo, sopla, y las plantas y las flores tiemblan á su contacto porque presienten la tempestad.

El humilde labrador, que pasó todo el día trabajando, siente palpar su corazón, y con mirada inquieta escudriña el horizonte y quiere penetrar al seno mismo de las nubes que se aítan sobre su cabeza, para descubrir en ellas agmagnitud de la tormenta, que amenaza des-

truir, cuando él ama en aquel campo que ha regado con el sudor de su frente.

Quiere poner al abrigo sus corderillos que balan tristemente, y quiere huir pronto á su cabaña para librarse del peligro que le amenaza, porque á pesar de estar acostumbrado á estas escenas de la naturaleza, la vista de este cuadro precursor de la tempestad, le hace temblar.

Por fin, se refugia en su choza, y ahí, rodeado de su familia, eleva sus plegarias al cielo, y permanece así arrodillado largo rato. Después se levanta más tranquilo, en su semblante se leen dos sentimientos distintos: el temor de ver destruidas sus cosechas y perdidos así sus afanes! y la dulce esperanza que infunde en toda alma cristiana la oración.

Pero llega el momento temido: el cielo parece sordo á las plegarias, pues, en vez de alejarse la tempestad, comienzan á caer escasas y gruesas gotas que, aumentando por instantes, se convierten en torrentes que con estrépito bajan de las montañas; el huracán doblega hasta el suelo los árboles mas gigantescos; ya no se ve el menor rayo de luz que haga menos aterradora esta escena; la oscuridad es interrumpida á intervalos por relámpagos de deslumbrante claridad; el trueno, que á poco era débil y apagado, se oye ahora con tal fuerza, que parece derribar cuanto existe, y se repercute sonoro en las cavidades de las rocas, haciendo estremecer de terror al hombre más audaz; ya no se ven sólo las sencillas golondrinas que asustadas vuelan cerca del suelo, sino la

multitud de aves enormes que estaban en sus nidos; el águila, que orgullosa acostumbra hender los aires, lanza horribles grazuidos, y los humildes corderillos que habían buscado abrigo en alguna cueva ó entre las asperezas de una peña, salen en desorden, impulsados por el viento, y se dispersan en todas direcciones.

¡Ah! ¡Qué momento tan solemne y majestuoso, y cómo habla al corazón y hace pensar en el poder infinito de Dios.

Pasó el momento terrible de angustia y espanto para aquel hombre que juzga perdido el fruto de sus fatigas, que ve destruidas sus más bellas esperanzas de paz y de tranquilidad. Y ¿creeréis acaso que siente desfallecer su ánimo y se desespera? No: la oración que dirigió el cielo ha fortificado su alma, y ésta no se abate en la desgracia, porque reconoce en todo la mano de su Dios, y el espectáculo de esta noche le ha hecho pensar en El.

Pero ¿acaso hay algo que no nos hable de ese Ser, todo bondad y todo amor para con sus criaturas?

Si contemplamos una noche tranquila y serena, iluminada por la luna y las estrellas, esa luna y esas estrellas nos hablan de su bondad y de su amor; si, por el contrario, vemos una noche oscura y tempestuosa, los relámpagos y los truenos nos recuerdan su poder y majestad.

Diciembre 15 de 1887.

Ramona Castillo Salazar.



Una buena Acción.

Era de noche y la luna se levantaba radiante y majestuosa, vertiendo sus plateados rayos sobre una extensa llanura limitada á lo lejos por elevados montes, y sembrada por todas partes de una multitud de plantas que, brotando unas del seno mismo de la tierra, y otras como desdeñando habitar en ella, se habían fijado en las copas de los árboles.

Un misterioso silencio reinaba en aquel lugar, interrumpido apenas por el murmullo del río y el vago aleteo de los pájaros que anidaban entre el follaje. La atmósfera, sin estar empañada por el más ligero vapor, dejaba ver una multitud de astros que, centelleando unos, en completa quietud los otros, tachonaban la bóveda celeste.

A la margen derecha del río se descubría una humilde cabaña, y no muy lejos un grupo de personas.

Una hermosa joven como de trece años ocupaba el centro. Su anciano padre, sentado á

su diestra en una roca basáltica, fijaba en ella su lánguida mirada. Una mujer y dos hermosos niños completaban el grupo.

La niña acababa de contar cómo con sus pequeños ahorros había quitado de la orilla del sepulcro á un pobre anciano que carecía de recursos para aliviar sus males.

Todos permanecían en silencio, poseídos de admiración y de ternura por lo que acababan de oír.

Dos transparentes lágrimas como cristal fundido rodaron por las rosadas mejillas de la joven, perdiéndose después entre la espesa yerba, los niños lloraron también, y su llanto se mezcló con el del venerable anciano.

— ¡Oh! dijo la madre, hemos llegado al colmo de la felicidad; sus tenues rayos se difunden por todo mi ser como la claridad de la luna, que melancólica alumbra la superficie de la tierra.

— En efecto, replicó la niña, mi conciencia me dice que he obrado bien, y escucho su voz que murmura á mis oídos palabras cariñosas.

Dos semanas han trascurrido, y aquella familia que escasamente vivía con su trabajo, se encuentra hoy poseedora de una elegante finca en la ciudad inmediata, pues, poco tiempo después de aquel feliz suceso, llegó el hijo de aquel á quien la niña con sus escasos ahorros había quitado de la orilla del sepulcro, y colmó de bienes á los bienhechores de su amado padre.

Enero 15 de 1888.

Gerónima Villa.

LIGEROS APUNTES.

Observando con atención todas las maravillas que la naturaleza nos ofrece, descubrimos que hay un Ser que todo lo puede, que es infinitamente bondadoso. Ya contemplemos esos globos luminosos que giran en el espacio sometidos á tan admirables leyes, ya dirijamos nuestra vista sobre la tierra para observar los seres que la pueblan, no vemos otra cosa sino pruebas de la sabiduría del Eterno.

Pero la mayor de todas las maravillas es el hombre. Observando su organismo, es más completo y perfecto, hay más armonía y correspondencia en sus partes que en los demás animales, en relación con los hechos del principio consciente, libre y responsable, al cual debe su superioridad entre todas las cosas creadas. Domina al mundo con su inteligencia y convierte á los demás animales en dóciles esclavos. Unos le dan su lana, seda, plumas, para cubrir su cuerpo; otros le auxilian con sus fuerzas, valor é instintos. Las piedras inertes sirven también para sus usos. Con ellas cons-

su diestra en una roca basáltica, fijaba en ella su lánguida mirada. Una mujer y dos hermosos niños completaban el grupo.

La niña acababa de contar cómo con sus pequeños ahorros había quitado de la orilla del sepulcro á un pobre anciano que carecía de recursos para aliviar sus males.

Todos permanecían en silencio, poseídos de admiración y de ternura por lo que acababan de oír.

Dos transparentes lágrimas como cristal fundido rodaron por las rosadas mejillas de la joven, perdiéndose después entre la espesa yerba, los niños lloraron también, y su llanto se mezcló con el del venerable anciano.

— ¡Oh! dijo la madre, hemos llegado al colmo de la felicidad; sus tenues rayos se difunden por todo mi ser como la claridad de la luna, que melancólica alumbra la superficie de la tierra.

— En efecto, replicó la niña, mi conciencia me dice que he obrado bien, y escucho su voz que murmura á mis oídos palabras cariñosas.

Dos semanas han trascurrido, y aquella familia que escasamente vivía con su trabajo, se encuentra hoy poseedora de una elegante finca en la ciudad inmediata, pues, poco tiempo después de aquel feliz suceso, llegó el hijo de aquel á quien la niña con sus escasos ahorros había quitado de la orilla del sepulcro, y colmó de bienes á los bienhechores de su amado padre.

Enero 15 de 1888.

Gerónima Villa.

LIGEROS APUNTES.

Observando con atención todas las maravillas que la naturaleza nos ofrece, descubrimos que hay un Ser que todo lo puede, que es infinitamente bondadoso. Ya contemplemos esos globos luminosos que giran en el espacio sometidos á tan admirables leyes, ya dirijamos nuestra vista sobre la tierra para observar los seres que la pueblan, no vemos otra cosa sino pruebas de la sabiduría del Eterno.

Pero la mayor de todas las maravillas es el hombre. Observando su organismo, es más completo y perfecto, hay más armonía y correspondencia en sus partes que en los demás animales, en relación con los hechos del principio consciente, libre y responsable, al cual debe su superioridad entre todas las cosas creadas. Domina al mundo con su inteligencia y convierte á los demás animales en dóciles esclavos. Unos le dan su lana, seda, plumas, para cubrir su cuerpo; otros le auxilian con sus fuerzas, valor é instintos. Las piedras inertes sirven también para sus usos. Con ellas cons-

traje y embellece su habitación, saca de ellas colores para teñir sus vestidos y medicamentos contra sus enfermedades. Las plantas le suministran toda clase de alimentos; por último, el hombre busca cada día nuevas plantas, nuevos metales para su utilidad. En resumen, el hombre es el ser superior de la creación, pero no debe olvidar su pequeñez con relación á ese Dios que es infinitamente sabio.

San Luis Potosí, Marzo 15 de 1888.

Virginia Camés.

La Gratitud.

Cualquiera que fuese el punto que me propusiera estudiar, hallaría innumerables dudas, y por consiguiente, no esperéis en lo que voy á exponer la aclaración de un punto, sino una serie de preguntas que manifiestan la incertidumbre de mis ideas, debida á las poquísimas luces que comienzo á percibir.

La idea que me he formado de lo que es la *Gratitud* me ofrece muchos puntos de que hablaros.

El Diccionario me dice: "*Gratitud* es un afecto benévolo hacia el objeto ó personas de quien se

ha recibido algún favor ó servicio, ó pruebas de estimación." Más queriendo conocer con más extensión la significación de esta palabra, busqué la de aquella con la que creen estrechamente unida, que es, el *Reconocimiento*. El mismo Diccionario me dice que "es el acto ó el efecto de reconocer. Además, le llama agradecimiento ó gratitud, ó muestra de correspondencia por algún favor dispensado, por algún beneficio recibido." etc.

Mi primera duda es si este afecto es espontáneo y natural. En mi concepto, sí lo es; porque es natural que cuando se ha recibido un beneficio se experimente inmediatamente un afecto particular hacia el autor del él, y un deseo de recompensar de alguna manera el bien recibido. Yo misma he experimentado este fenómeno, y no de una manera momentánea, sino permanente é imperecedera.

Por lo expuesto, me ha llamado la atención observar que en muchos casos se ve desmentida mi convicción, puesto que hay *ingratos*.

Me dirijo á investigar inmediatamente la causa de este nuevo fenómeno, y sólo he podido interpretar que sea la falta de reconocimiento, ó uno de tantos errores en que caemos frecuentemente.

Este último puede ser: ó creernos merecedores de todo favor, ó creer que la gratitud sea un humillante vasallaje rendido hacia el benefactor.

Pero ¿cómo creer lo segundo, cuando es muy natural suponer que el noble corazón que es capaz de hacer el bien no aspira á recompensas sea

porque posee la virtud ó porque conozca la humanidad? ¿Cómo llamar humillante una acción que, por el contrario, nos eleva y nos hace dignos de mayores beneficios? Y si nos fijamos en lo primero, ¿quién es aquel, henchido de tanta soberbia, que se crea merecedor de cuantos bienes le prodiga la *Providencia* por medio de sus criaturas? ¿Cómo es posible que desconozca el deber en que está de bendecir la mano paternal por medio de la cual ha recibido el bien?

Ilustradme vosotros sobre este particular.

Por otra parte, creo que la magnitud del afecto llamado gratitud sea proporcional á la del beneficio recibido. Mas he aquí que, por desgracia, mientras más grandes son los beneficios prodigados, la recompensa de ellos es la más negra ingratitud; y si prosigo mis observaciones, me voy encontrando con muchos obstáculos para llegar al fin que me he propuesto.

San Luis Potosí, Abril 15 de 1888.

Soledad Sánchez Castillo.



El Niño y el Diamante.

La madre, sólo la madre es el único ser que cuida de nosotros desde la infancia y por lo mismo, la que ejerce grande influencia en nuestra educación.

De ella depende siempre el porvenir de sus hijos, y de ella depende también saber impartir á estos, ideas santas y sublimes, valiéndose de la ternura propia de las madres, de ese cariño santo y bendito que arde constantemente en su ser y no se consume.

La preciosa edad de la infancia es la más á propósito para formar el corazón de los niños, puesto que en esta edad se graba en su alma cuanto se quiera.

De la madre depende, pues, dar á sus hijos una educación esmerada; pero algunas, por desgracia, se descuidan de estos completamente: no corrigen sus malas inclinaciones, ni les evitan las malas compañías, tal vez, sin saber que, de la misma manera que el pulimento

realza el brillo y la hermosura de un diamante, la educación realza y da el mérito debido á las buenas cualidades de que están dotados los niños.

Felices los que, desde su tierna edad, imitando el ejemplo de una buena madre, practican los principios de la sana moral; pero más felices aún los que, en medio de caricias y al compás de armoniosos cantos, duermen tranquilamente y, al despertar, el ángel bendito que constantemente vela por ellos, los acaricia y los enseña á pronunciar el sacrosanto nombre de Dios.

Benditas, benditas sean las madres que cumplen fielmente la misión santa que Dios les ha confiado y que, convirtiéndose en verdaderos ángeles, saben guiar á sus hijos por el sendero de la virtud y de la perfección.

San Luis Potosí, Diciembre 15 de 1888.

Virginia Barbosa.



¿En dónde está la dicha?

El sol de la mañana dora las cumbres de los montes; se alzan de la tierra, humedecida con el rocío de la noche, vapores que se elevan limpios, brillantes, perfumados profusamente, esparcidos sobre las hojas de las plantas, y parten en rayos infinitos los rayos de la luz que refleja todos los colores; salta juguetón el arroyuelo retratando al pajarillo que se baña y sacude en su cristalina superficie las pintadas alas; el nardo oloroso despide su esencia que se mezcla con la de los naranjos y limoneros; el granado abre sus flores encendidas que semejan los rojos labios de la virgen naturaleza, en el mes de su renacimiento amoroso, al recibir el aliento de su esposo y su rey. A espaldas de los baños hay un espacioso huerto de rica vegetación, donde crecen los árboles al par de las plantas y las flores, y se producen los frutos de la tierra privile-

giada por Dios. En medio de aquel trasunto del terrenal Paraíso, sentados en un banco que tapiza fresca yedra, formando dosel sobre las ramas de los naranjos, en las que se enredan los brazos del jazmín y de la pasionaria, se encuentran dos jóvenes. Es aquella su primera plática amorosa, tenida sin recelo en el seno de la confianza. El joven contempla á su amada, le dice su amor y su ventura, y se calla en momentos: es porque la conciencia, ya despierta á causa de sus pasados errores y de sus extravíos, recuerda entonces cuánto ha sufrido el ángel cuya hermosura y cuya fuerza admira, y por este contraste de ideas impulsado, le dice:

—¡Qué atroz castigo el mío, y si no te hubiese amado, si no hubiese conocido que tu alma vale más, mucho más que tu rostro con ser tan bello!

—¡Castigo! profirió la candorosa joven, que no se hallaba en estado de comprender el sentido de aquellas palabras.

—Oh! sí

—¿Porqué?

—Porque hubiera pasado mi vida como el ser que nace despreciado, sin ojos para ver, ni corazón para sentir lo bello y lo dulce de las dichas reservadas al espíritu, y que sólo experimenta los dolores que hieren materialmente los miembros de su cuerpo y los goces groseros de los sentidos.

Tampoco la inocente entendió con esta explicación más de lo que había antes comprendido. Pero el joven, como si necesitara con-

fesarse ante ella y darle satisfacción de los goces con que había amargado ciega y cruelmente su cándida existencia, prosiguió:

—Si; porque vivir no es gozar de las comodidades y los placeres que ofrece el mundo al que puede penetrar por las puertas de sus festines con las alas de la fortuna, de la ambición osada, ó vistiendo el traje que sus leyes prescriben: no, esos placeres fatigan más pronto cuando son más vivos y continuados, y al lado de cada una de las flores artificiales que los rodean, hay ocultas cien espinas verdaderas que abren en el alma heridas que no curan aquellas satisfacciones. La dicha de la vida no está en correr desolado tras esas glorias y esos goces de la imaginación empañada por las pasiones, está en la expansión de otros más tranquilos, más íntimos sentimientos, en amar y ser amado, sin que la conciencia acuse al corazón, sin que las ilusiones brillantes de hoy se conviertan mañana en negras sombras que sofoquen y maten su fé y su esperanza!

Yo me he librado de este peligro y de esta muerte triste del alma con la plenitud de la vida, gracias á tí, Ninfa hermosa, que has sido mi ángel salvador, el que ha abierto á mi espíritu las puertas del cielo que miraba para siempre cerrado, del que se creyó arrojado un día sin haber estado en él jamás. Ahora comprendo esas glorias, porque penetra en él contigo, ve sus imágenes hermosas porque las contempla á la luz de tus ojos, siente sus armonías porque son las unísonas de tu voz, y comprende que existe en la tierra ese cielo para los

que tienen la fortuna de hallar á uno de sus angeles; de amarle como yo te amo, y merecer el favor de ser amado!

Estas frases las entendió Ninfa, que sonrió dulcemente á Elias, diciendo:

—Cuán distinta también es hoy para mí la vida de lo que ayer era! Llegué á creer que no me amabas.

Elias se apresuró á combatir hasta la memoria de esa sospecha. No quería él mismo pensar en que pudo un día dejar de ver la inocencia del corazón más angelical al travez de aquel rostro tan candoroso, hacer verter lágrimas de aquellos ojos tan dulces y tan bellos, y menos podía dejar de dar ahora á Ninfa seguridades que desconocieran hasta el recuerdo de aquellos sufrimientos.

—Oblíjame, siempre desde que te ví te amé y te amaré como hoy te amo. Y si no te hubiera amado, peor para mí.

—Para tí! Yo hubiera muerto de pena!

—Aleja esa idea sin fundamento y triste. Mi amor, exclamó con exaltación el joven, es tuyo para siempre y no te faltará jamás.

Ninfa fijó dulcemente sus enamorados ojos en el rostro de aquel que amaba.

—¡Jamás! repitió Elias. Cogió entonces tres flores de las que pendían sobre la cabeza de Ninfa y dijo:

—Parece como que una mano providencial las haya puesto aquí para que sean emblema en estos momentos de nuestro amor, de los lazos que van á unirnos y de tu pureza. Como la del jazmín es la de tu frente inmaculada; imágen es la pasionaria del sentimiento con que yo te amo;



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

hermana es la flor del azahar de las que van á ceñir la virginal cabeza de la futura esposa.

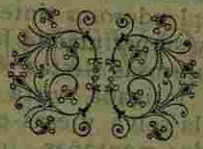
Elias besó las flores y las entregó á Ninfa que las colocó sobre su seno.

En este momento se apercibió del interesante grupo un hombre que había bajado al huerto, y se detuvo de pronto á su vista. Era el padre de Elias. Ante aquel cuadro de amor que se ofrecía á sus ojos, en presencia de la dicha que los jóvenes respiraban, volvió el rostro y retrocedió diciendo:

—He aquí en lo que consiste la verdadera dicha, en lo que está la felicidad. Estos jóvenes recibirán mi bendición y serán eternamente dichosos.

San Luis Potosí, Agosto 15 de 1889.

Esther E. Quesada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

La Vida.

I.

El año y el día son comparables como lo son los individuos de la misma especie, como son también dos cantidades homogéneas: amanece en la Primavera, brilla la luz meridiana en el Estío, padece la tarde en Otoño y anochece por fin en el Invierno.

Es la Primavera el dulce despertar de la Naturaleza, por eso nos encantan las mañanas de Marzo, con sus céfiros suaves que olean las brillantadas corolas de las flores, húmedas aún en el rocío de la noche; sus ligeras nubecillas teñidas con los esplendorosos tintes de la aurora, su cielo risueño y su perfumado ambiente.

Durante las calurosas siestas de Julio busca ansiosamente la fatigada vista esas boscosas obscuridades de la selva y esas plácidas lontananzas de azuladas montañas, que tan gratamente contrastan con los tonos calientes de una naturaleza caldeada por los rayos solares: ¡ah! en el Estío llega á su plenitud ese prolongado día de doce meses.

Vienen luego las tardes de Septiembre tan impregnadas de seductora melancolía, con sus vientos juguetones que arrebatan en mil revueltos giros la caduca hojarasca, con sus panoramas crepusculares llenos de misteriosas sombras, de suaves y embelesadoras medias tintas, de brillantísimos toques de luz, últimos destellos de un sol que se apaga: comienza el Otoño que es la tarde.

Por fin, llegan las arrobadoras noches de Diciembre con su espléndido cielo de misteriosas profundidades y tachonado de relucientes astros, cuya cintilación incesante semeja las palpitaciones de la vida; lumináres esplendorosos que atraen la mirada, que subliman el alma desprendiéndola de todo terrenal egoísmo, para guiarla por los abismos insondables en donde se columpian las esferas con armoniosa cadencia y por las secretas sendas en la que empieza á presentirse la majestad de Dios.

II.

Tal es fisi trasunto de nuestra humana existencia.

Flor de un día, tiene el hombre su amanecer risueño en la amable niñez, cuyo sereno cielo se tiñe con los arrebolados tonos de tiernas imaginaciones, cuyo ambiente está perfumado por las exhalaciones del candor y de la inocencia.

Tiene sus ardores de Estío, culminación del día, en esa lozana juventud caldeada por el fuego de impetuosas pasiones.

Su tarde apasible es la virilidad, en la cual empiezan á marchitarse las ilusiones, sombreadas por el desecamento y los desgajos que impregnan el alma de acerba melancolía.

La ancianidad es el ocaso de esa tarde, y en ella comienzan á invadir nuestro cuerpo las sombras misteriosas de una noche eterna, que desligando el alma de su envoltura mortal y correptible, la guía por los infinitos espacios en donde empieza á presentir la justicia de Dios.

Sau Luis Potosí, Marzo 1^o de 1891.

(Tomado de la obra "Casos y Cosas" del Sr. Dr. Antonio F. López.)

¡Tierra! ¡Tierra!

(Composición de la Sra. Profesora Petra Rodríguez de Cortés, pronunciada en la sexta Conferencia Colombina en el Teatro Alarcón, la noche del 5 de Septiembre de 1892.

Perdonad si defraudando vuestros deseos de oír en elocuentes palabras oración más disertada, ocupó este lugar enaltecido por dignos oradores

de estas Conferencias Colombianas; mas la idea que tienen por meta, subyuga y arrebató el alma, encubriéndola su insignificante valía y estimulándola á contribuir con su pequeño óbolo en honra y prez de audaz marino que voló á las regiones de la inmortalidad.

Es la hora en que las sombras pueblan el espacio á la manera de ennegrecido manto; árboles de espaciosas frondas semejan gigantes de envoltura misteriosa y sombría que perezosamente nieven sus cabezas al soplo de fugitivas, helados vientos; empieza á decender en partículas finísimas, formando blanquecinos copos, al aliento de la tierra que en vaporosas ondas se eleva; las linas de las fuentes, antenas bulliciosas y alegres, están como apironadas argentando sus lechos que remedan ondulantes é irregulares fajas de plata inmóviles; el césped, con sus tallos mil veces acariciados por la nieve, remeda inmenso manto de armiño y de cristales en confuso tropel apiñonados; diríase que la tierra se engalanaba con velo de desposada, esperando las caricias del astro rey, y que la soledad de la planicie denunciaba el sueño á que se entregaban los moradores de Huelva despues de cotidianas faenas; sin embargo, notable contraste formaban las escenas del frío de la planada con el calor y vida que una alma daba á otra alma, allá en el interior del Convento, cuya silueta destacábase sobre el fondo del horizonte. Es el Monasterio de la Rábida, y gloriase de albergar ilustre huésped, venido de extranjería tierra, acompañado de hambriento y tierno niño, para el cual implo-

rara menbrugo de pan y hospitalario lecho. Allí la caridad le abrió sus puertas, la sincera amistad de un religioso le acogió en su seno.

Marchena y Colén: el primero sintetizando la aspiración de su patria en la adquisición de un mundo; y el segundo, simbolizando la constancia en la realización del ideal que más tarde pasmaría. Brilla en los ojos del marino el fuego con su alma soñadora acariciara tantos años la palma que le ofreciera la inmortalidad en medio de sus esplendores divinos; la desdicha, sin embargo, ha surcado su espaciosa frente y coronado de nieve su cabeza, la luz de sus razonamientos nace de la íntima convicción de la verdad que patrocina; y en el cariñoso departir de dos amigos, en sus confidencias íntimas, comprende el Prior que en el cerebro de quien disfruta su hospitalidad, rebulle con titánico esfuerzo, pugnando por salir, la más grande concepción; y á medida que escucha sus quejas, parécenle lamentaciones de proscrito que busca su patria, la gloria, y no la encuentra, porque ha tocado mezquinos y egoístas sentimientos; porque ha despertado mercenarias empresas que desviaron sus propósitos; y ansía, con anhelo, encontrar la unanimidad de un gran corazón, la resolución de un firme sentimiento y la grandeza de una alma noble que todo ello le dará la senda apetecida. Extasiáanse en los placeres de franca y animada conversación y la excitada fantasía del Prior comprende y adivina en la grandiosidad de lo que escucha, algo como susurro de brisa aprisionada tornada luego en viento

que refresca y acaricia, para convertirse en ondas sonoras que llevan por doquier simiente ignota; algo como infantiles coros de resonancia limitada reforzados por millones de voces, transformados después en himnos soberbios, portentosos, que modula el huracán al formidable estruendo de colosal trompeta; algo como claridades de aurora tornadas en vivísima luz que dorara nuestro globo; algo así como el manto de la caridad extendiéndose más y más para recoger entre sus pliegues, á millares de seres misteriosos, cuyas conciencias iluminaría la luz, la esplendorosa luz del cristianismo; y, en tanto al genio, autor de aquel dulce arrobamiento de que se sintiera presa, descubriendo un velo y enseñando orgulloso, al través de la enormidad de un oceano, fértiles tierras cruzadas por profundos y anchurosos ríos; nacidos á las faldas de soberbias montañas que besan el cielo con sus empinadas cimas, coronadas de nieves, é hinchadas sus montañas de inagotables riquezas; hermanos adoradores de tosca creación humana; inteligencias abrumadas por el spor de la ignorancia; plumas, oro, palacios, templos, guerreros, héroes, víctimas, todo, todo pasando, como falanje de visiones ante la atónita contemplación del que creía soñar portentosos misterios; y por ello, y sobre ello, á su querida España, grande como la creación del genio; opulenta, como la reina de las naciones latinas; y magnánima como una madre, amparando con su protección empresa sin segundo.

Mas de mil veces encendióse la luz por el Oriente y otras tantas la constancia robusteció la fé de Colón en un mundo que, no por escondido. Allende los mares, era menos cierta su existencia; celeberrima salamanquina junta no fué parte a borrar de aquel cerebro la idea por él acariciada tantos años; idea que á su calor había nacido, á su influencia progresado; y tan arraigada á su poder vivía, que aun muriendo en la tierra todo afecto á lo bello, toda admiración á lo grandioso, toda inclinación á lo magnánimo, ella permanecía como aureola ornando las sienes de un cadáver, cuyo recuerdo guardaría la acción corrosora de los tiempos, y de la ingratitude de los humanos; ella mostraría á las futuras edades que germinó en el cerebro de un anciano, y se nutrió al calor de un religioso, no olvidando su origen, como no olvidamos las caricias del ángel en cuyos regazos tranquilos y apacibles deslizáronse nuestros juveniles embelesos, como no olvidamos el terruño nativo que, no por humilde, es menos dueño de nuestros sentimientos, en el fortalecidos por el amor más grande, al calor del hogar y á la vista de bosques floridos, cármenes hermosas, tranquilos lagos cuyo fondo retrata azulado cielo, y "ribas arboladas donde juegan los céfiros y se quiebra al resplandor de los crepúsculos."

Empero, asomó la envidia; la avaricia y la soberbia encubrieron la grandiosidad de la idea; y la ignorancia, debilitando las voluntades, logro aplazaria, que no destruíla, por que no muere la verdad, destello de esencia infinito que anima

los globos en su incesante rodar por el espacio. Pasó el tiempo y con él la indiferencia; y afianzada la conquista de la fé cristiana con la rendición del último baluarte, heroicamente defendido por moriscos granadinos, nuevas influencias acércanse á los reyes españoles, mas poderosos y entusiastas con las nuevas armas adquiridas á la luz del estudio de la gigantesca empresa; é inflamando en ardiente amor patriótico el pecho de la augusta soberana, y estimulando sus religiosos sentimientos con la gloria de ver el estandarte de la cruz redimiendo á la otra parte de la gran familia humana, la arrancan, en un momento de sublime arrebató, la resolución de su grande alma pronunciada en elocuentísimas palabras, que la historia ha recogido con cariñosa veneración, transmitiéndolas á venideras edades, como muestra y dechado de femeniles hazañas.

Tres gacelas deslizáanse sobre el Atlántico, vuelan apresuradamente cual si pretendieran conocer el nido en que se oculta Febo; embárcanse con ellas los temores de los increíbles, los toscos y groceros embates de la vulgaridad más repugnante, los golpes de la canalla, las insolentes risas del malvado, las sarcásticas burlas de la envidia, las punzantes sátiras de la mezquindad de corazón, y la ignorancia, cobijando aquel conjunto de monstruosidades que, en asqueroso consorcio, ca-

minaban á la postre de evangélicas doctrinas, en mansedumbre y resignación esculpidas; de heroicidades de amigos; de alientos de creyentes; de consolaciones divinas, formando inexpugnable defensa al rededor del genio, para contener la furia de la desesperación que, en pusilánimes pechos albergada, levántase amenazante y soberbia, intentando ¡cobarde! sepultarle en las profundidades del movable abismo.

Aquel puñado de hombres sin fé los más, arrastrados por el poder superior que los guiaba, no eran ya sino á la manera de ligeras hojas que llevara el huracán entre sus ondas á muy lejanas regiones; aquellas facciones pálidas por el horror á la muerte que creyeran cercana, demuestran á las claras impulsos de desesperación comprimidos, interno batallar entre la instintiva conservación del ser y el despiadado castigo al visionario que locamente engañólos, con el poderoso incentivo de codiciadas riquezas, no esperadas ya.

Vientos bonancibles empújalos á mas engolfadas regiones; dóciles las aguas ábrense como para ceder el paso, y besan, acariciando, las bajeles; el cielo sereno y apacible parece acogerlos benigno; á las ansiosas miradas preséntanse indicios que en algo reviven la esperanza; y en tanto, Colón, de pie, con la inmovilidad magestuosa de una estatua, con la mirada siempre adelante, y henchido el pecho de desconocida emoción presente la proximidad del término del viaje, pues que interior alegría derrama, como perfumado baño, placidez la

más sentida, vigor de juventud é inexplicables goces.

Surgió sonriente la aurora de un nuevo días engalanóse el cielo con zafirino manto; auras embalsamadas reaniman el espíritu; brisas juvenetonas refrescan calenturientas sienes; y el sol, derramando sus luminosos rayos, camina lentamente á sepultarse en el confín del horizonte; mas antes de llegar á su dorado misterioso lecho, envtales cariñosa despedida en celajes de púrpura. Llega la noche y tachónase de estrellas el firmamento; débil luz distinguida á lo léjos despierta la ansiedad que muere luego; y en medio de inusitado movimiento de quejas que se van y enhorabuena que llegan; de sueños que vuelan y realidades que nacen, retumba el trueno repercutiendo en mil ecos sonoros; desgájase el cielo en torbellinos de luz vivísima, y de rodillas los tripulantes y en contemplación sublime, ven descender "vaga y áerea como imágen de inquieto sueño, blanquecina como pálido reflejo de la luna, fascinadora, como visión celeste," la doncella hermosísima entre nubes de plata que saluda, imprimiendo un ósculo en la frente del héroe y ciñendo su cabeza con inmarcesibles lauros; sealeja entonando "¡tierra! ¡tierra!" con célica voz que muere en lo infinito.





8 Y 13 DE SEPTIEMBRE DE 1847.

Hace 45 años ya, casi medio siglo, que en el fértil valle donde se levanta la hermosa capital de la República, tronaba el cañón norte-americano día tras día, bomitando su boca de bronce la muerte y la consternación.

Casi en el medio de ese valle, levántase altivo y aislado como avanzado centinela de la gran ciudad, un cerro alto y rocalloso; está circundado de un bosque hermosísimo de abnehetes anteriores á la conquista; en su cumbre hay un edificio malamente llamado castillo, que se alza erigido y magestuoso, parecido al nido que las águilas aseguran en lo alto de la roca. Este castillo, que hasta entonces sólo había servido de lugar de recreo á los que regían los destinos de Méjico iba á su vez á ser el último baluarte que nuestra Patria oponía al Invasor norte-americano.

Los veteranos de la República venían retrocediendo paso á paso desde las franteras del Norte, y nos habían legado los gloriosos y tristes recuerdos de la Resaca de Guerrero, Angostura, Cerro Gordo, Padierna y Churubusco; sus

restos ensangrentados y llenos de abnegación se detenían á las puertas de la capital á hacer frente al invasor por la vez postrera.

Méjico iba á sucumbir, á caer en manos de un extranjero ambicioso, al cual no bastaba para saciar su sed la sangre de millares de mejicanos con que regaba su camino, sino que necesitaba desmembrar el territorio y apoderarse de sus ricos despojos.

Un solo sentimiento animaba á todos los mejicanos; vencer ó morir por la Patria, acabar con esos codiciosos aventureros, con esa patrulla de foráidos que habían soñado sojuzgar á la República Mejicana.

Reinaba el entusiasmo, mejicanos y extranjeros se reunían para hacer frente al enemigo, y todo reveló entonces, que bajo una dirección digna de él, el pueblo mejicano hubiera podido triunfar de la fuerza bruta por la fuerza de un entusiasmo patriótico.

Los primeros puntos que atacó el enemigo fueron el Molino del Rey y la Casa Mata, donde suponía encontrar armas y municiones en cantidad suficiente para continuar aquella guerra desnaturalizada. ¡Falsa suposición! ¿Qué recursos podía tener una Nación que acababa de nacer á la libertad y que sólo salía de la guerra civil para rechazar la agresión injusta de un extranjero poderoso? El 8 de Septiembre de 1847 que cayeron los citados puntos en su poder, únicamente encontró en ellos corazones patriotas, verdaderamente mejicanos cuyo último latido estaba consagrado á la patria.

La historia conserva los nombres del General León, de los Coroneles Balderas y Eche- garay y de tantos otros héroes que sucumbie- ron en aquella memorable jornada.

En los días siguientes se ocupó el enemigo en preparar el ataque del bosque y Castillo de Chapultepec. Las baterías americanas bom- bardeaban éstos puntos, situadas en los lome- rios de Tacubaya y Molino del Rey. Nuestras tropas en la inacción, recibiendo una lluvia de balas y viendo destruir una á una sus obras de defensa, solo esperaban el asalto para en- contrarse cuerpo á cuerpo con aquellas sangui- narias hienas.

Llegó el día 13, y las columnas enemigas se lanzaron al asalto tras tan larga preparación, llenas de fuerza y de vigor, orgullosas de sus triunfos anteriores, superiores por el número y el armamento á las débiles tropas que iban á combatir. Al pié del cerro el Batallón de San Blas á las órdenes del Teniente Coronel Xi- cotencatl, les opuso una resistencia desespe- rada hasta morir casi en su totalidad. El ve- nerable y antiguo bosque de Chapultepec su- cumbió! Una nube densa de humo le envolvía; el estruendo de la artillería y fusilería le hacía estremecer; su delicado césped estaba cubierto de cadáveres y moribundos y los troncos de sus seculares árboles desgajados por la metralla ¡Cuál era la causa de tanta destruc- ción! ¡Ninguna! Las que invocaba el invasor eran fútiles pretextos que nunca faltan al mas fuerte.

El invasor sólo se detuvo un momento al

pié del cerro á cobrar vigor, para presipitarse sobre el castillo cuya guarnición estaba for- mada por un grupo de niños imberbes, alum- nos del Colegio Militar, que recordando sus deberes hacia la patria, aprestaron gustosos sus armas al combate y sus almas á la muerte. ¡Cuánta abnegación, cuánto patriotismo había en aquellos héroes niños! Ellos, á quienes son- reía la vida con el dulcísimo sonreír de la esperanz; ¿ quiénes brindaban aún sus mas gratas ilusiones la gloria y la fama desde el lejano horizonte del porvenir; en cuyas almas de niño no entraban todavía enlutadas y llo- rosas las tristes imágenes de la vida, quisieron combatir por su patria y regar con su sangre pura el suelo en que habian caído la del hé- roico Quahutémoc y la del gran Morelos. ¡No- table y heroica juventud, que como primicias de su patriotismo, ofreció á Méjico la libertad, la sangre y la vida! La proximidad del ene- migo hacía crecer en aquellos espíritus más y más el amor patrio, y el deseo de oponerle la última barrera con sus pechos, antes de permi- tir que se apoderara de la gran capital.

En el asalto, el enemigo encontró en la puerta principal del castillo, un centinela de 13 años; este fué el héroe, el inmortal Vicente Suárez que defendió su puesto con valor, hasta que la muer- te vino á cortar su existencia. Cuando sobre su cadáver pudo el invasor pasar aquella puerta, el General Scott admirado inclinóse con veneración ante aquel héroe infantil que demostró hasta en sus últimos momentos ser descendiente de aque- lla raza noble y valiente de los Quahutemoc.

El castillo cayó en poder del enemigo después de una resistencia desesperada en que abundaron los hechos heroicos; el Teniente Juan de la Barrera precipitándose al abismo envuelto en la tricolor enseña de la patria, los alumnos Melgar, Márquez, Escutia, Montes de Oca y tantos otros que dieron muestras de patriotismo y de valor dignos de los hijos de la antigua Roma, han legado su nombre á la posteridad; y dando á la Escuela Militar su bautismo de sangre, le dejaron un timbre de legítimo orgullo y el deber de combatir como ellos cuando la patria esté en peligro. Hoy su memoria es venerada en el Colegio, cada mes pasan en él revista de presente y al oír su nombre, los viejos Generales del Ejército se descubren con veneración al recuerdo de sus hechos inmortales.

Yo, Señores, que he sido alumno de ese plantel; que en él he respirado las auras de aquellos centenarios árboles del bosque en cuyas puntas parece cantar el viento poéticas estrofas en honor de los gloriosos muertos; que he visto como son queridos y venerados en aquel nido de águilas, en aquella cuna de los soldados instruidos de nuestro Ejército que se llama el Colegio Militar; que he sentido allí palpar todos los corazones al pronunciar sus nombres, he obtenido el inmerecido honor de venir á hablaros de ellos; y si lo he hecho ha sido sin la erudición ni la brillantez de lenguaje que tan sublimes hechos requieren, pero sí con sinceridad, procurando traducir los sentimientos de mi corazón, entusiasta admirador de las glorias de mi patria.

Abrijo la esperanza de que el recuerdo de esos héroes os haya sido grato; y de que en gracia de

la veneración y cariño que á todos nos inspiran, perdoneis mi atrevimiento en ocupar esta tribuna, en que, tan ilustradas y elocuentes personas me precedieron.

¡Mártires sublimes de 47! La Nación á quien sacrificásteis vuestras vidas, vuestras más halagadoras esperanzas y vuestros más tiernos afectos, es ahora libre y poderosa. No os inquieteis por su suerte; en caso de peligro el recuerdo de vuestras hazañas hará levantarse á millares de vuestros admiradores.

La patria os llora, y la historia conserva vuestros nombres para eterna vergüenza de esos tiranos. [1]

San Luis Potosí, Septiembre 13 de 1892.

Manuel Medina (h.)

(1) Recitada por su autor en el teatro de Alarcón de San Luis Potosí, en la séptima conferencia Colombina.



los demás animales están provistos como nosotros de un aparato locomotor, así como de una multitud de órganos encargados de desempeñar esos actos por los cuales se manifiesta la vida y que se llaman funciones, también es incuestionable que el hombre desde el momento en que fué creado desde que vio la primera vez la luz natural de este planeta, era superior á todos los animales existentes; pues que venia dotado de esa inestimable facultad del alma llamada inteligencia, de ese precioso diamante que pulido más tarde con el fino buril de la civilización, debía permitirle sujetar á ineludibles leyes el movimiento de los astros, inquirir las que rigen las combinaciones de los cuerpos, en una palabra, remontarse hasta el conocimiento del Sér, sin principio que le había dado vida y descubrir los secretos de la naturaleza.

¶ Pero, ¿el hombre precedió á la ciencia, la ciencia precedió al hombre ó fueron simultáneos el hombre y la ciencia? Si nos fijamos en todas las ciencias y cada una de ellas no son, en último resultado, mas que el conjunto de principios que nos explican los fenómenos de la naturaleza, nos convenceremos que la ciencia precedió al hombre pues que nació con aquella y nosotros no hemos hecho mas que admirarla, descubrirla, valiéndonos para ello de poderosos auxiliares: observación y experiencia. Mas si la existencia de la ciencia no se derivó de la del hombre, su imperfectibilidad si ha sido la forzosa consecuencia de la imperfectión de nuestras facultades, pues los destinos de la

RELACIONES DE LA FISIOLÓGIA

CON LAS

Ciencias Naturales.

Composición leída por su autor Sr. Profesor Enrique Nieto, en la undécima Conferencia Colombina en el teatro de Alarcón de San Luis Potosí, la noche del 3 de Octubre de 1892.

Después de haber creado Dios el sistema planetario, después de haber dado vida á todos aquellos seres que constituyen el objeto de la Botánica así como á los que ocupan los grados inferiores de la escala zoológica; aún faltaba un animal dotado de facultades que le permitieran comprender la grandeza del Creador y en el cual se manifestara de una manera más evidente su Omnipotencia: el hombre.

En efecto, el hombre debía ser el complemento de la creación; por que si es cierto que

ciencia deben ser los mismos del espíritu humano.

No obstante, admitir una estabilidad de imperfección en la inteligencia humana, sería una imperdonable necedad cuando, á medida que las generaciones desfilan, marcha con seguro paso el espíritu humano hacia la meta de su perfección.

Si allá por el siglo XV nos hubieran dicho que la palabra se transmitiría á grandes distancias en unos cuantos minutos; que nos trasladaríamos de un país á otro en unas cuantas horas, que se podría apreciar el sonido producido por el aleteo del más insignificante insecto, indudablemente que hubríamos aplicado á quien tal dijera el epíteto de loco, como se lo aplicaban á Colón cuando quería hacer brotar de las aguas otro mundo.

Hoy, allí tenemos al telégrafo transmitiendo la palabra mediante la electricidad; allá la locomotora recorriendo grandes distancias con una velocidad asombrosa por medio del vapor, y finalmente, allí tenemos el micrófono que presta dote el mismo auxilio al oído que al microscopio á la vista, habla muy alto á favor de la instrucción de la actual generación con relación á la de nuestros antepasados.

Con cuánta razón se considera al hombre grande en su misma pequeñez!

Mas no sólo en lo que respecta en la parte intelectual del individuo, se pone de manifiesto la sabiduría de los primeros principios y primeras causas; no sólo por los admirables pautos de su masa cerebral es digno el hombre de inteligencia de figurar en la primera grada de la escala animal; hecinad una mirada autilizadora á su or-

ganización y veréis cuanta perfección y armonía cumple cada órgano su misión, observaréis que cuantos fenómenos se suceden en los diversos aparatos de la economía tienen una causa y se proponen un fin: ya sea la conservación del individuo ó ya la de la especie.

Ahora bien, el conjunto de principios que nos den cuenta de los fenómenos anteriores vendrá á constituir, según lo prescribe la filosofía, una ciencia especial que se ocupe en el estudio de los fenómenos vitales y que, en razón de su objeto, sea hermana de las ciencias naturales. Esa ciencia es la Fisiología, que, en mi concepto, es una rama de la Física tomada esta palabra en el sentido de su etimología.

En efecto, desde el momento en que la Fisiología inquiera las relaciones que ligan al animal con las cosas naturales, y más aún; desde el momento en que hasta el último elemento de la organización del sér viviente se encuentra fuera de él; el fisiólogo y la Fisiología misma deben considerar las ciencias físicas y químicas como sus más potentes auxiliares, por que suministrándoles las propiedades de los cuerpos, llegará fácilmente al conocimiento de la manera de obrar de los cuerpos exteriores.

Si la Fisiología, intentase negar lo que han hecho las ciencias físicas y químicas en pro de su perfeccionamiento, daría pruebas de inconsecuente; pues desde luego la diferencia morfológica que existe entre el sér inerte y el organizado, sería inexplicable si los laboratorios

de químico no nos demostraran, á cada paso y á cada momento, que lo complicado de la forma de un cuerpo está en razón directa de lo complejo de su composición, y el cuerpo del animal es el continente de la materia bajo las tres formas que puede revestir. Como no es posible ver claramente con lo antes considerado la influencia que las ciencias naturales tienen con la Fisiología, suprimamos mentalmente los fenómenos químicos de la digestión, ¿que resulta? Las fábricas del aparato digestivo se encuentran con la imposibilidad de preparar las materias que mediante la circulación deben formar parte integrante de los tejidos.

Si suprimimos los fenómenos químicos de la respiración, habremos suprimido la hematosis y con ella la oxidación, que teniendo su verificativo en medio de la humedad y sin producir luz ninguna, le suministra el cuerpo ese calor de que disfruta hasta el último momento de su existencia.

Por lo que respecta á la Física, ¿de que manera nos explicaríamos el paso del quilo á través de las paredes intestinales? ¿cómo ese cambio de oxígeno por ácido carbónico que hace el aire atmosférico con la sangre venosa en las celdillas del pulmón á cada movimiento respiratorio? ¿Cómo nos daríamos cuenta de la presbicia, la miopía y en general los fenómenos de la visión sin tener presentes las leyes de óptica que rigen la luz al pasar por las lentes cóncavas? ¿Cómo estudiaríamos los fenómenos concernientes al órgano de la voz sin tener

en cuenta las leyes de la acústica que rigen las cuerdas vocales de la laringe? y finalmente ¿cómo nos explicaríamos los movimientos del aparato locomotor, sin recordar siquiera los principales géneros de palancas? Vemos, pues que todas estas diversas cuestiones suponen el conocimiento de las leyes fundamentales de la Física.

Además, la economía animal presenta, como lo hemos visto ya multitud de fenómenos y siendo inconcebible un fenómeno, cualquiera que sea, sin la noción de la fuerza, resulta que esas fuerzas pertenecerán al dominio de la física, porque suponer el principio vital como una substancia distinta, sería una hipótesis, hasta cierto punto insostenible.

En fin, habiendo demostrado ya la química, de una manera positiva, que todos los elementos del sér organizado se encuentran en los demás reinos de la naturaleza, es inconcuso que la materia es variable en su forma pero no mortal; que está destinada á metamorfosearse pero que no obstante estará bajo el dominio de las ciencias naturales; de donde se sigue que la Fisiología se ocupará de referir á leyes físico-químicas los fenómenos vitales. ó en otros términos, la Fisiología será una rama de la Física, tomada esta palabra en el sentido de su etimología.





HISTORIA ANTIGUA DE MEJICO.

Producción leída por su autor Sr. Profesor Candelario Martínez en la undécima Conferencia Colombina en el teatro Alarcón de San Luis Potosí, la noche del 3 de Octubre de 1892.

Ignoramos si los primeros pobladores del continente americano, han desaparecido de él por una de aquellas revoluciones de la naturaleza con que las naciones se borran enteramente de la faz de la tierra. Ruinas nuevamente encontradas, ostentan una magnificencia y grandiosidad, que son la huella del paso por este suelo de una raza de hombres muy superior á la que los europeos encontraron en él, y esto conduce á la idea de poblaciones más antiguas, cuyas generaciones se extinguieron. Acaso las cuestiones sobre la población primitiva del mundo, llamado nuevo respecto de la proyecta Europa y de la Asia envejecida, tendrían su resolución en esos pue-

bios muertos; pero hasta hoy las ideas del hombre no pasan en este punto de probabilidades; y la obscuridad de lo pasado no ha podido iluminarse con la luz de la historia.

Aún la de los pueblos cuyos descendientes viven entre nosotros, y que ocupaban la América, al tiempo en que la Europa se lanzó sobre ella: es sumamente incierta. Estos pueblos no estaban muy avanzados en la carrera de la civilización, y su modo de conservar y transmitir al porvenir sus acontecimientos era imperfecto. La representación material y grosera de los hechos en frágiles lienzos ó geroglíficos de clave dudosa para nosotros, eran su lenguaje á la posteridad, y esta ve hov figuras confusas y de difícil y disputada inteligencia. La conquista pasó sobre la casi totalidad de las naciones de América como una renovación entera de la sociedad; que destruye todos los elementos de la antigua: artes y ciencias, si tales podrían llamarse la de los americanos, gobierno y religión, todo desapareció para hacer lugar á las nuevas instituciones que cruzaban los mares, bajo la protección divina de la cruz, y la invencible espada de los conquistadores. La iglesia en aquellos días de calamidad para los antiguos habitantes, solía levantar su voz en favor de los hombres, y hablar de perdón y esperanza á los vencidos, y de humildad á los vencedores; pero no daba tréguas al antiguo culto, ni transigió con otra religión, y en la completa ignorancia del significado de los escritos que encontraba, creía que sus horrorosas figuras eran abortadas por

el infierno y condenaba á destrucción completa todo lo que creía obra de Satanás y restos de la antigua superstición. La espada de los guerreros de Europa aniquilaba los sabios, y el celo de los sacerdotes cristianos destruían los manumentos y los geroglíficos, que consideraba como análogos á los ídolos. Entre la obscuridad de las tradiciones americanas, aparece que la más notable de las antiguas razas que ocuparon el país de América, gran parte del que se llamó después Nueva España, y hoy República Mexicana, fué la de los Tultecas. Vinieron del Norte, aunque no es seguro de qué nación, por el siglo VII de la era cristiana llegaron al territorio de Anáhuac, trayendo consigo algunos conocimientos de agricultura y en muchas artes mejicanas: se cree que se les debe el arreglo del tiempo que usaban los mejicanos, y que fueron las fuentes de civilización de esta parte del globo. Establecieron su capital en Tula y en la época de la conquista se asegura haber habido allí, restos de grandes edificios; y en la actualidad sólo es una población de poca importancia.

Después de un periodo de cuatro siglos, los tultecas que habían extendido su dominación, á países remotos, por el hambre, la peste y otras calamidades, desaparecieron de un modo tan incierto para nosotros como habían venido. Tal vez algunos de ellos emigraron á otras regiones, y las ruinas de Mitla y el Palenque, hacen pensar en ello cuando se buscan sus autores. Después de otros cien años, una tribu nume-

rosa de chichimecas vino de las regiones remotas del Noroeste á ocupar el país abandonado. Prontamente fueron seguidas por otras razas más civilizadas de la familia acaso de los tultecas, cuya lengua parece que hablaban. Las más distinguidas de aquellas tribus fueron las de los Aztecas, y de los Aulhnas. Los últimos se instalaron en Texcoco. De la mezcla de estas razas, con los pocos tultecas que había en el país se formaron en gran parte las naciones que los españoles encontraron en él.

Los aculhuas de Texcoco, habían llegado á un alto grado de civilización, cuando fueron invadidos y subyugados por los tepanecas, pero habiendo llevado éstas al extremo la opresión, se suscitó una reacción, en la que el príncipe Netzahualcoyolt, célebre como sabio, como poeta y como guerrero, auxiliado por los mejicanos, libertó á su patria y comenzó para ella una nueva carrera más próspera que la antigua.

Quando los mejicanos al principio del siglo XIII llegaron de los países del Norte, no se establecieron en residencia fija, sino que continuaron una vida de emigración, por los que se llama hoy el Valle de Méjico. Subyugados en una ocasión por una tribu más pendorosa, pronto recobraron su libertad, y se hicieron terribles á sus mismos opresores, y después de varias aventuras se detuvieron á orillas del lago principal. Desde allí, se cuenta que vieron parada sobre un gran nopal que descansaba en una peña, la cual descollaba sobre las

aguas del lago, una gran águila que tenía una culebra en las garras, que creyeron esto una indicación de sus oráculos que ofrecían felicidad á la ciudad que se fundase en aquel sitio, y que resolvieron fundarla, levantada sobre algunos pedazos de tierra seca ó isletas que artificialmente agrandaron, algunas chozas de cañas ó de tierra, donde vivían de la pesca, de la caza de las aves acuáticas y de las legumbres que producían las chinampas ó jardines flotantes. Aquel lugar fué llamada Tenochitlán. El transcurso del tiempo les hizo progresar en civilización y adquirir en todo el valle una gran reputación de guerreros, á la que contribuyó en gran manera el auxilio que dieron á los de Texcoco para recobrar su libertad con los tepanecas. Estos fueron en aquella ocasión derrotados tan completamente, que su territorio cayó en poder de los vencedores y fué concedido á los mejicanos como recompensa por sus servicios. Los aliados encontraron por algún tiempo suficiente ocupación para sus armas en el valle; pero pronto pasaron el cerco de montañas que les rodeaban, y á la mitad del siglo XV, bajo el I. Mactezuma, se habían extendido ya hasta el seno mejicano. La ciudad veía suceder edificios de piedra á las antiguas chozas de caña, su población aumentaba, sus ciudadanos unidos le daban una extensión mayor, se dice, que la que hoy tiene. El trono fué ocupado por una serie de principes hábiles que supieron aprovecharse del aumento de recursos, y del espíritu marcial de la nación, y todos los años volvían los me-

xicanos á su capital cargados con los despojos de ciudades nuevas ente conquistadas, y conduciendo un gran número de cautivos, destinados á sacrificios sangrientos á sus dioses. Así se extendió su denominación del Atlántico al Pacífico, aunque en el interior no parece haber tenido muy considerable extensión, formándose el imperio mejicano, poco más ó menos de lo que hoy son los Estados de México, Puebla, Oaxaca, Veracruz, y alguno, pero muy corto de Michoacán.

Mas este territorio á principios del siglo XVI, no formaba un cuerpo de nación enteramente unida en opiniones. Muchos pueblos recién conquistados solo obedecían por la fuerza y llevando impacientemente el yugo mejicano, que hacían mas duro el poco comedimiento de los vencedores, y el rigor con que se exigían los tributos; sólo esperaban una ocasión ó un apoyo para sustraerse de la autoridad del emperador. Este habia aumentado su poder, alterando los antiguos estatutos de la monarquía y el despotismo habia producido descontento entre los mismos vasallos, naturales del segundo Moctezuma que reinaba á la sazón. Existían tambien algunas provincias en el mismo recinto del imperio, que como la de Tlaxcala nunca habían llegado á sujetarse á la dominación mejicana, y que si bien por si solas habían podido apenas defenderse, podían poner en graves cuidados á la capital, si llegaban á formar una alianza ventajosa. Y para completar la debilidad del imperio, se hallaba extendida la opinión, de que debían venir de Oriente ciertos hombres extraordinarios que se tenían como descendientes del Sol, y que inven-

cibles debían renovar la constitución del imperio. Tal era, el estado de las cosas en el de entonces imperio de Anáhuac, cuando pisaron las playas de Veracruz los hombres que, al mando de un atrevido é intrépido jefe, mas tarde, sometiera á la corona de España, esta parte del mundo de Colón llamado Méjico, nuestra patria.

Carta Abierta.

Chilpancingo Septiembre 8 de 1892.

Sr. Dr. Antonio F. López.

San Luis Potosí.

Muy estimado amigo y compañero:

Aunque lejos de esa mi ciudad natal, siento que los dulces lazos que á ella me unen se robustecen y estrechan cada día, pues además de que con la ausencia se agrandan y dulcifican los efectos, motivos poderosos ha habido, en particular en el presente año, para que mi cariño y estimación por esa bendita tierra agiten de continuo mi corazón.

Los periódicos que de allá recibo, así como mi correspondencia epistolar me tienen al tanto de todo lo que ocurre en el seno de esa sociedad: sus goces y sufrimientos, sus temores y esperanzas, sus progresos siempre crecientes y todos los actos, en fin, de ese pueblo tan noble

y desinteresado, tan amante de lo bueno y de lo bello y tan lleno de caridad y patriotismo.

Bendita mil veces, amigo mío, la tierra que calienta y vivifica tan levantados corazones, y dichosos los que como nosotros tenemos el santo orgullo de haber nacido bajo ese cielo!

No parece sino que el presente año trajo la misión de poner en juego los mas nobles sentimientos de los potosinos.

La miseria, ese azote terrible de la humanidad, ha conmovido á esa sociedad en conmovición tremenda, haciendo exhalar ayes de agonía á los desgraciados y lágrimas de ternura y derroches de caridad sublime á las almas generosas que tanto abundan en ese suelo privilegiado.

Mi imaginación me representa día con día el espectáculo conmovedor que debe ofrecer esa ciudad con sus calles transitadas por seres que con desfallecidas fuerzas y demacrado semblante, apenas logran llegar á algun comedor público en donde reciben de manos delicadas y con santa solicitud el pan bendito que mitiga el hambre. Pero notable coincidencial al mismo tiempo que tales desgracias lamentamos, el mundo civilizado se prepara para celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América, uno de los más grandiosos acontecimientos que se registran en la historia de los siglos y que ha tenido tan decidida influencia en la vida de todas las naciones.

Los potosinos, en medio de su amargura y desolación, no han podido permanecer extraños á tan hermoso movimiento y además del valioso concurso que hace tiempo preparan para la

exposición internacional de Chicago, donde se han dado cita todos los pueblos del globo, los habitantes de San Luis Potosí han querido conmemorar, de una manera enteramente local, fecha tan memorable, para cuyo efecto se ha puesto en actividad envidiable toda la masa social.

Habiendo partido la iniciativa de los estudiantes, simpático núcleo de las esperanzas y del porvenir, y encontrando eco en ilustradas inteligencias y patriotas corazones, el éxito tenía que ser seguro y ya vemos cómo el pensamiento ha tomado forma y San Luis Potosí celebrará por fin sus fiestas de la civilización, dando con esto saludable ejemplo á los demás Estados de la República y aun á muchas de las naciones más cultas.

Usted, Antonio, que ha tomado en esto parte tan activa como corresponde á su sólida ilustración y como lo comprueban sus hermosas iniciativas, debe sentir legítima satisfacción al ver cómo sus esfuerzos por el progreso y prestigio de nuestro Estado son coronados por halagüeños resultados.

Fundado en nuestra leal y antigua amistad he querido dirigir á Ud. esta carta, que aunque en forma bastante incorrecta sirva de intérprete á los sentimientos que me animan y para manifestar de alguna manera mi profunda simpatía y adhesión á esa culta sociedad por su noble actitud socorriendo al desgraciado y glorificando al genio.

Su afectísimo amigo y compañero

Dr. Leopoldo Viramontes.



LA EDUCACION DE LA MUJER.

Composición leída por su autora Srita. Profra. Guadalupe Vazquez Castillo en la undécima Conferencia Colombina en el teatro Alarcón de San Luis Potosí, la noche del 3. de Octubre de 1892.

Quando contemplo á la mujer en las variadas manifestaciones de su existencia, cuando examino el trascendental papel que en el mundo desempeña, no puedo menos de sorprenderme al considerar cómo en otras épocas y aun quizá en este siglo del progreso, se ha visto con tanto abandono su educación.

Yo la contemplo niña, y en medio de sus juegos infantiles la veo preponderando sobre el hombre é imperando en él, de tal manera, que ella sola es quien hace combinaciones más ó menos caprichosas para la realización de sus deseos; siendo el instrumento principal de que se vale, la condescendencia de su compañero. La examino en la juventud, y ella es la única que puede llenar las aspiraciones de un corazón ardiente; es la única que puede conseguir se hagan, por obtenerla, esfuerzos heroicos, sacrificios inauditos, y quizá, quizá se lleven á efecto crímenes horrendos. La veo en aquel periodo

exposición internacional de Chicago, donde se han dado cita todos los pueblos del globo, los habitantes de San Luis Potosí han querido conmemorar, de una manera enteramente local, fecha tan memorable, para cuyo efecto se ha puesto en actividad envidiable toda la masa social.

Habiendo partido la iniciativa de los estudiantes, simpático núcleo de las esperanzas y del porvenir, y encontrando eco en ilustradas inteligencias y patriotas corazones, el éxito tenía que ser seguro y ya vemos cómo el pensamiento ha tomado forma y San Luis Potosí celebrará por fin sus fiestas de la civilización, dando con esto saludable ejemplo á los demás Estados de la República y aun á muchas de las naciones más cultas.

Usted, Antonio, que ha tomado en esto parte tan activa como corresponde á su sólida ilustración y como lo comprueban sus hermosas iniciativas, debe sentir legítima satisfacción al ver cómo sus esfuerzos por el progreso y prestigio de nuestro Estado son coronados por halagüeños resultados.

Fundado en nuestra leal y antigua amistad he querido dirigir á Ud. esta carta, que aunque en forma bastante incorrecta sirva de intérprete á los sentimientos que me animan y para manifestar de alguna manera mi profunda simpatía y adhesión á esa culta sociedad por su noble actitud socorriendo al desgraciado y glorificando al genio.

Su afectísimo amigo y compañero

Dr. Leopoldo Viramontes.



LA EDUCACION DE LA MUJER.

Composición leída por su autora Srita. Profra. Guadalupe Vazquez Castillo en la undécima Conferencia Colombina en el teatro Alarcón de San Luis Potosí, la noche del 3. de Octubre de 1892.

Quando contemplo á la mujer en las variadas manifestaciones de su existencia, cuando examino el trascendental papel que en el mundo desempeña, no puedo menos de sorprenderme al considerar cómo en otras épocas y aun quizá en este siglo del progreso, se ha visto con tanto abandono su educación.

Yo la contemplo niña, y en medio de sus juegos infantiles la veo preponderando sobre el hombre é imperando en él, de tal manera, que ella sola es quien hace combinaciones más ó menos caprichosas para la realización de sus deseos; siendo el instrumento principal de que se vale, la condescendencia de su compañero. La examino en la juventud, y ella es la única que puede llenar las aspiraciones de un corazón ardiente; es la única que puede conseguir se hagan, por obtenerla, esfuerzos heroicos, sacrificios inauditos, y quizá, quizá se lleven á efecto crímenes horribles. La veo en aquel periodo

en que para ella acabaron las pasiones, la contempló como Señora de un hogar, y entonces mi asombro no alcanza límites; pues allí encuentro agrupadas dos grandes influencias: la que sobre la niña y la joven han ejercido la sociedad y la familia, y aquella que la mujer devuelve á la familia y á la sociedad.

¿Cual será el medio mas apropiado para que estas influencias sean benéficas, para que la humanidad marche por las vías de verdadero progreso, para que pueda llenar de una manera cumplida su destino?

Nadie podrá negar, que así como el labrador necesita preparar el terreno que ha de recibir en sus entrañas un insignificante grano, grano que vá á producirle mas tarde los frutos que apetece, así como es necesario que la semilla se mantenga á cubierto de cuantos elementos pudieran perjudicar su naturaleza; así como una vez brotada la pequeña planta hay que preservarla del viento que la troncharía, de la lluvia que podría ahogarla, del sol que la abrazaría en sus llamas, así la mujer, pequeña é insignificante á los ojos de muchos, principio de la sociedad, asiento en que ésta se solidifica, germen fecundo del universo, ha menester, cual el pequeño grano á que he aludido, una preparación conveniente, una mano bienhechora que la preserve del furor de las pasiones y de las terribles tempestades que continuamente se agitan en torno de ella.

¡La educación de la mujer! He aquí comprendida la cuestión por excelencia para el adelanto de los pueblos.

Pero, ¿que es la educación? ¿que la mujer? S para definir la educación hiciera uso de cuantas reglas se han dado desde el fundador de la pedagogía antigua, Platón, hasta Pestalozzi y Froebel, ciertamente que no me bastarían los breves momentos de que puedo disponer para enumeráros las. Me basta solo decir que aunque de tantas maneras se ha definido, todos convienen en que su objeto es preparar la humanidad para que cumpla debidamente su destino.

Y la mujer ¿qué es? ¿cómo podré definirla sin que se crea que por pertenecer á su sexo trato de censurarla ó de prodigarle lisonjas? Diré, como muchos repiten de continuo, que es el único borrón que se encuentra en la obra admirable de la humanidad, que es la veleta colocada en el hermoso edificio que el Omnipotente levantara en el hombre; Diré, por el contrario como otros agregan, que para escribir algo sobre esta bella porción del género humano, hay que arrancar las plumas al amor y humedecerlas en el sentimiento?

No, nada de eso diré, por que tales maneras de pintar á este ser son en extremo exageradas. Sólo sí, que la mujer, como el hombre y todo lo que en el mundo se halla, ha sido creada para algún fin, que ella, como el hombre, se encuentra provista de los medios que deben poner en práctica para realización de su fin, y que por lo tanto, ella lo mismo que el hombre tiene no solo la necesidad sino el derecho de reclamar se le impartan los mismos cuidados las mismas atenciones que á éste se prodigan. si dijéran os, el destino de cada criatura, es como

puede llevarse á efecto su educación; la que, para llamarse perfecta, siquiera sea de un modo relativo, no ha de separarse nunca de la naturaleza constitutiva del sér que se trata de formar.

¿Y cual es la naturaleza, cual el objeto final de la mujer?

Nada mas hermoso y al mismo tiempo nada mas trascendental que su misión. ¿La véis velando inquieta el sueño de un ángel que se oculta entre las espumosas cortinas que cubren su cuna? ¿La contempláis oprimiendo contra su pecho la cabecita de su pequeño é imprimiendo en su frente un ósculo santo y puro como es el ósculo de la madre? ¿La admiráis por que solicita no solo atiende sino prevee las menores necesidades de su hijo? Pues en todas estas circunstancias que á primera vista nos ponen únicamente de manifiesto las condiciones peculiares que constituyen la naturaleza de la mujer, el manantial inagotable de amor que en su corazón se alberga la abnegación sin límites que posee, debemos observar no sólo la prodigalidad con que el Omnipotente la obsequiara al repartir sus dones, dones que por otra parte le eran indispensables para llevar su difícil tarea, sino los primeros pasos, los principios iniciales de que hace uso para la realización de esta misma tarea.

En medio de esas manifestaciones amorosas, apacibles y tranquilas unas veces, otras ardientes, llenas de fuego, mirad cómo su caracter, como su alma, como todo su sér encuentra un eco en aquel pedazo de sus entrañas; y sin pre-

tenderlo muchas veces aun queriendo evitarlo las mas, aquellos defectos que le son propios se van manifestando, aunque modificados, en el niño que estrecha entre sus brazos.

La experiencia de cada día nos demuestra cuán imperiosa es la necesidad de preparar á cualquier individuo para que desempeñe convenientemente su misión.

Jamás permitiríamos que la salud de uno de nuestros leídos se pusiera en manos de quien no se ha dedicado con asiduidad al estudio de la medicina; no toleraríamos que nuestros intereses, que el arreglo de nuestros negocios por sencillos que fueran, se confiase á un individuo de quien puede dudarse falle en justicia, puesto que nunca se le ha visto consultar un autor de jurisprudencia, sino que se guía solamente por lo que su razón natural le dicta; aun tratándose de la mujer, no pondríamos en sus manos unos cuantos metros de tela ni le fiaríamos la preparación de nuestros diarios alimentos, si ante no estuviésemos convencidos de su pericia, satisfechos de su habilidad.

Y bien, ¿será posible creer que en algunas ocasiones haya preocupado más la pérdida de un negocio, el mal empleo de unas tres varas de lienzo, lo mal sazonado de algún manjar, que la educación de una familia?

Creo que no; y mas bien debe pensarse que si por tanto tiempo se vió la mujer sumergida en la ignorancia, en el más supino abandono, debe haber provenido no ya de la mala voluntad que para ella se tuviera, sino de la poca refle-

xión que se consagrara al estudio de su naturaleza tal cual ella es.

Ya que ahora conocemos mejor á la mujer ya que, gracias á las luces que nos ha dado el cristianismo, la consideramos como un sér racional y no como una mera cosa; ya que, por último, convenimos en lo que tantos grandes hombres han dicho y tantas veces han repetido, que el progreso de la sociedad depende de la familia, la que á su vez lo debe al amor y y los cuidados de una madre; hagámos por que ese amor y esos cuidados no sean producto de un crecimiento natural y espontáneo, sino un amor guiado por la razón convenientemente ilustrada; unos cuidados sujetos al conocimiento del sér que los recibe, teniendo en cuenta la naturaleza de sus distintas facultades, del orden de su generación, el mayor ó el menor grado de importancia con que se manifiestan, sin perder nunca de vista el todo armónico que ha de constituir el niño y aspirando siempre á realizar el conocido aforismo que sirvió de base á Locke en su sistema de educación: "Dar al hombre en un cuerpo sano una alma sana."

Si, pues, la mujer necesita prepararse para dar lleno cumplido á sus deberes, enseñémosla no solo á ataviarse y cortar sus trajes, sino á conocerse así misma estudiando algo de su naturaleza tanto física como moral observando las diferencias que la separan del hombre, y disponiéndola á fijarse muy particularmente en el niño desde los primeros instantes de la existencia de éste, para que se acostumbre á ver en cada uno de los adema-

nes y gestos del pequenuelo, no sólo una gracia que haya de celebrarse sino un movimiento, una manifestación de su alma; manifestación y movimiento que sirven de mucho á una madre para conocer la índole del niño cuya custodia le ha encomendado la naturaleza.

Y dicho está de paso que no le bastará tener solo estos conocimientos, pues aunque le prestarían servicios muy importantes no le serían suficientes para llenar su intento. Se comprende qué una vez conocida la naturaleza del sér, hay que instruirse en los medios de llevarlo á su perfectibilidad. Estos medios son tanto mas delicados cuanto mas delicada es la naturaleza de dicho sér, y por lo mismo hay que prepararse tanto mas cuidadosamente á la educación de la familia, cuanto que su resultado no es asunto de unos pocos dias, sino que lleva envuelta en sí la existencia completa de los individuos que componen la misma familia.

Ademas de las nociones de antropología y educación que, según lo dicho, ha de poseer la mujer necesita adquirir conocimientos acerca de las influencias que los agentes exteriores ejercen sobre el hombre; necesita conocer los medios de convertir dichos agentes en otros tantos elementos de vida para aquellos que la rodean y no hacen lo que de ordinario vemos, que se priva al niño de la luz, de aire, de todo lo que pide su naturaleza por creer que esto es nocivo á su salud.

¿Las ciencias naturales no deben ser conocidas, siquiera de un modo rudimental por las

mujer? Yndudablemente que sí, pues presindiendo de la amenidad del estudio y de la utilidad que le proponían para explicarse las ciencias de los fenómenos que se presentan á su vista, y aun para entender muchas veces las conversaciones más vulgares, le son del todo indispensables para que la salud de los individuos que forman su familia esté mejor garantizada; y para que, ya que la mujer toca dar principio á la educación de los niños, sepa resolver las dudas que les ocurren; dadas nacidas de un talento sin cultivo y por lo mismo demasiado sencillas, es verdad; pero que nos abisman muchas veces en un caos del que no podemos salir sino pena de incurrir en grandes errores e inculcar en ese talento ideas inexactas desaprovechando así momentos muy oportunos para preparar convenientemente aquella inteligencia.

Inútil será decir que al educar la mujer debe hacersele amar las tareas domesticas, aquellas aenas que tiene que desempeñar día por día. Ya se comprende que las operaciones más comunes del cálculo, la economía doméstica, el arreglo de las piezas de ropa, etc. van de ocupar un sitio preferente en su educación; tanto por que es lo único que á muchos preocupan y lo que sólo buscan en la mujer, como que es lo que siempre y á cada paso le es tan poder en práctica.

Las artes bellas por referirse de un modo directo á las facultades características de la mujer, la imaginación y el sentimiento, deberían ocupar uno de los primeros lugares en el programa de la materias que han de enseñarsele; y enton

ces lejos de lamentar en ella una melancolía y un romanticismo, las mas veces ridículos, conseguiríamos que estas preciosas facultades se encaminaran á la verdadera belleza y no aspiraran sino á su perfecta realización.

Quizá parezca exagerado á muchos todo lo que para la ilustración de la mujer proponemos; quizá para muchas jóvenes que hasta estos momentos no conocen á que punto llega la importancia y trascendencia de su misión aparezcan exigentes y aún petulantes, pero la verdad es que ningún individuo podría señalarnos como inútil á la mujer una sola de las materias que hemos apuntado, ni joven alguna si se pone á pensar sobre quien es y para qué existe, podrá decir que le exigimos mucho y queremos que pase su vida consagrada al estudio.

Se nos dirá, por último, que pretendemos mucho, que soñamos, que nuestra obra es irrealizable; pero á todo esto responderemos imitando al sublime Galileo, cuando en presencia de los que juzgaban pronunció aquellas hermosas expresiones: "y sin embargo, se mueve." Y sin embargo, digamos nosotros, veremos realizados nuestros deseos, no ahora ni tan pronto como quisiéramos; pero si tan luego como nuestras ideas se popularicen, como las jóvenes se dediquen á conocerse y las madres se acostumbren á ver en sus niñas otras tantas mujeres en miniatura, que deben preparar para que cumplan más tarde los importantes deberes de que ellas mismas se hallan investidas.



DISCURSO pronunciado por el alumno del
Ynstituto Científico de San Luis Potosí, Dn.
Miguel R Soberón en el jardín Colón,
la tarde del 12. de Octubre de 1892.

Señor Gobernador:

Señores:

He aquí un momento siempre difícil, y más difícil aún para mí, tanto por la magnitud del asunto, cuanto por lo que infundadamente pudierais esperar de mí. Si en vez de pensarse con la inteligencia se pensara con el corazón; si fuese posible que el sentimiento se convirtiese en idea y en elocuencia la gratitud, entonces la tarea de esta tarde sería para mí sobradamente fácil, por que con sólo dejar franca la puerta á la gratitud, que todos los hijos de este continente debemos al ilustre descubridor del Nuevo Mundo y á la hidalga nación española que ilustró nuestro suelo, brotaría de mis labios á torrentes la inspiración, esa inspiración oratoria que no alcanzo, y que mueve como hilo misterioso todos los corazones, haciéndoles latir á un sólo compás y confundiéndolos en un mismo

sentimiento, como el amor á la Patria en instante supremo hace estallar á todos sus buenos hijos en un solo grito de combate, y como el sentimiento religioso ante la augusta solemnidad del templo, hace prorrumpir á todas las almas creyentes en una sóla y fervorosa plegaria. En esta fiesta augusta con que se envanece San Luis Potosí, y en la que veo dichosamente representadas á todas las colonias extranjeras y á todas nuestras clases sociales, á quienes la junta de estudiantes da las gracias por su cooperación; por que en esta fiesta honráis á Colón y en Colón á la humanidad entera, pues como dijo en nuestras asambleas su digno iniciador en esta ciudad, "en aquel ser se esumen en grandioso compendio todas las fuerzas y todas las aptitudes humanas." Y agregó: "Recorred las grandes figuras de la Historia y veréis como por encima de ellas se levanta la de este genio portentoso." Y no creáis que esto es una hipérbolo de mi fantasía caldeada en estos instantes por mi sentimiento. Colón es mas grande que Alejandro, con haber llevado Alejandro en la punta de su espada el testamento de la Grecia; mas grande que Anníbal, con haber atravesado Anníbal, para caer sobre el corazón de su eterna rival, fragosidades ante las cuales retrocedía la misma fuerza de la tempestad; mas grande que César con haber pasado Cesar el Rubicón contra Roma, para hacerse soberano de la soberana del mundo; mas grande que Fídias, con haber dado Fídias palpitación al marmol inerte; mas grande que Murillo, con haber hecho Murillo flotar sobre sus lienzos las bendiciones de!

cielo; mas grande que Homero, con haber condensado Homero, en una inspiración todas las riquezas de la civilización helénica, como se confundían en un rayo de sol todos los cambiantes del iris; mas grande que el Dante, con haber arrancado éste para los dominios de la poesía lo que era secreto y sagrado de la fé; mas grande que Cervantes, con haber matado Cervantes un siglo de una carcajada; mas grande que Aristóteles y que Newton, con haber descubierto el primero la unidad de las fuerzas intelectuales en la dialéctica, y el segundo la unidad de las fuerzas cósmicas en la gravitación; mas grande que los guerreros, y los sabios, y los artistas, por que los guerreros cuentan sus fuerzas y miden sus peligros; los sabios conciben un principio en la paz de su estudio, que luego otros hombres y otras generaciones realizan. Los artistas desenvuelven un bello pensamiento en los campos apacibles de su fantasía; pero Colón es al mismo tiempo el guerrero esforzado que lucha consigo propio, con la ignorancia ó mala fe de las gentes, con las borrascas del mar, con los desmayos de sus compañeros, con lo azaroso de su empresa; es el sabio que á la luz de su reflexión mira botar un mundo en los abismos de su conciencia y lo arranca de allí para hacerlo surgir de este lado del Atlántico; es el artista que se enamora de una idea y le presta el calor de su sentimiento, y realiza por sí mismo la mas grande epopeya de los siglos; es el hombre extraordinario, en fin, que cuando ya había logrado el afán de toda su vida; cuando ya había logrado que sus pensamientos cobija-

se bajo los pliegues de la bandera española, que sólo bajo los pliegues de la bandera española podía cobijarse tan alta empresa; cuando ya había dado el abrazo de despedida al padre Marchena, al venerable y tierno padre Marchena, su segunda Providencia; cuando ya se había hecho á la vela en esas playas donde las escuadras extranjeras no ha mucho celebraban con estruendoso entusiasmo el hecho realizado hace cuatrocientos años, tenía aún delante de sí lo desconocido, acaso lo quimérico; detrás, la saña implacable de los hombres; sobre su cabeza, el cielo no siempre diáfano; bajo sus piés, el abismo siempre abierto; dentro de sí, las negras brumas en que siempre se envuelve la esperanza; fuera, y en torno suyo, la rebelión latente y amenazadora; sin mas escudo que su fe, sin mas armas que la caña frágil que oprimía con sus manos, sin otra voz amiga en aquellas horribles soledades, que el incesante y rónico hervidero de las olas.

Pero Colón lucha con fe y la fe es madre del heroísmo; esa fe es la que pone la espada en la mano del guerrero y lo conduce á la victoria, es la que pone el cincel en la mano del artista para arrancar un latido de amor al corazón de la roca, es la que pone la pluma en la mano del poeta para copiar las mas puras armonías de la tierra y del cielo; es la que lleva la elocuencia á la palabra del orador para señalar un punto de luz en los abismos de la conciencia; es la que lleva una energía sublime á la mano que une las olas de apartados mares, al lente que descubrió las ocultas maravillas de la Naturaleza, al ara-

do que surca la tierra, á la constancia del mar-
tir que cae en la arena del circo bajo las garras de
los tigres de Hircania, á la cruz del misionero que
dejando hogar, y familia, y patria, va hasta los
últimos confines del mundo á sufrir todas las in-
clemencias de la tierra por conquistar una alma
para el cielo. Esa fe es la que imprime caracter
á Colón, y el caracter, lo mismo en los indivi-
duos que en los pueblos es la señal de su destino:
quidad á los individuos y á los pueblos su carac-
ter, su espíritu, y veréis caer de su mano el arma
de combate, el instrumento de labor, y la pluma,
y la lira, y la paleta, y el cincel; quidad á Fenicia
su caracter mercantil, á Grecia su caracter
estético, á Roma su caracter jurídico, á los ger-
manos su individualismo, á los árabes su espíritu
creyente, á la moderna Alemania su caracter
filosófico, á la Inglaterra su caracter práctico, á
Rusia su caracter absorbente, á América su carac-
ter emprendedor, á Italia su espíritu místico,
á Francia su caracter político, á España su carac-
ter caballeroso; y ni Fenicia fundara sus colo-
nias, ni Grecia será el modelo de las creaciones
artísticas, ni Roma será la soberana del mundo,
ni los germanos echarán el cimiento de las nue-
vas nacionalidades, ni los árabes harán sus con-
quistas, ni Alemania será el cerebro de Europa,
ni Inglaterra será el centro del comercio, ni Ru-
sia logrará sus extensos dominios, ni Italia será
jaro moral del mundo, ni Francia formará sus
costumbres públicas, ni América producirá sus
inventos maravillosos, ni España realizará sus
grandes epopeyas históricas.

¡Oh, tu, Patria, mi patria adorada! Tú, que

entraste en las corrientes de la vida social des-
de que, ha 400. años, puso el insigne Colón su
planta en la nueva tierra que completaba el or-
be, acentúa tu caracter y da caracter á tus hi-
jos; y la obra de Colón será fecunda, y tu llena-
rás con esplendor y brillo tu destino providen-
cial en la historia.

EN LA GRUTA DE CANOAS.

A la memoria de la

Sra. Juana D. Gutiérrez de Diez Gutiérrez.

Dentro de muy breves dias (el ocho de marzo)
hará un año que, lejos de la ciudad, buscaba
calma el espíritu fatigado en regiones donde la
luz se difunde como una mirada inmensa de los
cielos, y donde el aire dilata el pecho como una
caricia estremecedora de las selvas.

Era el medio día. Apercebidos estábamos pa-
ra emprender una jornada hasta las primeras
estribaciones donde la gigante sierra presente
esa monstruo a herida que los torrentes del di-

lucio abriera tal vez y que la ciencia y el trabajo del hombre han tanteado con ese enorme estilete de acero de los rieles. Nos dirigíamos al Cañón de Guerrero.

Antes quisimos esperar las noticias que presto llegarían de la ciudad pocos días antes abandonada, y aguardábamos con impaciencia y temor. Nos habíamos separado de ella dejando la peste que asolaba hogares y tronchaba vidas, sin respetar gerarquías ni edades, igualándolo todo con el nivel que rasa la tierra á la misma altura sobre los sepulcros. Allá habíamos dejado padres, esposas, hermanos, amigos: afecciones hondísimas del alma; y temblábamos temiendo se nos dijera que alguno de esos seres adorados había sido atacado por la epidemia. Y ¡ay! ¡cuán pronto tuvimos ocasión de confirmar, por una vez más en nuestra vida, que el corazón es el gran profeta de la fatalidad!

La mañana de ese día se atavió con sus tocas de luto y un pueblo entero lloraba á esa hora la pérdida de una de sus más caras prendas.

La honda melancolía que se apoderaba del espíritu en presencia de la muerte invadió nuestras almas. Emprendimos la caminata tristes y pensativos; y aventuramos los primeros pasos por un camino áspero y pedregoso. La cuesta se empinaba retorciéndose entre peñascos grises y calcinadas rocas; la vegetación era espinosa y cenicienta; y el sol, encendido en el cenit, flameaba sobre la dilatada vereda cubierta de giraros calizos que la hacían semejar al sende-un osario.

A poco el paisaje fué variando paulatinamenet:

la vegetación iba creciendo y el suelo tapizándose de hierba. La suavísima ondulación de las colinas sucedía á las abruptas arideces que atrás dejábamos. El sol bajaba majestuosamente y el aire perfumado de los cercanos bosques refrescaba nuestras frentes á la par que nuestros corazones se impregnaban de esa dulce calma que la naturaleza augusta y grande de los campos sabe inspirar aun á las almas más heridas por la tribulación ó desoladas por el tedio.

Remontamos la cumbre, penetramos en una hondonada, y al descender apareció á nuestros ojos el vallecito verde, risueño, fresco, con su cinturón de colinas y su diadema de montañas altísimas y salvajes. En el centro, como una garza dormida, descansaba la caca blanca, y más lejos el humo de la chimenea estremecía en el aire su flotante penacho.

Llegábamos á Canoas á la vez que el sol se reclinaba en las gasas blanquitas que cubren su lecho del ocaso y se envolvía en la púrpura llameante del crepúsculo.

II

Al descender al valle alegre parloteo del agua nos anunció la cercanía de un riachuelo que vadeamos á poco, y remontando su corriente llegamos á una muralla de piedras acantiladas y gigantescas. A su pie se extendía un romanso transparente y tranquilo, quebrándose, encastrujándose en sus orillas, por el chorro del manantial que se filtraba de las hendiduras de la piedra. El garrulo borbollón saltaba cerca, donde dos rocas tapizadas de muzgo verdinegro y empenachadas de campánulas blancas y moradas, for-

maban un ángulo tenebroso. Hasta allí llegaba el remanso que iba dilatándose y convirtiéndose en un pequeño lago que luego se incrustaba en la enorme abertura de las rocas. Aquella era una gruta, una encantada y misteriosa gruta de donde surte el riachuelo límpido y sereno que va creciendo, creciendo al descender por los peñañales de la montaña, y se agranda y se precipita en cascadas, y salta divarotándose en espumas, y se desgrana en perlas y diamantes, y muge con estruendo pavoroso hasta formar, á muchas leguas de distancia, el río ancho y profundo de Tamazopo, que va á hundirse, ya revuelto y confundido con otros cien, en la inmensa vorágine del Atlántico.

A la claridad del crepúsculo, escuchando los rumores últimos de la tarde y el murmurio de la corriente, un indefinible bienestar se apoderó de nuestras almas y en religiosa contemplación permanecimos absortos por breves momentos.

¡La Gruta de Canoas! Deseábamos conocerla y penetrarnos en ella. La obscuridad era profunda y echamos mano de luz artificial para contemplar el antro. Era un lugar fantástico donde el granito formaba cortinajes y columnas, arcaadas y estribaciones. En los muros había signos y letreros. El primero que se estampó en nuestros ojos fué el de la dama que diez horas antes devolvía á su Criador el espíritu inmortal que le prestara y con el que atravesó este árido camino de la vida.

"Juana Díez Gutiérrez:" con caracteres inseguros, amarillentos y borrados en parte por el musgo, parecía que el letrero aquel era el epita-

fo escrito sobre su tumba. Pero no: aquello era sólo el sepulcro de un nombre. ¡Y que sepulcro! Lejos de los rumores del mundo, del trillo de las ciudades, de los tumultos de la tierra; y enterrado, escondido allí, entre las almodías majestuosas y solenne de los bosques, teñido á veces por los reflejos opalescentes del agua y á agitado veces por el estruendo tumultuoso de las tempestades. Oculto aquel nombre en aquel lugar, como se oculta el pudor, como se oculta la modestia, como se ocultan las buenas obras, parecían en momentos tales, que era como un saludo ó una despedida enviada á la tierra desde las más misteriosas profundidades de la Eternidad!

Un sacudimiento estremeció todo nuestro ser, y la ola de melancolía que nos embargara momentos antes, se convirtió en un mar de tristeza infinita que inundó por completo nuestros espíritus.

Salimos de la Gruta el excelente amigo que me acompañaba y yo, sin hallarnos; pero al vernos leímos en nuestras miradas los mismos pensamientos y las mismas ideas.

Ya las últimas claridades de la tarde se recogían, en el Poniente y la masa negra de las sombras subiendo desde los barrancos hasta las colinas y desde las colinas hasta las montañas, escalaban la altura de los cielos.

Sentado sobre un viejo tronco que las ondas del remanso lamían gráciles y murmurantes, se agolpó á mi cerebro todo un panorama fantástico á veces, á veces real de hechos y cosas, vistos unos, adivinados otros, en diferentes tiempos y lugares: toda esa inmensa y mudable

sucesión de cuadros que vienen á formar la historia de la vida.

III

La ví, á través del tiempo, niña alegre y bulliciosa, tal vez cuando su mano trazo el letrero que tan honda tristeza nos infundiera. Parte de estas comarcas perteneció á sus padres; y por el valle y las laderas, á la orilla de los arroyos, bajo la sombra de los sabinos y entre el cañaveral garrulador, los ojos de mi imaginación la contemplaron ondulante y ligera, reflejando en sus mejillas la concha nícar de las auroras tropicales y en sus pupilas el fulgor centellante de los astros de estas noches profundas.

Luego, ya adolescente con los ojos del recuerdo, la ví atravesar por paseos y salones, esbelta, airosa, respirando vida y juventud. En sus miradas dormía el ensueño y el negro dosel de sus pestañas le cobijaba para no despertarlo. En sus labios la sonrisa fulguraba como la luz de un silfo sobre una rosa y su cabeza escultórica se erguía para bañar su frente en las blancas limpideces del espacio.

Más tarde, la ví también bajo las augustas bóvedas del templo. Su olímpica apostura se destacaba entre la brillante muchedumbre que la admiraba. Los himnos nupciales la envolvían en sus ondas armoniosas y los azahares blancos en su caricia de perfumes. Su velo vaporoso la cubría para no dejarle ver más que las sonrisas del amor. El Pastor corona la venerable cabeza con la bicornie mitra y el báculo de oro en la mano, la bendijo en el nombre de Dios y en el nombre de Dios la unió para siempre al elegido

de su corazón. Las luces de los cirios se cuajaron en el negro cristal de sus ojos y el dosel de sus pestañas se levantó para que despertara el ensueño y se albergara en ellos la realidad encantadora.

La ví después No: la adiviné ocultándose modesta, con sencillo atavío, penetrar en los hogares fríos y desolados donde faltan el pan y la esperanza donde el dolor aflige y la muerte desvasta, tendiendo su mano aristocrática para socorrer al desvalido, atender al niño y curar al anciano enfermo. Allí su imagen fulguraba con todos los resplandores del cielo.

Y ahora la adivino también pálida y demacrada, envuelta en negro traje, tendida sobre el lecho de muerte. Los blandones alumbraban con fulgor sombrío sus ojos ya cerrados en donde todo duerme para siempre, sus labios sin sonrisas y su frente sin ilusiones. La muchedumbre también la rodea como antaño y como antaño, la admira. Pero hallé entre esa muchedumbre una gran parte de tristes y abandonados que además la bendicen y la lloran con el llanto sin término de los que pierden la esperanza.

Y más allá con los ojos divinos de la Fé, la contemplo feliz, risueña, triunfadora y augusta, llegar ante la puerta de oro y de diamantes de la inmortal Jerusalén, y entrar vestida de luz y con las pupilas abiertas á todas las esperanzas, á todos los deleites, á todos los resplandores de la Bienaventuranza eterna.

Quando continuamos nuestro camino, la noche había caído por completo, triste, silente,

sombria. Solo de allí, de la inmensa boca del cañón, sopló, murmurando penas, un hábito tibio y perfumado; y en su fondo empezaron a abrir sus parpados azules las constelaciones orientales.

Manuel José Othón.

Marzo de 1894.

LA PRIMERA CANA.

A mi compañero, Profr. Manuel Vazquez Negrete.

En uno de los últimos días del mes de Diciembre de 1877, mi maestro estuvo á visitar á mi madre.

—Señora—la dijo poco antes de partir—su hijo ha terminado los estudios primarios y está apto para hacer los preparatorios en el Colegio ó para que aprenda algunos de los ramos que abraza la industria. Aquí tiene vd. mi certificado en el hago constar que ha cursado con notable aprovechamiento las materias que comprende la Instrucción Primaria; guárdelo vd. ya que este documento le servirá de atendible recomendación.

Mi madre no pudo contestar, porque los so-

llozos embargaban su voz.

Poco después el maestro salió de mi pobre casa, no sin hacerme las *últimas recomendaciones* y de ofrecerme sus consejos en el curso de mi nueva vida.

Al terminar la frugal cena mis hermanas se recogieron y yo quedé sólo con la noble anciana á quien todo lo debo.

—Siéntate á mi lado—me dijo con la voz trémula por la emoción—Ha llegado la hora en que debemos hablar de tu porvenir, la hora que yo tanto esperaba y tanto temía.

Tomé asiento, y escuché religiosamente estas palabras que el polvo de diez y siete años no ha podido borrar de mi alma; estas palabras que palpitan en mis recuerdos, como palpitan en las ondas del aire las notas de una música triste y querida...

—Hijo mío—exclamó—tú has visto los afanes, los trabajos que he tenido para hacerte llegar á la altura en que te encuentras. Viuda desde los primeros meses de tu nacimiento, sin recursos de ninguna especie y teniendo que sostenerme entre la *clase media*, entre ese grupo que tiene las aspiraciones del rico y las circunstancias del pobre, he luchado sin descanso por la educación de ustedes por su sostenimiento en la vida material, y la satisfacción de ver ahora realizados en parte mis ensueños y mis esperanzas de madre, son el mejor premio que puedo recibir. Sin embargo, falta mucho que hacer, mucho que andar por este sendero tan áspero y pedregoso para aquellos que, como nosotros, no tienen otro capital que sus brazos ó su cabeza, ni más a-

poyo que su conciencia.

Has concluido tus estudios de escuela. Yo bien quisiera que entraras al Instituto para que mañana, con un título brillante y lucrativo, fueras aplaudido por el mundo entero y vieras con el desahogo que dan las riquezas, pero ¡ay! los años me pesan, la fatiga ha empezado a apoderarse de mi cuerpo y no podré sostenerte ni sostener a tus hermanas durante el tiempo que tarde tu carrera. No obstante, tú eres quien ha de decidir en esta vez, seguro de que yo, de todos modos, cumpliré en lo futuro con mis deberes, como he cumplido hasta hoy. Medita, reflexiona esta noche, y mañana me dirás lo que piensas hacer, y cómo vas a entrar al nuevo mundo que tienes de ante, mundo que te separa del vistoso pensil de la niñez y que te ofrece horizontes que se dibujan con un azul que no conoces... Me has comprendido?

— Perfectamente, madre.

— Vaya, pues, hasta mañana y que el cielo ilumine tu resolución.

Besó mi frente, me benijó y nos despedimos, no sin haber puesto yo mis labios en sus manos y en sus flácidas trenzas de plata...

Esa noche no pude dormir, el sueño huía de mis ojos como huyen las nieblas de la madrugada, ante las pupilas del alba.

Las palabras que acababa de oír me hicieron reflexionar seriamente, por primera vez en mi vida, a infinidad de proyectos para el porvenir, le tararon de mi cerebro, pero todos se desvanecían con la amarga realidad de nuestra pobreza.

Estudiar Medicina era imposible, porque te-

ría que tardar algunos años y mi madre carecía de bienes de fortuna para ayudarme. Por igual s razones no estudiaría Leyes ó Ingeniería, que era lo que llamaba mi atención.

Colocarme en una casa de comercio tenía el inconveniente de que primero sería *meritorio* y no disfrutaría sueldo. Era cierto que mi familia no tendía que darme alimentos, pero esto nada significaba, puesto que mi madre siempre trabajaría para los demás, circunstancia que yo quería evitar á todo trance, ó, cuando menos hacer poco duradera.

Pensando así, me sorprendieron los primeros rayos del día, y como si sus luces hubieran sido lo que yo necesitaba para fijar mi resolución.

—Ea, me dije si profeso tanto afecto á la Escuela y á los niños, y si para ser Profesor de Instrucción Primaria necesito sólo estudiar tres años, contando, además, con la ventaja de poder alcanzar pronto una ayudantía, aunque sea con pequeño sueldo, ¿por qué no he de consagrar mi vida al bien intelectual de mi pueblo? ¡seré Profesor! Mi misión resultará más provechosa que la de los médicos, puesto que si ellos curan las enfermedades del cuerpo, yo atacaré ese mal del espíritu que se llama *ignorancia*. No tendré envidia á los abogados, porque defenderé los derechos que tiene el niño sobre la ilustración y ligaré en los tribunales de Minerva contra el *obscurantismo*. No podré, es cierto, acumular los tesoros del hombre de negocios; mas los pocos conocimientos que adquiriera, no se me acabarían como aquellos, y podré infundirlos en mis semejantes sin el temor de que se agoten co-

mo los bienes materiales: sobre todo, ¿dónde hallar riqueza que iguale al bienestar de mi alma, cuando pueda yo ser útil á mi madre y abonar algo de lo mucho que le debo?

Después de la lucha que había tenido, la victoria me coronaba con la noble resolución de ser *Maestro de Escuela* y de aumentar el número de esos seres á quienes la sociedad todavía no comprende, ni considera, pero que son *grandes* porque llevan en su frente la espinosa corona de los mártires!

Cuando mi madre supo lo que yo decidía, no pudo menos de alabar mi pensamiento y trató de llevarme á presentar con el Señor Leija, digno hijo del Magisterio y que dirigía la Escuela Normal.

— Arréglate - me dijo - iremos en seguida.

Al peinar mis cabellos delante de un pequeño espejo que constituía mi mayor lujo, me estremecí involuntariamente. El insomnio de la noche anterior, la reflexión, el sufrimiento, el temor al *mañana*, habían hecho aparecer en mi cabeza la *primera cana* del hombre ..

ANGEL VERAL.

Venado, Agosto 25 de 1895.



LEDA.

Los gráciles pies de la doncella juegan en la superficie del río, levantando á su golpear cascadas de diáfanas perlas.

Entre lo verde del follaje resalta la blancura de su cutis, y dibújense en la musgosa alfombra las delicadas líneas de su escultura.

Las largas y sedosas crenchas caen en desorden sobre sus espaldas, y los ensortijados rizos que en ellas se forman, son besados por las estivales rosas.

Abstraída en la contemplación de sí misma, no reparaba en que el cisne, extático y absorto, dirige sus miradas hacia ella y se acerca paulatinamente al sitio donde la hermosa ninfa deleítase en el baño.

Alarga el flexible cuello para contemplarla más á su sabor, rozando su cabeza con el cuerpo de la niña.

Esta, saliendo entonces de su abstracción, repróchale el que se halla acercado y atrevióse á mirarla.....

Mas en breve establécese la alianza al arrullo de las dulces palabras del enamorado plúmeco, y aquellos dos niveos cuerpos confúndense en un estrecho abrazo.

Juan José Pereda.

Marzo 3 de 1895.

FANTASIA.

Y dijo el hada:

Yo conozco á los silfos, y te puedo contar, joven poeta, los misterios de amor que atesoran.

Sí, los he visto revolotear dentro del cáliz de las azucenas, los he visto cabalgar sobre las mariposas de doradas alas. los he visto patinar en el agua formando círculos concéntricos los he visto en alegres bandadas en las noches de esplendorosa luna; y he oído las historias que refieren á las hermosas niñas rubias de los ojos soñadores, las historias que refieren á las vírgenes pálidas de obscuras pupilas

A tí, joven poeta que acaricias en tu mente soñadora, ideas ardientes é inspiradas de amor y sentimiento, te contaré

Y un silfo que escuchó la voz argentina del hada, que de esta manera hablaba al joven poeta, prorrumpió en una estridente carcajada

Y dijo el silfo:

Vengo de las regiones ignotas, amigo mío, donde habita el ideal de tus sueños color de aurora; he visto á la inefable diosa que te inspira, circuida de luz, radiante de hermosura; y más aún, la he visto sonreír graciosamente, cuando en el bosque recitabas las estrofas que

te inspiró un día de primavera, cuando entre nubes lápiz-lázuli y oro, perdíase el sol, lenta, lentamente

Y cuando sonreía la diosa que te inspira, escuché un canto dulce y tierno de extrañas armonías, de arpegios melodiosos, un canto que empieza E iba á pulsar su lira para cantar, cuando fué interrumpido por el príncipe Rojo, que con voz meliflua dijo:

Yo soy el príncipe de los bosques; habito en un palacio de cristal, cerca del arroyuelo que gime, cerca del huertecillo de amapolas donde las hadas juegan, y poseo la virtud de los de mi nobleza: cuando duermen las doncellas de castos pensamientos, descorro el cortinaje del mundo ideal, y les muestro, en todo su radiante esplendor, las bellezas que encierra; y creo hacerlas gozar dulces sueños, porque les cuento los idilios de amor de las rosas que entreabren su corola, al delicado beso del aura matinal, porque les cuento mis amores con la encantadora princesa Violeta, porque les cuento, ha curiosillo! lo que llevan en sí los suspiros

Y volvió el hada diciendo:

He sorprendido en el bosque de lirioneros, una ronda de geniecillos que en alegre algazara, han cortado las flores de tus amados árboles—Príncipe Rojo—¡si vieras cuán triste se ha quedado el campo!

Y sumido en honda tristeza, el príncipe Rojo, se fué por los aires llorando lastimosamente

Más ya despierta la virgencita de mis áureos sueños; de seguro me reñirá, porque no le ofrezco la historia de la Reina de las flores . . . !Oh,

fantasía! ¡Muéstrame tus más hermosos cuadros, para ofrecerlos á mi amada!....

"Yo soy la Reina de las flores....."

Esta historia, te la referiré ¡dolo mío! á cambio de una dulce sonrisa de tus labios rojos.... mañana al atardecer.....

Francisco A. Sustaita.

San Luis Potosí, 1895.

PANTOMIMA

A mi amigo Mariano Farias.

Es la cocina del gastrónomo Mr. Jambon. Su estufa está encendida, los calderos arrojando humo, las cacerolas tan limpias, que desde los clavos de donde cuelgan despiden, reflejos plateados confundiendo con los de las llamas azules y rojas que lamen las ollas de fierro sentadas en los hornillos y transformando las luces del cuarto en un juego de maravilloso efecto:

Oro luminoso, plata en ráfagas y el serpentear azul del carbono que se levanta de impro-

viso y se hunde en el hogar como un diablillo jugueton

Pierrot canta junto á la maquinilla de mondar patatas; tiene una en la mano; se recrea con la masa suave que la forma, pensando en el delicado puré que se puede hacer con ella mezclándola con mantequilla y batiendo, batiendo en una cacerola honda.

Es un tiempo de polka el que tararea Pierrot; un tiempo tan alegre como el verde de las lechugas que se encuentran en la mesa, brillante como el color rojizo de los tomates hacinados, y caliente como el tono de los rábanos de Alsacia que tienen la forma de los picuruchos de los clowns.

Mientras Pierrot trabaja y canta, Pierretine está enfrente, en el balcón de la casa vecina.

¡Que bella es Pierretine! Dos hoyuelos en los carrillos, un lunarillo en la punta de la nariz, las manos tan pequeñitas que apenas pueden empuñar las verjas de fierro.

Ti ri rin ... Ti ri rin Es la canción de Pierrot.

De pronto Pierretine desaparece y se oye una melodía amorosa que ejecuta al piano.

Pierrot es sensible á las dulzuras y caricias de Cupido; ama la música y en su corazón se despierta una profunda simpatía hácia la artista que tan lindamente le recuerda el antiguo cariño de Colombina: ¡Colombina, la infame que destrozó su alma, abandonándolo por un sargento de cazadores de Africa! Toma un cartén por violín y acompaña á Pierretine.

Ta ra rá Ta ra rá Es la melodía

con tiempo de vals.

Entre tanto los calderos humean

Cesa el piano, el violín—sartén, apaga su sonido insensiblemente y en medio de una reminiscencia del motivo principal del canto vuelve a aparecer Colombina en su balcón, radiante de gracia y de frescura

Pierrot le manifiesta su amor transportado á regiones desconocidas, haciéndole señales; y para hacerse entender completamente toma un betabel de la forma de un corazón, lo ensarta con el asador y se lo presenta á la graciosa muchacha. Ella se ríe, se ríe con todas sus fuerzas, vuelve á desaparecer del balcón y al poco tiempo, en tanto que Pierrot tiene el alma en un hilo, sale otra vez llevando de la mano al mismo sargento de cazadores de Africa que acabó la existencia del cocinero cuando tuvo amores con Colombina, y se lo presenta lanzando una sonora carcajada.

Pierrot se siente morir de ira y desesperación, gira en torno suyo la vista, descubre un hermoso rábano de Alsacia y se lo hunde sin compasión en el pecho cayendo al suelo presa de una agonía incomprensible.

Alberto Sustaíta.

San Luis Potosí, Enero de 1896.



Ayes dea mor.

A LA SEÑORITA TERESA PEREDO

Era una noche serena, apacible, cargada de perfumes y llena de armonías.

En el fondo de un cielo azul luminoso y trasparente, brillaba la luna en toda su plenitud entre millares de estrellas que cintilaban intermitentes como lámparas próximas á espirar.

Un vientecillo suave murmuraba dulcemente entre las hojas de los árboles y un pájaro enamorado cantaba, y en su canto decía:

“Oh casta luna! en los effluvios de tu luz más pura lleva á la tierna alondra á quien rendido adoro, el ardiente beso que mi alma le envía; y cuando en el silencio de la alta noche las auras suspiren, los arroyuelos giman y las frondas murmuren, depositalo amorosa en su fosado pico.”

¡Blando céfiro! tú, que en tus alas transparentes llevas los suspiros de las vírgenes, los besos de las ninfas, los cantos de los pájaros y las dulces armonías, los cantos de los pájaros y las dulces armonías que en el espacio flotan, lleva á la reina mía las tristes quejas que mi pecho exhala.

¡Leda brisa! en el delicado aroma que á las flores robas, lleva á mi bella tirana la esencia de mi amor.

¡Génios del aire que habitais la región azul! ¡jalados silfos que vivís en el cáliz de las flores! ¡Linfas puras de las fuentes! ¡Blancas mariposas decidle que su amor es el delirio de mi existencia, el oasis de mi espíritu, el torrente de luz, el raudal de armonías que el alma siente en sus extáticos arrobamientos; que sin él mi vida se desliza negra y pesarosa y que su desdén me mata"

El pájaro enmudeció. La luna siguió brillando en el cielo azul luminoso y transparente, y el céfiro con vago y dulcísimo rumor suspiró en las hojas de los árboles.

1896.

Carlos Lopez.

FRAGMENTO

¿Te acuerdas.....?

Mayo, el mes predilecto de la primavera, moría en medio de la solemne calma de una noche tropical, dejando como un recuerdo de su fugaz existencia en los campos profusión de flores y de aromas y en el alma muchos sueños

La luna—rosa blanca—abría su corola de nie-

ve en la inmensidad de un cielo azul.

El ruiseñor cantaba oculto en los naranjos del cercano jardín.

Yo magnetizado por la celestial mirada de tus pupilas te contemplaba en amoroso arrobamiento. ¡Cuán hermosa estabas! En seductor desorden caían por tu cuello de nítida blancura los bucles de oro de tu cabellera destrenzada! Tus manos—niveas mariposas—se posaban en mi ardorosa frente disipando con su dulce contacto los pensamientos tristes—nubes negras—que ensombrecían mi existencia

Después, cediendo á fuerza superior, reclinaste en mi pecho tu frente de camelia y nuestros labios se unieron en un largo y apasionado beso y murmuraste: "tuya, tuya para siempre"

La luna cerró su corola de nieve y el ruiseñor enmudeció

Y han pasado muchos años: el invierno del olvido llovió en tu corazón sus destructoras escarchas, sepultando en ellas los restos de aquel amor. Sólo yo, fatigado viajero, aún no he conseguido arrancar de mi alma tu imagen seductora que solo me sirve de tormento: ella me recuerda el paraíso perdido! Aún en mis labios palpita fresco el beso que nos dimos; aún siento que tu frente de camelia se reclina en mi pecho y que me repites: "tuya, tuya para siempre".....

Fué en la última noche de un mes de Mayo...

¿Te acuerdas.....?

PEDRO HERNANDEZ.

San Luis Potosí 1897.

COMO SE GANSO SAN PEDRO.

—Ya el campo huele á tomillo y las cabri-llas saltan alegremente. Andad, perezosos, que la faena es larga, y no pidáis cuenta por la tar-
de si no la habéis dado fin hasta terminarla.

Así diciendo, arrastró el tío Juan sus babu-
chas por el suelo, tomó el camino de la granja y
fué á sentarse en las raíces que rodeaban el
tronco del añoso encino.

Vió desde aquel improvisado asiento perderse
el último pájaro del bosque; oyó la postrera
queja del ganado, sintió que desaparecía de su
frente el suave calor del último rayo del sol del
campo y descubrió su desnuda cabeza para re-
sar las oraciones.

—Aquí estáis ya, hijos míos?—dijo cuando
se vió de pronto rodeado por cuatro mocetones
á quienes no faltaba ni vig. r ni buena ley pa-
ra el trabajo.—Pues hombre soy que sabe
cumplir lo que promete y preparaos para oír lo
que no os importa. Pero antes, Antonio, toma
ramas para tejer estera; tú, Juan, traete á *Dr-*
gón para que forme cofro con vosotros; Andrés
llenará los cestos de uvas y fresas, y Ramón
hará partes, que como más pequeño más como-

más pequeño más comodidades le pertenecen.
Que cada uno haya cumplido con su encargo,
es cosa que á juicio del lector dejo, pues sabido
es que muchacho ganoso de descansar acaba la
tarea más pronto, y cuando aquellos cuatro
pares de ojos se clavaron en los párpados medio
cerrados del anciano, éste tomó las frutas y las
entregó al rapaz diciéndole:

—Anda, granuja, y reparte esto entre tus
hermanos; pero cuidadito con desperdiciar las
uvas, que las uvas son bendición de Dios
y por ellas San Pedro no se fué tan pronto al
cielo.

—Que decís, abuelito?—á una voz pregunta-
ron los buenos mezos.

—Lo que oís, diablillos; y si tanto os intere-
sa saber cómo se cuenta eso, abrid las orejas,
que no las tenéis chiquitas para oír necedades.

—Sabéis cómo quema el sol del Verano en vues-
tra tierra á la hora de la labranza? Pues más lo
hace á la misma hora en las regiones por donde
Cristo se empeñó en predicar el evangelio, y
mirad que para que Jesucristo lo sintiera.....

—¿Lo sintió, padre grande?—preguntó el
rapaz abriendo los ojos con asombro.

—Si que lo sintió aquella tarde á que se re-
fiere esta aventura; caminito de Galilea en el
caballo de San Francisco y sin más compañía
que el portero futuro de los cielos, iba cruzan-
do arenales inmensos y desiertos calientes donde
ni una mala palma podía ofrecerles sombra;
como no había palmas tampoco se encontraban
dátiles, y sin agua y sin alimento, ya podéis com-

prender lo mohinos que andarían los buenos caminantes.

—Pedro, ¿ves algo?— dijo de pronto el Divino Maestro deteniéndose un poco para que lo alcanzara el viejo discípulo que a duras penas se podía sacar los pies de aquellos montones de arena, donde los hundía á cada paso.

San Pedro no usaba anteojos y le era difícil distinguir de lejos así es que poniéndose la diestra sobre las cejas á guisa de pantalla, solo pudo dar al maestro la con sabida respuesta de la unada de Barba Azul á la mujer del mismo.

—No veo sino el sol que reberbera y el campo que reverdece

Cristo se resignó y continuó la marcha sin inmutarse; pero su acompañante no era de la misma pasta y comenzaba á sentir demasiado el ardor del sol en la coronilla y el calor de la arena en las plantas tan desnudas éstas como la primera.

Volvió á poco á detenerse el Maestro, y fijando su vista en el suelo, dijo á su discípulo señalándole algo que relumbraba en las arenas, ni más ni menos que si fuese un duro que alguien extraviara en aquellos desiertos.

—Inclínate, Pedro, y vé lo que brilla entre esas piedrecillas.

Por más que San Pedro fuese un santo, gustaba también de traer un cuarto en el bolsillo, así es que á las palabras de Cristo, abrió dos ojos como soles y clavó una mirada en el objeto indicado.

—Dejamos la suerte en casa, Maestro, —con-

testó con voz compungida como él solía hacer lo tan frecuentemente— y de nada me sirve andar contigo para no pasar trabajos. A fé mía que si fuese un duro.....

—Había duros en ese tiempo abuelito?— interrumpió el rapaz mientras el tío Juan se remojava los labios con la lengua.

Calla y no interrumpas, chiquillo, que si San Pedro contestó de ese modo, el objeto por lo que habló no sería otra cosa. A fé mía que si fuera un duro—decía yo que el dijo bien podría servirnos para otro ocasión menos desesperada que la presente. Maestro, lo que has visto brillar entre la arena, no es otra cosa que un pedazo de herradura.

Recógela y guárdala, Pedro, que toda sirve en el mundo—repuso el Salvador recogiendo el manto para continuar la marcha.

—Nada más esto me faltaba—replicó el apóstol con nada dulce y amigable tono.—Ves que estoy viejo, cansado, bien quemado desde la cabeza hasta los dedos, y quieres que me ocupe en inclinar mi cuerpo para recoger un pedazo de hierro enmohecido.

Nada objetó Jesús á las palabras de su futuro llavero, así es que él fue quien se inclinó, recogió la herradura, la limpió con cuidado y continuó pian pianito la marcha hacia la ciudad donde deseaba pernoctar para seguir en sus predicaciones.

Pero el sol proseguía en la ingrata tarea de quemar á San Pedro la coronilla, y este buen viejo ya estaba á riesgo de negar á Jesús ante s

del consabido canto que le hizo verter lágrimas como perdigones, cuando por fortuna distinguieron ambos una choza que se levantaba en medio del camino.

Loado seas tú, Señor, que te compadeciste de tu siervo. Quizá en esa choza haya una alma caritativa que nos apague esta sed y nos calme esta hambre que nos devora —dijo el apóstol disponiéndose á echar á correr para llegar más pronto.

Pero la suerte la habían dejado en casa, como el mismo discípulo lo había dicho, así es que al llegar al punto deseado se encontraron con el banco de un herrador sin trabajo, y que por ende se moría de hambre como ellos.

Nada tenéis que darnos de comer y beber, buen hombre?—dijo Jesús mientras se sentaba en un tronco de árbol que servía de mesa, silla y algo más al solitario habitante de aquel lugarejo. —Nada, Señor—replicó el herrador bien afligido—lo único que me sobra es un racimo de uvas, pero ese no lo vendo sino á buen precio.

Querías cedérmeo en cambio de esta herradura?—preguntó Jesús presentando su hallazgo al obrero.

¡ Tomadlo en el acto—contestó este— que una herradura para un herrador, oro molido es indudablemente.

No bien oyó esto San Pedro, abrió tamaños ojos y extendió la mano esperando la parte que de las uvas le correspondía, pero el Maestro se levantó, sacudió sus vestiduras y echó á andar por delante como si tal cosa.

--Esta si que es buena!--se dijo el apóstol contrariado y siguiendo á Jesús con un humor de perros—yo le acompaño, me canso más que él sufro ayunos que no son para contados, y cuando consigo algo, no me dá la parte que por fuerza me corresponde.

Ya comprendereis que Cristo venía oyendo estos razonamientos que sólo en el pensamiento se hacía San Pedro, y no comiendo él las uvas las dejaba caer al descuido para que su discípulo las recogiera.

A la primera que cayó, el portero en ciernes se abalanzó sobre ella con tal violencia que por poco cae en el suelo: á la segunda iba á derribar al Maestro; á la tercera perdió el equilibrio y fue á dar sobre un resto de palma seca, á la cuarta habiéndosele escapado de los dedos, la fué siguiendo más de diez pasos.....

—¿ Lo ves, Pedro?—díjole entonces Jesucristo volviéndose á él con aire de justa reconvención—rehusaste inclinarte una vez para recoger una herradura y lo has hecho más de cien para no dejar escapar las uvas que se me han caído. ¿Que vale más, trabajar una vez ó cansarse por muchas?

San Pedro comprendió la lección, y no soltó ahí las de su nombre por que aun no era tiempo para ello, pero se avergonzó á tal grado, que dejó que Jesús tomara la delantera, y no llegó hasta donde él se hallaba sino cuando el Maestro ya estaba descansando con sus demás discípulos.

Y entró por un callejón dorado.....

ROBERTO.

A Lupe.

Era una tarde de verano; llovía sin cesar. Dentro de la destartada bohardilla se respiraba una atmósfera cálida y pesada.

Los únicos muebles que había eran: un viejo armario negro y lustroso, dos ó tres sillas desvencijadas y cojas; en un rincón un baúl, frente á la ventana, una mesita mal forjada sobre la que había algunos útiles de costura. En una camita tosca de madera, pintada de rojo, yacía un *angelito*. ¡Pobre niño! parecía que iba á morir. Era rubio, sus cabellos ensortijados semejaban cadejos de seda que caían sobre su frente blanca, bajo la cual llameaban dos ojazos azules, calenturientos, muy tristes.

Sus labios entreabiertos, marchitos y pálidos, dejaban ver unos dientes niveos y opacos..... ¡Pobre niño!

Clementina estaba sentada cerca de él, apretaba su cabeza con ambas manos y veía á su hijito con ternura mezclada de dolor. La lluvia caía sin cesar, las gotas golpeaban la ventana causando un ruido monótono, tétrico.

De pronto el niño volvió sus ojos expresivos hacia su madre, y con una vocesita temblorosa y dulce, dijo débilmente.

—Mamá, tengo frío,.....tengo mucho.....

No pudo concluir; una tos seca le cortó la frase.

Clementina se levantó y arregló lo mejor que pudo, los raídos trapos que cubrían á su

hijo. Después aproximó sus labios á la blanca frente del niño; lo besó y dijo en voz muy baja ¡Pobre Robertopobre hijito mío!...

Durante un momento reinó silencio en la buhardilla; de un gran ramo de violetatas, que había cerca de la ventana, se desprendía un suave perfume.

Roberto volvió á decir:

—¡Qué bonito huelen las violetas! ¿Verdad, mamá?! Qué bueno es Joaquín! ¿vez como se acordó de que yo estaba enfermo y me ha traído esas flores? Me dijo que como mañana es el día de mi santo, me regalaría una pelota muy grande, con muchos colores.....

Volvió á toser Roberto y luego añadió con una voz enfermiza, que apenas se oía:

—¿Pero sabes, mamá, lo que me dijo Joaquín? Me dijo que esas violetas las había traído porque le habían dicho que yo me había muerto.....! Verdad, mamacita que yo no me moriré?.....Y dirigió á su madre una mirada interrogadora, llena de angustia.

La pobre Clementina le contestó que no, que no moriría. Dos lágrimas ardientes asomaron á sus tristes ojos.

Roberto seguía tosiendo; á la madre se le desgarraba el corazón.....

El día apagaba sus luces, apenas una claridad plomiza se difundía por la estancia, dando á todos los objetos un tinte sombrío y triste.

Llamaron á la puerta; Clementina abrió y entró un anciano con luenga barba, era el Doctor.

Al penetrar al cuartucho cerró el paraguas, sacudió el agua de su impermeable, puso el sombrero sobre una silla y se dirigió al lecho del niño.

El Doctor examinó á Roberto. La madre con mirada ansiosa y escrutadora, siguió todos los movimientos del médico. Este después de un momento de examen, movió la cabeza tristemente, después se volvió á la madre, la llamó aparte y le habló en voz baja. Cuando el Doctor terminó, la madre lloraba desesperada.

— Señor decía Clementina, haga usted lo posible por salvar á mi hijo..... á mi único consuelo en esta vida..... ¿qué haré sin él?.... Y la pobre mujer corrió hacia la camita de Roberto, tomó al niño entre sus brazos y lo estrechó convulsa contra su pecho.

El pequeño abría sus ojitos azules, sorprendido. La madre lo besaba y acariciaba con extrañamiento, con locura.....

— Dios mío, no me quites á mi Roberto! ¡Ya que su padre está en el cielo, déjame al menos con mi pobre niño!

El Doctor, emocionado, trató de consolar á Clementina.

De pronto la voz sollozante y trémula de Roberto volvió á clamar.

— ¡Tengo frío, mamá!.....

La madre quitó de sus hombros el manto y cubrió con él al niño.

Roberto volvió á toser y añadió:

— ¡Mamá, me muero de frío!

La madre quedó confusa..... No tenía nada

con que cubrir el cuerpecito de su hijo que tenía frío. El Doctor miró en torno suyo, buscando algún abrigo, alguna manta, pero su vista no halló nada. Comprendió que Clementina no tenía con que abrigar más á su pobre hijo. Entonces el anciano se despojó de su abrigo interior y lo echó sobre la cama del niño moribundo.

La estancia había quedado obscura; apenas se distinguían los objetos; de vez en cuando un débil relámpago, alumbraba el cuartucho con una luz violácea y fatídica, que hacía parecer cadáver al niño moribundo.

El Doctor sintió el peso de aquella melancolía; lo tético de aquella obscuridad. Quiso marcharse pero antes preguntó á Clementina, que sollozaba en un rincón por qué no encendía la luz.

— Porque no tengo ni para comprar una vela; contestó la pobre mujer.

El anciano sacó de su bolsillo algunas monedas y las dió á Clementina. Ella de pronto las rehusó; pero después pensó que entre aquellas tinieblas no podría ver el rostro de su hijo querido y aceptó las monedas sollozando avergonzada, pero con la idea de que podría contemplar por una noche más á su Roberto.

El enfermito se había dormido, tosía de vez en cuando; su tos más bien parecía un gemido débil y doloroso que desgarraba su pecho.

El Doctor se acercó al lecho, inclinó su rostro sobre el del pequeño y escuchó la respiración penosa.

Antes de salir se aproximó á Clementina y le dijo con dulzura: ¡Valor!... Un mártir menos en esta tierra y un ángel más en el cielo!

En seguida salió Clementina á traer con que alumbrarse.

A la amarillenta luz de la trémula llama, vió á su hijo dormido. Estaba blanco, muy blanco con la blancura de los cirios, sus ojos cerrados estaban tan hundidos en un círculo violáceo, que parecía tener las órbitas vacías. Respiraba fatigosamente y de vez en cuando tosía, más bien parecía que sollozaba.

Roberto despertó, abrió sus ojos grandes y tristes, miró á su madre, y le dijo con voz convulsa que apenas se oía:

—Mamá, estoy muy malo, no puedo respirar y me duele el pacho cuando toso,.....Es que me voy á morir ¿Verdad mamá?

—No, niño mio, contestó Clementina, entre sollozos, no moriras.

Si, yo oí al médico que te dijo que yo habia de morir pronto,.....que no tenia remedio.

Clementina tenia el corazón desgarrado. Roberto añadió:

—Mamá, ¿que duele mucho morir? ¿Verdad que no?..... Joaquín me dijo que si moria, me iria al cielo con papá.

—Si, Robertito, dijo la madre con voz angustiada, cuando mueren los niños buenos, se van con Dios.

—No hables más, mi Roberto..... me haces daño,..... Mira, aqui he comprado estos dulces para ti... están muy buenos... pruébalos....

—No mamá, contestó el niño yo no tengo

hambre tómalos tú, que no has comido en todo el día por darme á mi.

La pobre madre no pudo contenerse más. Saltó de su asiento y estrechó al enfermito contra su pecho y con voz angustiada le dijo:

—No mi Roberto, no sigas hablando así porque me destrozas el alma. Dios es bueno y no ha de querer que me dejes para siempre.... Dime mi Roberto, ¿qué haré sin tí?

Roberto cerró los ojos. Clementina de pie junto al lecho, contemplaba al niño.

Reinó silencio durante mucho tiempo, sólo turbado por la tos de Roberto y el monótono caer de la lluvia.

De pronto Roberto abrió los ojos asorado casi con miedo.

—Mamá, ahora si creo que me muero, me siento muy mal.....tengo frío, mucho frío.

La voz de Roberto apenas se podía oír por el ruido que producía la lluvia. Clementina besaba y acariciaba á su hijo con delirio.....No podía hablar.

Clementina casi sin sentido llegó hasta la ventana y cortó algunas flores que puso entre las manitas del moribundo.....

—¿Qué bonito huelen, ¿verdad?.....y Roberto quiso acercarse las flores pero no tuvo fuerza. Su brazo delgado y débil quedó colgando fuera de la cama.

De pronto cesó—Los ojos azules de Roberto se cerraron

Clementina tuvo miedo, llamó á su hijo, lo sacudió, pero Roberto no contestaba....; Había

volaba al cielo!

La pobre madre arrojó un grito de dolor y cayó pesadamente sobre el frío y húmedo pavimento.....

Empezaba a clarear el día, por la vieja ventana penetraba a la buhardilla una luz plomiza y triste

Dentro de la destartalada habitación reinaba un profundo silencio. Las violetas aun esparcían su aroma.

En la tosca camita de madera yacía Roberto, exánime. Su frente estaba blanca muy blanca como la blancura de los cirios, los ojos hundidos, cerrados; sus labios entreabiertos dejaban ver sus dientecitos niveos y opacos. En una de las pálidas manos había un ramito de violetas ..

Junto al lecho, en el frío y húmedo pavimento, yacía un cuerpo inerte ..

Clementina también había volado al cielo con su hijito.

Julio 22 de 1903.

J. UNNA Y GEDOVIVS

Por los que Sufren.

Siempre que el sér desgraciado llora sus infortunios, y eleva al cielo su angustiada frente, pi-diéndole el remedio de sus amarguras; siempre que la voz del que sufre se levanta triste y doliente en demanda de consuelo y protección, encuentra aquí, en esta hermosa y bendita tierra muchas almas buenas que miran como propia su desdicha, y muchas manos generosas que enju-gan con tierna solicitud las amargas lágrimas que su desgracia le hace derramar. Porque aquí, bajo este cielo azul y purísimo, y en esta atmósfera tibia y perfumada, alientan nobles corazones que al impulso de generosos sentimientos, se estremecen con el espectáculo de los agenos pesares, sufren con los que lloran, é inspirados por ideas de amor y de caridad, tien-den su benéfica mano, y curan con ella las heridas que la desgracia abre en los corazones de sus hermanos.

Por eso hoy que en las lejanas regiones de la costa occidental, á orillas del Pacífico, hay un pueblo que sufre, víctima de la peste asoladora, que, como terrible azote de Dios descarga rudo y te-

volaba al cielo!

La pobre madre arrojó un grito de dolor y cayó pesadamente sobre el frío y húmedo pavimento.....

Empezaba a clarear el día, por la vieja ventana penetraba a la buhardilla una luz plomiza y triste

Dentro de la destartalada habitación reinaba un profundo silencio. Las violetas aun esparcían su aroma.

En la tosca camita de madera yacía Roberto, exánime. Su frente estaba blanca muy blanca como la blancura de los cirios, los ojos hundidos, cerrados; sus labios entreabiertos dejaban ver sus dientecitos niveos y opacos. En una de las pálidas manos había un ramito de violetas ..

Junto al lecho, en el frío y húmedo pavimento, yacía un cuerpo inerte ..

Clementina también había volado al cielo con su hijito.

Julio 22 de 1903.

J. UNNA Y GEDOVIVS

Por los que Sufren.

Siempre que el sér desgraciado llora sus infortunios, y eleva al cielo su angustiada frente, pi-diéndole el remedio de sus amarguras; siempre que la voz del que sufre se levanta triste y doliente en demanda de consuelo y protección, encuentra aquí, en esta hermosa y bendita tierra muchas almas buenas que miran como propia su desdicha, y muchas manos generosas que enjugarán con tierna solicitud las amargas lágrimas que su desgracia le hace derramar. Porque aquí, bajo este cielo azul y purísimo, y en esta atmósfera tibia y perfumada, alientan nobles corazones que al impulso de generosos sentimientos, se estremecen con el espectáculo de los agenos pesares, sufren con los que lloran, é inspirados por ideas de amor y de caridad, tienden su benéfica mano, y curan con ella las heridas que la desgracia abre en los corazones de sus hermanos.

Por eso hoy que en las lejanas regiones de la costa occidental, á orillas del Pacífico, hay un pueblo que sufre, víctima de la peste asoladora, que, como terrible azote de Dios descarga rudo y te-

rible golpe sobre tantos seres infelices, hoy que una ciudad antes próspera y floreciente, se encuentra sumergida en un mar de penas, viendo sus edificios perecer entre las llamas de un atroz y necesario incendio, sus campos sin cultivo, por la falta de brazos, su comercio paralizado y casi muerto, y sus habitantes pereciendo, al ser presa de esa enfermedad espantosa que de las apartadas regiones del Asia, ha venido hasta nuestras fértiles costas como tremendo castigo de Dios, hoy que nuestros hermanos lloran, demandando de los que, por favor divino disfrutamos de paz y bienestar, algunos recursos que alivien su triste situación, no podrán negarse los nobles potosinos que siempre han sido modelos de bondad, á acudir con su óbolo á consolar esas miserias, y á contribuir con sus socorros al remedio de tantas amarguras. Jamás podrán los hijos de esta tierra, hacerse sordos á los gemidos de los desgraciados que desde las orillas del mar Pacífico lloran, y acuden á sus hermanos felices en demanda de auxilios y de consuelo; esta noble Sociedad está compuesta de almas cristianas, y como bendito lema tiene aquella sublime máxima del Dios hombre; "Ama á tu prójimo como á tí mismo" y con todo empeño la pone en práctica en todas las circunstancias en que el sér que sufre se la secunde.

Hoy se trata de una de esas tristes circunstancias, nobles potosinos: el infeliz mazatleco que ve perecer los seres queridos de su alma, arrebatados por la peste negra, que ve desaparecer entre las llamas su hogar, y el fruto de su

trabajo de muchos años, os tiende su mano en flaquecida, y se vale de vuestras hermosas mujeres, de esos ángeles de belleza y caridad, que son ahora cerca de vosotros los intérpretes de esos desdichados; ellos se valen de esas almas puras que se ocultan bajo tan seductoras apariencias, ellos fían á estas voces más dulces que el canto de la alondra, sus quejas y sus lamentos, y esperan confiados en que Dios moverá los corazones y lloverán en estas manos delicadas los auxilios que les llegarán como mensajeros del cielo, á endulzar sus amarguras y hacerles más soportable tan triste situación.

Dad pues generosos hijos de San Luis, haced que vuestros sentimientos cristianos tengan una vez, elocuente manifestación, y estad seguros que nuestros socorros unidos á otros que afluyen á esa pobre ciudad de distintos puntos del país, harán que la mano blanca de la caridad, cure y cicatrice las dolorosas heridas que la peste negra ha abierto en vuestros hermanos, y estad seguros también que Dios os llenará de prosperidades y de salud en pago de de los beneficios que hagan á los desgraciados.

San Luis Potosí, Febrero 15 de 1903.

Rosa Barrenechea de Mayo.





Nuestro Deber.

Es siempre la juventud que estudia, la juventud que se ilustra, la juventud que piensa, el grupo social en cuyo corazón tienen albergue los sentimientos altruistas y nobles y en cuya inteligencia destellarán eternamente las ideas de Libertad, de Justicia y de Progreso. Es con razón como ese grupo encarnará siempre en todas partes nuestra esperanza y el porvenir de los pueblos.

Hacer el bien es un problema de no tan fácil solución como parece á un examen superficial.

Hay innumerables gentes que creen haber hecho una obra de caridad, depositando una moneda en la mano de algún vago que se há creado en la pereza y el vicio un *modus vivendi*. Analizando este acto, se comprende que con él no sólo no se ha realizado el bien, sino un acto punible protegiendo el parasitismo social, fuente del vicio y de la criminalidad. Más en compensación, qué espectáculo más grandioso, ante la faz del mundo, presenta actualmente nuestra patria! Uno de nuestros puertos es teatro de desolación, de ruina y de muerte y ha venido á

ser la piedra de toque para que sepamos con la elocuencia de los hechos, y con satisfacción inmensa para todos los mexicanos, que hemos alcanzado un grado de humanitarismo elevado, compatible sólo con una civilización avanzada, presentando el novísimimo ejemplo de nuestra actitud solidaria, noble, buena é inteligente ante la desgracia de nuestros hermanos y del peligro amenazante para nuestra República. En toda la extensión de nuestro territorio, se ha respondido con una sola voz al llamado de nuestros compatriotas; la voz de la caridad y del patriotismo. La ciudad de San Luis no podía quedar atrás en esta obra de civilización y de moral, y el grupo estudiantil no podía menos que desempeñar su papel social tan importante, iniciando entre los primeros, la idea de reunir fondos para enviarlos á los que sufren, manifestándoles de esta manera, no sólo el testimonio teórico de nuestra simpatía, sino nuestra ayuda práctica para luchar contra la peste, este azote terrible de la humanidad.

Tanto más loable es la tarea estudiantil secundada por la sociedad potosina, cuanto que todos los elementos pecuniarios que la República entera envíe á Mazatlán, no serán jamás demasiado abundantes para combatir la más horrible, desoladora y mortífera de las epidemias hasta el día conocidas. Es la misma que inspirara las terroríficas descripciones de los antiguos poetas latinos Ovidio, Virgilio, etc. las cuales han sido inmortalizadas en el lienzo por artistas tan grandes como el Tintoreto;

es la misma terrible enfermedad que en los tiempos de David y de los israelitas, acabara con ciudades enteras, considerándola entonces como un castigo del cielo. Hoy la ciencia ha encontrado el microbio que la produce y la vacuna y el suero que la previenen y la curan, gracias á los esfuerzos de dos sabios: Yersin y Haffkine. No obstante estos progresos, la mortalidad actual de la peste es aun superior á la del cólera y todos los mexicanos que sean cultos y amen á su patria, debemos aun por noble egoísmo, auxiliar á nuestros hermanos hasta concluir con el enemigo terrible cuya diseminación en el territorio mexicano, traería como consecuencia muchos días de luto, de miseria y de desolación para nuestra patria. Esta debe ser nuestra obra de civilización y de humanidad.

San Luis Potosí, Febrero 15 de 1903.

A. ALONSO.

ALUCINACION

¡Ay de mí! Sinestros presentimientos me pronostican un fin trágico. Hay momentos en mi tenebrosa existencia, que transcurren monótonos, téticos, horriblemente tristes; no parece sino que estoy alentado en el fondo horrorífico de una desmantelada tumba y que cada latido de mi corazón es un golpe acompañado que repercute siniestro en las derruidas tablas de un viejo ataúd.

En esos momentos mi pecho se comprime y mi cuerpo se adormece, solo mi calenturienta fantasía trabaja, representándome escenas macabras, desarrolladas diabólicamente por horripilantes legiones de espectros y asquerosas comparsas de apergaminadas momias. Entonces, un temblor convulsivo se apodera de todo mi sistema, al escuchar dentro de mi cráneo el siniestro choque de las osamentas y las carcajadas irónicas de los entes fatídicos. A lo lejos escucho risas sarcásticas, gritos heroéricos, blasfemias, interjecciones horribles y luego..... nada; aquel antro queda sumido en las más tenebrosas tinieblas y veo desfilan entre las sombras á los actores descarnados, hijos de fantástica visión y de mi cerebro enfermo.

San Luis Potosí, Diciembre 18 de 1904.

IGNACIO MEDELLIN, E.

ORACION FUNEBRE

Pronunciada por su autor ante el cadáver del joven D. Jesús Salas Cabrera.

Es la primera vez que la generación actual de estudiantes, lamenta la desaparición eterna de uno de sus colaboradores más ardientes, de uno de sus más queridos amigos, de un obrero intelectual seleccionado á quien, se le auguraba un porvenir feliz y á quien se le presentaban ya en su horizonte las mas halagadoras perspectivas y las más risueñas esperanzas. Nosotros los que estuvimos ligados á él con los vínculos de la fraternidad que engendra la ciencia, los que le conocimos en las aulas; los que estuvimos en la cátedra cultivando el espíritu con las mismas ideas; nosotros los alumnos de la Escuela de Jurisprudencia, compañeros, amigos y coetáneos, todos los sentimos hondamente.

La Escuela hace nacer la simpatía en los corazones, las aulas engendran la conformidad, la Ciencia deposita en el fondo de las conciencias el germen de la solidaridad humana y por

ella nacen esa afinidad, ese parentesco intelectual que también se prolonga hasta ultratumba. Yo no sé que sentir más, si la desaparición de un hombre provector que está para cumplir la ley Químico-biológica de la desorganización de los seres, ó la ausencia de un joven que aun ro culminaba los alcóres de la vida, cuando ya la muerte hace que tramonte los de la eternidad. Parece que los hados se confabularan para desangrar, para dejar herida á la Escuela de Jurisprudencia arrebatándole á uno de sus miembros distinguidos, á un correligionario cuyas ideas y principios ya de abolengo, fortificados cada vez más con la edad, el estudio y la experiencia hubieran sido para servicio del Estado y de la Patria.

Nunca pensamos, los que le conocimos ayer, que aquel que apenas pisara las playas del mundo nos abandonara tan pronto, nunca esperábamos estar meditando ahora ante el oca-so austero de su vida, porque en verdad parece una antimonía, antimonía tremenda, excepción injusta á las leyes naturales, antítesis absurda, que la vida de un joven se extinga cuando en la juventud no existe el derecho de morir.

Su recuerdo imborrable permanecerá en el fondo de nuestros corazones y en el relicario de nuestras almas.

¡Alma de nuestro perdido compañero, descansa en paz!

MARGARITO RAMOS "jr".

San Luis Potosí, Marzo 4 de 1905.

Hoy quiero ser tuyo ¿de qué modo? Así, como yo he deseado que una mujer me pertenezca, ¡en cuerpo y alma!

No pienso en que mañana nos separe el destino.....yo solo sé que te quiero, que te quiero mucho, como nadie te ha querido ni te querrá nunca.....

Eres la más inconstante, tus labios destilan veneno que asesina, y humo son tus promesas.....Nada me importa.....Te amo con todas tus infidelidades y tus caprichos!.....

Te vas.....huyes de mí, tú no puedes comprender mis dolencias y mis pesares hondos.... ¿Te ríes?.....y son mis lágrimas las que provocan tu risa!.....¿te burlas porque salen de mis ojos de adulto?..... Ellas no volverán á mis párpados; obraron ya una transformación inconcebible; han hecho brotar aquí, en lo más íntimo de mi ser, y donde en otro tiempo aletearon llenas de vida mis ilusiones de adolescente, un espectro enlutado y austero, imponente y frío como las lozas de las tumbas, é incommovible como una roca: es el odio.

Matehuala, Mayo de 1905.

CRISOFORO GARCIA

mutar que también se prolonga hasta el infinito. La vida no se presenta más, si la descomponemos en un hombre concreto que está para cumplir la ley natural biológica de la conservación de los seres, ó la función de procreación que continúa los actos de la vida cuando el individuo hace que su vida se extinga.

FLOR NEGRA

Ven, hace muchos días que sobre mi alma se extienden las nebruras del presentimiento; algo como soplo helado de muerte entumece mi espíritu, y golpea, golpea mi corazón.....

Yo siento tristezas infinitas, esas que surgen á la pérdida de los anhelos y de las esperanzas en flor.

Ven, yo quiero decirte mis infortunios, yo quiero ir á tu corazón y ver si tiene fibras que se conmuevan con mis pesares.....

¿No me respondes?

Me han dicho que enloqueces á muchos hombres.....Acércate, así, sobre mis rodillas, envuélveme en las tenebrosidades de tus cabellos ensortijados, hiéreme con los dardos de tus miradas de bohemia envilecida, y muéstrame, en fin, los arranques de tus instintos felinos....

He venido á que me vuelvas loco como á los otros.....Ház que el olvido deje su huella en mi cerebro.....Yo no quiero acordarme de las ingratas; quiero borrar de una vez para siempre todo lo que me habla de encantos y de ilusiones idas!.....



SOSORAQUILLA

[CUENTO HUMORISTICO]

La casita era blanca como un plumón de cisne, estaba situada junto al bosque, cobijada por álamos y fresnos, y cercada por un seto de rosas y de lirios. En ella habitaban Sosoraquilla y su mamá, viuda ésta de un modesto comerciante. Un día amaneció mala la niña, el médico aseguró que aquello era fiebre, y á los ocho días de estar enferma Sosoraquilla dejó este pícaro mundo cuando apenas contaba siete años de edad.

El alma de aquella angelical criatura emprendió el vuelo hacia la mansión celeste, y atravesando el aire y pasando la Luna, y dejando atrás á Mercurio y á Venus y al Sol y otros astros, se remontó á las estrellas, y pasando cristalinos y móviles y no móviles, por fin llegó á las puertas del cielo de los Bienaventurados. Había que llamar y así lo hizo. ¡Tan, Tan!

San Pedro, sin preguntar—¿Quién es?—co-

mo por acá se acostumbra, abrió la puerta, y el alma de la niña penetró á la eterna Ciudad que tan bien describe el gran Simbolista de Patmos.

—Bienvenida seas, chi quilla.—dijo el celestial portero, y después, de cerrar la puerta se llevó á la que acababa de entrar, á que conociera aquellos hermosísimos lugares, donde ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano es capaz de comprender lo que allí se ve y se goza, como lo afirma el de Tarso.

—Ahora que no tengo quehacer voy á enseñarte todo esto—dijo el anciano de Bethsaida al alma de Sosoraquilla.

—¿Qué no tienes quehacer!

—Como lo oyes, criatura. Desde que la tercera de las virtudes teologales, y la primera de las obligaciones no tiene quehacer por allá en el mundo, ni yo aquí en la puerta, no vienen almas.

¡A la mejor se me va á olvidar abrir!

¡Y vaya que la Caridad hace de su parte cuanto puede para que todos los hombres vengán aquí! Tolera que los mundanos la despojen de su legítimo nombre y la llamen con el apodo de Filantropía, que le pongan la máscara de Talía y que le planten el panderó de Terpsícore. Pero de qué sacrificios y abnegaciones no es capaz una heroína por el bien de todos?—Probablemente en aquellos momentos le vinieron á la memoria al Santo Pescador las palabras que con respecto á la Libertad pronunció en los momentos de ir á ser guillotinado una célebre republicana, puesto

que parodiándolas exclamó:—¡Oh Caridad, qué de cosas se hacen en tu nombre!—Y sonriendo dulcemente comenzó á andar con Sosoraquilla.

Pasaron frente al honorífico é inspirado número de Patriarcas y Profetas. En seguida por el lucidísimo escuadrón de Mártires, y después por la eucarística pléyade de Vírgenes.

El alma de la chiquela estaba embelesada con tantas cosas bonitas como veía.

Su anciano conductor le daba explicaciones de todo aquello.

—¿Ves esos tronos con colores de iris y destellos de astros?

—Sí, sí!—exclamó el alma de la inocente con la boca muy abierta.

—Pues allí tienes á Francisco de Asís, á Ignacio de Loyola, á Francisco de Borja, á Javier y á Vicente de Paúl, ¡todos apóstoles de la caridad!

Pasaron adelante, y vieron un numeroso grupo que no hacía contraste, porque en el cielo no hay contrastes; pero sí, no estaba ni con mucho á la altura de los otros tronos que habían pasado.

Se encontraban allí papas, cardenales, obispos, reyes y gobernantes.

—¿Quiénes son esos tan acarrucados?—preguntó el alma de la niña tirando de la túnica á su conductor. Este contestó:

—Bienaventurados.—Y luego añadió, como si hablara consigo mismo:

—¡El único milagro que han obrado fué el salvarse!..... ¡Pero la misericordia de Dios es infinita!

—¿Y aquellos tronos que se encumbran muy altos y muy hermosos, de quienes son?

—Allí están Isabel de Portugal, Isabel de Hungría y Eduwigis duquesa de Polonia. Heroínas de la caridad, que no la pusieron en caricatura, sino que la practicaron. Por eso están aquí.

El santo anciano tomó un aire de magestad como cuando dirigía la palabra en el Ostriano, y continuó:

—¡Porque aquí vienen solamente los que aman y sufren, los que esperan y socorren; no los que llevan al mercado el sudor y el mendrugo del pobre; no los que ponen en subvasta infame la desgracia de la viuda y las miserias del huérfano; no los metalizados avarientos que se matan para vivir, y viven privados de lo que atesoran, llevando diseado el corazón entumecida el alma y la podredumbre en los huesos; no los Epulones que viven en continuo banqueteo, indiferentes y sordos al grito del hambre que llama á sus puertas implorando de ellos las migajas de su mesa!..... El príncipe de los Apóstoles guardó silencio, mientras tanto el alma de Sosoraquilla le parecía soñar, y decía con ansiedad:

—¿De quién es aquel solio que se levanta sobre todos, con resplandores de sol y cereado de ángeles?

—Del alma de Doña Josefita.

—¿Cómo! ¿Luego no es santa?

—Y muy grande!—exclamó el interrogado riendo y luego continuó:

—Doña Josefita fué un verdadero campeón de la caridad. Fué pobre y muy fea. Vistió siempre de lo que le dieron, zapatos muy grandes y rotos, faldas deshilachadas y cobijas que en un tiempo fueron negras. Nadie le hizo caso, pasó inadvertida, no llevaba oropel ni cascabeles en el carnaval humano; más, en cambio, ella fué caritativa y buena. Su alma siempre tuvo piedades para todos los sufrimientos, y su corazón latidos para todas las desventuras. Dió de lo que le hacía falta, á menudo se quitó el mendrugo de la boca para remediar el hambre ajena, no cantó romanzas, ni tocó rapsodias, ni bailó danzas ni polkas para socorrer al prójimo; pero en cambio sus ojos siempre tuvieron lágrimas para los dolores de otros. Hacía visitas á los hospitales cuando nadie iba á ellos, teniendo en cuenta aquello de "Lo que haga tu mano derecha que no lo sepa la izquierda." Así pasó su obscura y dolorosa peregrinación por la tierra, siempre practicando la caridad y haciendo el bien, siempre entre humillaciones y desprecios; siempre entre lágrimas y abandonos, siempre sola entre las multitudes y burlada aún de los buenos.

Cuando murió no hubo lágrimas para ella, ni cariños que llevaran luces y flores á sus despojos. La Historia no la contiene en sus páginas, ni el mármol ni el bronce la inmortalizaron.

No ha obrado milagros ni se han erigido

basílicas en su honor; la Iglesia no lo canta ni el Martirologio la menciona, y, sin embargo, aquí la tienes ¡excelsa entre los excelsos, inmortal entre los inmortales, santa entre los santos, inscrito para siempre su nombre en el Libro de la Vida, y poderosa ante Dios! Porque ¿"cual de los hombres es ante Dios el mayor y más santo?"—muchacha?—Sosoroquilla, que era lista en Catecismo, se apresuró á contestar luciendo sus conocimientos.

—"El que tiene mayor caridad, sea quien fuere".

En este momento llamaron á la puerta del cielo.

San Pedro echó á correr sonando las llaves, y diciendo por el camino.

—¡Llegan almas! De seguro la Caridad tiene que hacer por allá en el mundo.

San Luis Potosí, Agosto de 1905.

MAXIMO MALDONADO.

EL ARTICULO NOVENO
DEL
CODIGO PENAL

Todavía no hace seis años, se veía por el callejón del Diablo, en el barrio de San Miguelito de la ciudad de San Luis Potosí, una risueña casita, muy limpia y aseada, con su ventana sin verjas, su patio poblado de verdes y lozanas plantas cubiertas de bellas flores, y colgadas en su zagúan varias jaulas de carrizo con algunos pajarillos, que formaban con sus alegres y regocijados gorgoros deliciosa algarrabía. Aquella modesta y simpática vivienda compuesta únicamente de dos piezas, el zaguán, el patio, y la cocina, era ocupada por Basilio Pérez y su familia, que la constituían, su mujer Clea Duque y cuatro criaturas, Petra, Juana, Gregorio y Marcos, siendo la mayorcita de ocho años de edad.

Basilio, que apenas contaría unos veintiocho años escasos, era un honrado zapatero, empeñoso y cumplido, y en el zaguancito de su casa se le veía todos los días incesantemen-

te ocupado en su banco, con otros tres ó cuatro oficiales, haciendo las obras que le encomendaban, y con cuyos productos atendía modestamente á las necesidades de su familia.

No era ciertamente el maestro Basilio una sobresaliente notabilidad en su arte; pero, como cumplido y formal, apenas se daba abasto para atender á las muchas demandas de las personas que solicitaban sus servicios, prefiriéndole á otros mejores obreros en el ramo, porque, cuan ó prometía entregar el calzado, indefectiblemente cumplía su compromiso y, aunque no de forma elegante, sus obras eran fuertes, de buenos materiales y de mayor duración que la de sus otros cofrades.

De esto dependía el desahogo relativo con que cubría sus modestos gastos; y, como no tenía ningunos vicios, se le veía prosperar ostensiblemente.

Los domingos, desde las primeras horas de la tarde aseguraba su casita con llave, y muy afeitado y limpio, salía á pasear con su mujer y con sus hijos, sin que dejase pasar, sin concurrir, una sola función de toros ó de circo, según era el caso, recogiendo después temprano en su apacible hogar en unión de su familia. La hacendosa Clea preparaba la frugal cena, y después de tomar el alimento, rezaban todos juntos el rosario y se acostaban á descansar.

Así pasaban su vida aquellas buenas gentes sin que jamás se hubiera tenido noticia de alguna riña ó altercado, tan frecuentes entre las personas de su clase y condición.

Pasó así algún tiempo; pero sin que se pudiera averiguar la causa, porque Basilio no había dado ningún motivo para ello, comenzó á escasear el trabajo. Sus antiguos clientes, ó habían emigrado de la ciudad, ó ya no querían ocuparle: el hecho es que se pasaban á veces semanas enteras sin que tuviera que hacer, y muchos de los objetos de su casa comenzaron á almacenarse en las casas de empeño.

Varió tanto su situación, que se vió precisado á dejar su casita y tomó en alquiler un cuarto redondo entre los muchos chiribiteles que abundan por el barrio de la Cruz Verde y, sin embargo, con muchísima dificultad podía pagar su arrendamiento, que no era más que el de un pesto cada mes.

La necesidad apremiaba y el maestro Basilio no tenía trabajo: nadie le mandaba hacer zapatos. Buscó el que hacer por todas partes, proponiéndolo á precio sumamente reducido, pero todas sus gestiones fueron infructuosas.

Solicitó en todos los demás talleres una plaza de oficial, siquiera de segunda clase; pero sus empeños fracasaron y ningún maestro quiso ocuparle. No parecía si no que una implacable fatalidad se afanaba en descargar su impía saña sobre aquel hombre tan infeliz como honrado, y su desgraciada familia. Por último, el maestro Basilio, sucio, desgarrado,

y casi en la más abyecta mendicidad, se convirtió en remendón de usado, y ese nuevo y asqueroso oficio no siempre le producía el miserable pan de su macilenta familia.

Hacia dos días que ni Basilio ni sus desgraciadas gentes probaban alimento; cuando, una mañana, se le presentó una criada de la casa de don Pedro Patiño, que vivía en la calle de la Independencia, encargándole una compostura que ajustó en doce centavos.

El maestro Basilio, considerando ese miserable trabajo como una deshecha bonanza, se dedicó á él con todos sus alientos, saboreando anticipadamente, con indecible placer, el gusto que tendrían sus hambreados hijos cuando, con aquella ruín suma, les proporcionara un alimento aunque pobre y escaso, y se dió tal prisa, que apenas sonaron las doce del día, cuando se presentó en la casa de Patiño, llevando los zapatos remendados de la criada.

Salió ésta, pero cuando recibió la obra, dijo al maestro Basilio que volviera á las tres de la tarde para pagarle los doce centavos, porque en esos momentos la señora tenía unas visitas y no podía hablarle.

Basilio se retiró triste, pero con la esperanza firme de que, dentro de tres horas, su mujer y sus hijos tendrían con seguridad algo que comer.

A las tres de la tarde en punto se presentó Basilio en la casa, en los momentos en que llegaba la criada con una gran charola llena de apetitoso pan para la merienda y una libra de chocolate. Basilio pidió su paga y la criada entró á hablar á su ama. Volvió en seguida, diciendo al zapatero que la señora, á quien habia pedido algo á su cuenta para pagarle, le habia dicho que más tarde le daría: insistió Basilio, solicitando aunque fuera unos seis centavos para llevar tortillas á sus hijos, que no habian probado bocado hacía algunas horas, y la criada conmovida por las súplicas del maestro, volvió á entrar, dejando la charola en la banca del zaguán. Entonces Basilio, sin reflexionar lo que hacía, se apoderó de la charola tentadora y, rápido como una exhalación, se dirigió á todo correr á su pocilga, y entregó la charola á su familia que con avidez devoró el pan y el chocolate.

Aun no acababan de pasar el último bocado de aquel sabroso pan, cuando la criada de Patino se presentó en la habitación del maestro Basilio, acompañada de un gendarme, quien aprehendió á aquel y lo condujo á la Jefatura Política, de donde, en el acto, fué consignado al juzgado de turno por el delito de robo, y se le puso preso en la Penitenciaría.

El pobre zapatero fué, pues, sometido á juicio, y desde su declaración preparatoria confesó el hecho con toda ingenuidad y franqueza, refiriendo minuciosamente todos los detalles, sin omitir uno solo, y llamando la atención sobre la circunstancia de que hacía cincuenta

y tres horas que ni él, ni su mujer, ni sus hijos habian probado alimento alguno, cuando se apoderó de la charola con el pan y el chocolate para aplacar el hambre de su familia.

Formalmente preso y con las diligencias de la instrucción, pasó el infeliz maestro Basilio á disposición de uno de los jueces del crimen. El proceso, no obstante la sencillez del caso, signió una tramitación lenta y dilatada. Como el pobre sumariado carecía de recursos para expensar un defensor especial, se le provió de uno de los de oficio, y aquel pobre zapatero quedó en los antros de la cárcel tan olvidado, como si nunca hubiera pertenecido á la humanidad.

El defensor que le tocó en suerte, indolente y desidioso, olvidándose de la altísima nobleza de su misión, y con mengua y agravio de la humanidad y de la justicia, sin preocuparse en lo más mínimo por la suerte de aquel infeliz, ni hacer caso tampoco de las lágrimas y quejas de su desgraciada familia, con la que se molestaba siempre que iba á suplicarle biciese algo en favor de su defendido, dejó correr la evolución del proceso sin hacer nada en obsequio de aquel, sin solicitar ninguna prueba y sin promover ningún género de exculpaciones ni defensas.

Entretanto, la desdichada familia del preso sufría penas indecibles, crueles y desgarradoras, así en lo físico como en lo moral. La miseria, con su cortejo horripilante de terribles detalles, se cebó en aquellos desdichados seres; y padecimientos del hambre y de la desnudez

minaban su salud de tal suerte, que daba lástima y horror contemplar aquellas momias cubiertas de sucios y repugnantes harapos. La caridad pública contribuía escasamente á sostener aquellas vidas miserables, y pasaban las noches arrimadas junto á las tapias en los suburbios de la ciudad. Aquella desgraciada familia carecía pues, del sustento y del hogar; y los sufrimientos del alma minaban también poderosamente aquellas abatidas y lánguidas existencias.

Pasaban muchas horas del día á la puerta del juzgado por ver si algo podían saber del infortunado preso; pero siempre se retiraban tristes, abatidas y agobiadas por el peso enorme del grande dolor de sus almas atribuladas.

Los días de visita, en que es permitido á las familias hablar con sus presos, era un cuadro triste y desgarrador el que ofrecían aquellos infelices: escuálido y harapiento el maestro Basilio; escualida y harapienta su familia, y sin tener ésta algún consuelo que comunicar al infeliz preso, porque ninguno les daba el defensor, se pasaba el tiempo de la visita en llanto, suspiros y sollozos; vertía Basilio, abrazando á su mujer y á sus hijos, amargas y copiosas lágrimas; la pobre Clea lloraba también amargamente, y las inocentes criaturas igualmente lloraban; colgadas del cuello de su padre, cubriéndole de besos y de halagos.

El pobre zapatero desbordaba toda la ternura de su alma en las caricias que prodigaba á los suyos, y siempre sacaba, de entre sus sucios harapos, algunas endurecidas gordas que

guardaba del pobre y escaso rancho que recibía, para regalarlas á su infeliz familia privándose así de aquel ruín é insuficiente alimento. Los chiquitines, del mismo modo y casi siempre, correspondían á los regalos de su padre, llevándole varios mendrugos de pan ó algún bocado que de limosna habían recibido el día de la visita.

Entretanto, los curiales del juzgado, siguiendo su lenta y perjudicial rutina, practicaban en la causa una diligencia cada quince ó veinte días; el defensor no se ocupaba de nada y debíala correr á la instrucción, seguida de oficio, la suerte que buenamente se la imprimiera.

No había habido testigos presenciales del hecho, que hubiera sido preciso examinar; más en cambio, se recibió la prueba de la propiedad, preexistencia y falta posterior de los objetos robados, los cuales fueron valuados de este modo:

Por el valor de la charola	\$ 0. 50
Id. Id. del pan	\$ 0. 25
Id. Id. del chocolate	\$ 0. 50

Valor total de lo robado.....\$ 1 25

Un año había transcurrido desde el encarcamiento del maestro Basilio, al cabo del cual se dió término al proceso. Se puso éste á disposición del Ministerio Público, quien solicitó la absolución del acusado, en virtud de que, no habiendo en su contra más prebas de su

culpabilidad que su misma confesión debía, conforme á los principios del derecho procesal en materia de probanzas, aceptarse dicha confesión íntegramente, esto es, así en lo que perjudicaba al reo, como en lo que le favorecía; por lo mismo, asegurando el acusado que había robado la charola con el pan y el chocolate por satisfacer el hambre que tanto á él, como á su familia apremiaba hacia más de cincuenta horas, le favorecía la circunstancia excluyente de responsabilidad criminal de haber cometido el delito violentado por una fuerza física irresistible, así como por la merza moral que le producía el temor grave é irresistible también, de que su mujer y sus hijos perecieran de hambre. (Fracciones 9^a y 10^a del artículo 42 del Código Penal).

El defensor, en vista de este pedimento, se adhirió á él incondicionalmente, sin agregar una palabra más. El juez absolvió á Basilio y mandó ponerlo en libertad bajo de caución promisoria, mientras tenía lugar la revisión del proceso.

Ya se adivinará el indecible é inmenso regocijo que Basilio y su familia experimentarían, al ver que aquel infeliz recobraba su perdida libertad.

Tocó en revisión la causa á una de las Salas del Tribunal Supremo de Justicia, en la que llevaba la voz fiscal un letrado entendido, erudito y de fácil y exuberante palabra. Se citó día para la vista del proceso, y, llegada la hora de la audiencia, el defensor ni si-

quiera concurrió á ella, limitándose á manifestar que renunciaba el derecho de hablar en favor del reo y se conformaba con lo que pidiera el señor Fiscal; y como fué legalmente citado, la vista tuvo lugar sin su audiencia, y sólo alegó el Ministerio Público.

Este alto funcionario solicitó la revocación de la sentencia del juez inferior, y pidió se impusiera al maestro Basilio Pérez, como reo de robo en casa habitada, la pena de cinco años de prisión ordinaria, con una cuarta parte más de retención en su caso, y que se le inhabilitara para toda clase de cargos, empleos, y honores públicos, según ordenan los artículos 287, 372, y 71 del Código Penal. Fundó su requisitoria en este razonamiento:

Dijo ser absurda, ilegal, é inadmisibile, como contraria á la filosofía del derecho de penar, la añeja teoría, sólo invocada hoy por atrasados juristas como un respiro de inveterada rutina, de la indivisibilidad de la confesión: que el derecho penal moderno, así como los avances de la ciencia y de la civilización, la repellan por completo. Examinó, después de citarlas, varias doctrinas de canonistas, comentaristas y criminalistas, criticando unas y aceptando otras, y cerró, por último, su alegación con estas conclusiones.

En efecto, dijo, el artículo 9^o de nuestro vigente Código Penal dice: "Siempre que á un acusado se le pruebe que violó una ley penal, se presumirá que obró con dolo; á no ser que se averigüe lo contrario, ó que la ley exija la intención dolosa para que haya delito."

En el caso, Basilio Pérez, según su misma confesión, violó una ley penal: luego debe presumirse que obró con dolo. Y, como no está averiguado lo contrario, ni exige la ley la intención dolosa para los delitos de robo, es evidente que Basilio Pérez es culpable del delito porque se le ha procesado, y por ello debe inflírsele la pena señalada por la ley.

No vale que alegue haber robado para satisfacer la imperiosa necesidad del hambre; que tanto á él como á su familia agobiaba; porque es esta una excepción que destruye la culpabilidad ciertamente, es decir, el dolo; pero que necesita probarse, y Pérez no lo ha hecho. Tiene, pues, en su contra, con aplicación ineludible, la presunción de la ley, y debe ser castigado.

El maestro Basilio fué condenado á la pena pedida por el señor Fiscal; se le redujó nuevamente á prisión y, por aquellos ciento veinticinco centavos, importe del pan y del chocolate que se comió su familia hambreada y miserable, sufre una larga prisión en la cárcel, quedando su mujer y sus hijos, tan infelices como dignos de lástima y compasión, en el más completo abandono y desamparo, en virtud de la aplicación filosófica del artículo 9.º del Código Penal.

SAN LUIS POTOSÍ

JOSE de J. JIMENEZ.

ORACION FUNEBRE EN ELOGIO DE MR.

LUIS ADOLFO THIERS

Pronunciada en San Luis Potosí, la noche del
20 de octubre de 1877 por

Juan B. Barragan.

Que grande y magestosa es la muerte. Ciudadanos, y que pequeña y miserable aparece la vida ante la magestad y la grandeza de sus misterios! Riquezas, hermosura, sabiduría, poder, todas las bellezas más celebradas, todos los génius más ilustres, todas las dominaciones más imponentes, todo, todo se confunde y se pierde en el abismo insondable, de lo desconocido, todo se abate y se anonada ante el terrible y último golpe del destino y de la naturaleza. Y sin embargo de la inmensa vida sana como la muerte hiere y persigue á todos los abietos de la naturaleza, y á pesar de la fuerza omnipotente con que los destruye y los devora; no parece que los persigue sino

En el caso, Basilio Pérez, según su misma confesión, violó una ley penal: luego debe presumirse que obró con dolo. Y, como no está averiguado lo contrario, ni exige la ley la intención dolosa para los delitos de robo, es evidente que Basilio Pérez es culpable del delito porque se le ha procesado, y por ello debe inflírsele la pena señalada por la ley.

No vale que alegue haber robado para satisfacer la imperiosa necesidad del hambre; que tanto á él como á su familia agobiaba; porque es esta una excepción que destruye la culpabilidad ciertamente, es decir, el dolo; pero que necesita probarse, y Pérez no lo ha hecho. Tiene, pues, en su contra, con aplicación ineludible, la presunción de la ley, y debe ser castigado.

El maestro Basilio fué condenado á la pena pedida por el señor Fiscal; se le redujó nuevamente á prisión y, por aquellos ciento veinticinco centavos, importe del pan y del chocolate que se comió su familia hambreada y miserable, sufre una larga prisión en la cárcel, quedando su mujer y sus hijos, tan infelices como dignos de lástima y compasión, en el más completo abandono y desamparo, en virtud de la aplicación filosófica del artículo 9.º del Código Penal.

SAN LUIS POTOSÍ

JOSE de J. JIMENEZ.

ORACION FUNEBRE EN ELOGIO DE MR.

LUIS ADOLFO THIERS

Pronunciada en San Luis Potosí, la noche del
20 de octubre de 1877 por

Juan B. Barragan.

Que grande y magestosa es la muerte. Ciudadanos, y que pequeña y miserable aparece la vida ante la magestad y la grandeza de sus misterios! Riquezas, hermosura, sabiduría, poder, todas las bellezas más celebradas, todos los géneos más ilustres, todas las dominaciones más imponentes, todo, todo se confunde y se pierde en el abismo insondable, de lo desconocido, todo se abate y se anonada ante el terrible y último golpe del destino y de la naturaleza. Y sin embargo de la inmensurable saña con que la muerte hiere y persigue á todos los diétoos de la naturaleza, y á pesar de la fuerza omnipotente con que los destruye y los devora; no parece que los persigue sino

para salvarlos y enaltecerlos; no parece que los destruye sino para transfigurarlos y glorificarlos. Génio destructor y á la vez tutelar, la muerte salva á los séres en el instante en que parece perderlos y los cubre con la blanca vestidura de la inmortalidad en el momento en que parece arrojar sobre sus cenizas los negros crespones del olvido.

¡Y temblamos delante de la muerte, cuando después de abatirnos nos exalta y después de destruirnos nos transfigura; cuando después de la lucha nos concede la recompensa y después de los triunfos nos otorga la gloria! ¡Y temblamos delante de la muerte, nosotros viajeros fatigados con el polvo ardoroso de la tarde, que anhelamos descansar en las apacibles moradas de la patria; flores marchitas con el ardiente sol de los trópicos que tan pronto perdemos los pétalos y los perfumes en este mundo de fantasmas; luchadores péruos de la mar, que con tanto empeño buscamos los puertos y las ensenadas, para poner á cubierto nuestra barca de las tempestades y de los vientos! ¡Y temblamos delante de la muerte, cuando la muerte es el descanso y la vida, cuando después del calvario de un día nos ofrece el glorioso Tabor de la inmortalidad! ¡Que tiemblen los cobardes y los pusilánimes!; pero no vosotros, hombres resueltos y animosos que camináis con pié firme por el sendero escabroso de los trabajos y de los sacrificios, infatigables batalladores del bien contra el mal y de la verdad contra el error; no vosotros los que sosteneis la gloriosa lucha

del derecho contra la fuerza, de la virtud contra el crimen, del espíritu contra la materia; vosotros no debeis temblar ni estremeceros, sino bendecir y saludar á la muerte con la frente serena y con la sonrisa en los labios!

Venid pues, Conciudadanos, venid á saludar conmigo este monumento fúnebre, colocado en los dominios de la muerte, y admirar la grandeza de nuestros destinos inmortales: dad tregua un momento á la batalla y limpiad el sudor de vuestra frente, para que os presentéis en las riberas de la inmortalidad, con el aire de fiesta y de gala con que se presentaban nuestros padres, cuando luchaban con las fieras y con los verdugos, y cuando los tiranos los embarraban de cera y de betun para hacerlos arder como bugías. ¡Hijos de una raza de gigantes que el cristianismo dió á conocer al mundo formados no para la fugaz peregrinación que se hace en la vida, sino para la conquista inmortal que se alcanza con la muerte; venid á sondear sin miedo las profundidades del abismo y á sorprender los misterios de la tumba; pero venid con serenidad y con valor para no desmentir vuestro titánico y celestial origen! Uno de los hombres acaba de desaparecer en esa tumba, acaba de perderse en ese abismo, y es preciso seguirlo con los ojos y hasta interpelarlo con las palabras; porque todos los pueblos lo están interpellando y observando agrupados al rededor de su sepulcro, á cuyos bordes se inclinan y se asoman reflexivos y consternados. Acerquémonos nosotros y confundámonos con esa muchedumbre, para

tomar parte en las reflexiones y en la constatación general; porque sin duda el acontecimiento debe afectar á todos los pueblos y á todos los hombres; cuando todos los pueblos y todos los hombres se han agitado y como movido de un modo extraordinario. *¿Qué himno?*

Un solo grito semejante al estampido del trueno y propagado como el relámpago ha bastado para producir esa terrible y universal conmoción: ¡adolfó Thiers se muere! ¡Adolfó Thiers ha muerto! este grito sólo, repetido por todos los continentes y por todos los mares ha sido bastante para conmover á todos los hombres: ha sido bastante para volver sus miradas hácia el punto del estruendo, como para buscar ansiosos con la vista la manera de desmentar el eco lugubre de la fatal noticia. Al escuchar este grito terrible, todos los pueblos se pusieron en pie como movidos por un resorte; y todos como arrastrados por una fuerza irresistible y secreta corrieron con el espíritu al lugar de la catástrofe; dudando de que Dios hubiera elegido semejante víctima y de que hubiera descargado semejante golpe. Más era verdad que Adolfó Thiers había muerto, y no quedaba más que esta tumba. *¿Qué tumba?* Pero ¿quién es este hombre? Conciudadanos, unya muerte así consterna á todos los pueblos y al parecer conmueve hasta las entrañas de la humanidad? ¿Qué contiene esta tumba á donde todos corremos presurosos, no para depositar coronas, sino para buscar en ella el libro de la muerte, donde estudiar los deberes de la vida? ¿Quién es este hombre,

que después de una larga carrera de contradicciones y de luchas se despide al fin de la vida, recibiendo el fraternal y universal adiós de todos los hombres y de todos los pueblos? No es sin duda uno de aquellos políticos ruidosos, que desfiando la astucia y la fuerza, sostienen con la fuerza y con el entusiasmo á esos gobiernos de brillante ropaje, pero de cuerpo raquítico y enfermizo, como todos los cuerpos que no respiran el aire purísimo del derecho y de la justicia. No es sin duda un soldado; uno de esos agitadores y mantenedores de la guerra que confundiendo la gloria del valor patriótico con la orgía de la matanza, creía en grandes á las naciones, salpicándolas de sangre. No es sin duda tampoco uno de esos ambigüos personajes que se llaman hombres de Estado, que no saben robustecer el poder sino encadenando la libertad, y que para salvar las situaciones de un día, sacrifican los principios de la justicia, y con ellos el porvenir de las generaciones en marcha. No es sin duda por último uno de esos infames y perversos diplomáticos, hipócritas y fariseos de la humanidad, que encubren las conveniencias puramente materiales con la apariencia de las conveniencias morales; y que para engrandecer á las naciones donde viven como serpientes, debilitan ó destruyen cobardemente á los pueblos débiles é inofensivos que les sirven de estorbo para sus engrandecimientos criminales. *¿Por qué oración?* No, Conciudadanos, Adolfó Thiers no es ninguno de estos hombres á quienes el olvido fatal de los principios ha llamado celebridades

de la tierra; porque si fuera alguno de ellos, su tumba no se encontraría bañada por los brillantes resplandores de la inmortalidad y de la gloria. Si Adolfo Thiers llevara alguno de esos nombres así estigmatizados por el honor y por la probidad, su memoria no recibiría bendiciones sino maldiciones; porque la humanidad no puede tener sino anatemas para los hombres que le han engañado y martirizado, comprometiendo sus destinos y retardando con su conducta el desarrollo de la civilización. Si Adolfo Thiers tuviera alguno de esos nombres así ennegrecidos y manchados, su muerte no habría consternado á todos los pueblos, ni éstos se habrían apiñado al rededor de su tumba, como al rededor de la tumba de un hermano, como al rededor de una cátedra de enseñanza levantada por la muerte. No lo habrían hecho indudablemente, ni nosotros los republicanos de México habríamos venido á admirar al ilustre personaje, confundiéndonos con el universal y fraternal concurso. Sin advertir acciones y tendencias muy distintas de las de aquellos hombres y sin observar en su conducta las luminosas huellas de nuestras creencias morales y de nuestras convicciones políticas, jamás nos habríamos prestado á tributar á un farsante de corte y de tribuna, este homenaje de admiración y de respeto, solo debido al merito y á la virtud.

Pero aún con esos nombres, suponiéndonlos tan limpios y tan brillantes como los han llevado los hombres de bien, jamás habría conquistado la memoria de Thiers con ellos solos,

los homenajes sinceros y universales que se le han tributado y le seguirá tributando la posteridad. Antes que Adolfo Thiers, han muerto políticos muy inteligentes, esclarecidos hombres de Estado, diplomáticos muy hábiles, tribunos prudentes y valerosos, republicanos ilustres, escritores insignes, elocuentes oradores, historiadores profundos, poetas filósofos muy amados, hombres en fin, honrados, sabios y benéficos en toda la estensión de la palabra; y sin embargo ninguno de ellos había conmovido tanto á los pueblos con su muerte, ni había desaparecido de la tierra en medio de las lágrimas y las bendiciones universales. Esto quiere decir que Adolfo Thiers, ha conquistado estas sentidas y generales demostraciones con otros títulos más respetables y más augustos, que esos títulos augustos y respetables es cierto, pero que no conmueben al mundo ni lo preocupan colectivamente, como lo preocupan y conmueven otras acciones de más alto vuelo y de mayor alcance. Esto quiere decir, que Adolfo Thiers ha prestado un gran servicio á la causa del bien y de la humanidad, y que lo ha prestado en circunstancias tan difíciles y supremas, que el servicio ha sido de una importancia absoluta y universal, como universales y absolutas han sido las consecuencias.

Y así ha sucedido Conciudadanos; porque Adolfo Thiers, vigorizado con las luchas, ilustrado por las meditaciones y casi inspirado por las revelaciones de la edad, fué en el último período de su larga y fatigosa vida, no el

grande hombre de su patria, sino el grande apóstol de la humanidad, destinado por la Providencia para fortalecer la fé de los pueblos, debilitada por el menosprecio de los principios, y para reanimar sus esperanzas abatidas por las derrotas del derecho. Esta fué su misión, y en desempeño de tan augusto ministerio defendió valerosamente la justicia de las asociaciones de la ambición, la civilización de la barbarie, la libertad del despotismo y el derecho de los rudos golpes de la fuerza. Esta fué su misión, y la cumplió como sabéis con abnegación sublime, en circunstancias sumamente difíciles, cuando los pueblos espantados y despayoridos desesperaban de que se salvaran y conservarían esos grandes principios sociales, al ver tantas ambiciones satisfechas y tantas usurpaciones triunfantes.

Adolfo Thiers, casi trasfigurado por su misión, procuró restaurar y sostener estos principios eternos y morales, menospreciados por la ambición y por el orgullo; que las naciones no pueden ni deben engrandecerse, sino respetándose á sí mismas y respetando á las demás, y que los engrandecimientos adquiridos con mengua del derecho ajeno y con ultraje del derecho propio, no son mas que engrandecimientos engañosos, brillantes aglomeraciones de combustible, que tarde ó temprano producen una explosión, ocasionando catástrofes espantosas. Retirado de la antigua política, en la que tanta parte tomó al lado del monarca de 1830, pádo en el retiro y con el estudio que había hecho de los hombres y de

las cosas, comprender toda la extensión de los perjuicios que ocasionan á los pueblos interior y exteriormente, las contemporizaciones alternativas con el derecho y con la fuerza, con la represión y con la libertad, empleadas para garantizar los intereses bastardos de los gobiernos con detrimento de los intereses legítimos de las naciones.

De aquí los nobles esfuerzos del anciano, para que el gobierno de su país, ajustara estrictamente su conducta á los principios inquebrantables del derecho, tanto para desarrollar y proteger las libertades nacionales, como para mantener y cultivar las relaciones extranjeras. De aquí sus deseos de que la Francia diera de mano á las aspiraciones dinásticas, entrando resuelta en el campo del porvenir bajo los auspicios de la libertad republicana; comprendiendo que solo con este paso progresivo podía conservar la fuerza y la grandeza, que ya no le podían dar, ni los cetros de sus reyes, rotos ó gastados en sus manos, ni las armas victoriosas de sus soldados, inútiles ó impotentes ante las exigencias de la civilización y del derecho. Thiers deseaba que la Francia se engrandeciera por sus propios esfuerzos, por los esfuerzos sociales, más enérgicos y poderosos que los esfuerzos de un hombre ó de una casta; atrayéndose el amor y el respeto de los pueblos, no por el brillo de sus armas lanzadas ó expediciones reprobadas por la justicia, sino por el brillo de su poder moral cimentado sobre los principios de la paz y de la

Fraternidad, de la libertad y del derecho. Por esto levantó su voz, aun con riesgo de su popularidad, para reprobar la expedición que nos trajo á nosotros el Imperio y la desgracia; y por esto mismo también, revestido de la más grande entereza, trató de impedir la funesta guerra con Prusia, cuyas causas y oportunidad no podía aprobar bajo los principios que profesaba, aun siendo como era uno de los primeros y más grandes patriotas de su país. De esta manera defendió la justicia de las asechanzas de la ambición, que ciega y obstinada la sacrificaba á sus caprichos, cubriendo el atropellamiento con el velo transparente de las conveniencias políticas.

Con este espíritu de justicia, con este liberalismo de sentimientos y con esta magnitud de miras lo encontraron las grandes desgracias de su patria; y ya sabéis como y de que manera salvó á la Francia del sable de Bismark y de la tea de la Comuna; evitando que el derecho se estrellara contra la fuerza, y que la civilización se perdiera en los antros de la barbarie. Aquel fué un grande esfuerzo, Concudadanos, un esfuerzo tan grande que no nos es dado medirlo con las medidas comunes, ni valorizarlo con los valores ordinarios. Si Thiers en estas circunstancias hubiera sido simplemente un político, no habría podido ejecutar aquella maniobra de gigantes; porque su habilidad y su vigor habrían sucumbido ante dos resistencias al parecer invencibles y omnipotentes: ante la inexorable resolución de un

soldado que quería que todo derecho desapareciera en presencia de la fuerza victoriosa; y ante la desesperada energía de una turba de extraviados, que pretendía borrar hasta las huellas del pasado para levantar el edificio del presente; olvidándose frerética de que el presente no puede levantarse ni caminar sin el auxilio del pasado; por que el pasado es quien lo empuja con la fuerza de sus necesidades hácia las regiones de la luz, en busca de la perfección y del adelanto.

Para ese esfuerzo colosal, necesitó de toda la fé y de toda la abnegación de un apóstol; para no doblegarse ante el enorme peso de las dificultades que se le criaban, para no sucumbir ante los sacrificios que se le exijían y para permanecer firme y sereno ante la tormenta, con la seguridad de que se vencerían fácilmente todas las dificultades y de que se harían heroicamente todos los sacrificios. La grandeza de los resultados, superiores á todos los cálculos, probó y enalteció la previsión del hombre y la fé del apóstol; probando además, que los esfuerzos de los hombres providenciales son dirigidos y sostenidos por las fuerzas latentes de la fé, cuyas fuerzas todavía no conocemos nosotros como no conocemos de lo que son capaces para vigorizar y engrandecer las acciones humanas. Así es como salvó aquellos grandes intereses, sacándolos de las ruinas y de los escombros bajo que habian quedado sepultados al golpe rudo y destructor de la conquista y de la barbarie.

Pero una vez salvados esos grandes intereses, era necesario defenderlos y conservarlos á todo trance; y éste era el más grande y el más difícil de los trabajos. Otro hombre cualquiera habría procurado conservarlos y defenderlos por los medios ordinarios, que tanto complacen al que los emplea como hacen sufrir á los pueblos donde se ensayan: tal hombre habría procurado su conservación ó su defensa, eclipsando la civilización y deprimiendo el derecho, para que la luz de la verdad no reverberara sobre los ojos, ni la fuerza del deber despertara y sublevara las conciencias. Así lo habría hecho un hombre vulgar, porque los hombres sin principios que regulan las evoluciones del mundo moral por los fenómenos del mundo físico, creen que no hay mejor remedio para evitar que los hombres se extravíen en las plazas y en las calles, que privarlos de la vista y mutilarlos de los pies; economizando así hasta el trabajo de dirigirlos y cuidarlos. Otro hombre que Thiers, habría procurado tan importante objeto, vigorizando el poder por medio de una *robusta dictadura*; en la que la soberanía de la inteligencia y del derecho quedara subordinada á la soberanía del sable y de la voluntad individual. Pero Adolfo Thiers, que conocía muy bien que sólo es autoridad robusta y respetable la que comienza por organizarse conforme á los principios, haciendo cumplir todas las obligaciones, pero tomándose el trabajo de respetar todos los derechos, no creyó justo ni conveniente valer-

se de poderes y fuerzas falsas y pasajeras, cuando se necesitaban fuerzas y poderes reales y efectivos, para defender y conservar tan delicados y universales intereses. Valerse además de aquellos medios y apelar á tales recursos en presencia del conquistador y del hambre de la espada, habría sido canonizar su conducta, plegando la bandera del derecho ante la bandera de la fuerza; habría sido coronar un triunfo que importaba disminuir y reprobado.

Adolfo Thiers lo comprendió así como lo había comprendido el mundo; y á la vista todavía de las huestes victoriosas de los nuevos Alaricos; cuando todavía se estremecía la tierra con las pisadas de cien monarcas coligados para oprimir á la Francia; cuando se escuchaban aún las voces implacables del vencedor imponiendo la ley á los vencidos, y cuando todavía se proyectaba en el palacio de Versalles la sombra imponente de Guillermo, recibiendo la corona imperial construida con el oro de cien coronas para simbolizar la unión de los hombres de la fuerza; en estos momentos supremos y terribles y en presencia del universo absorto y consternado, afianza y levanta en ese mismo palacio la bandera sagrada de la República que antes se había levantado para salvar á la patria, y la afianza y la levanta con mano fuerte y vigorosa, para llamar ahora á la libertad y confiarle la defensa de sí misma, de la civilización y del derecho. Esto era protestar contra todas las violen-

cias y todas las usurpaciones, contra todas las tiranías y todos los despotismos, retándolo valerosamente ante el tribunal severo de la justicia y del derecho, para procesarlos y condenarlos á nombre de la conciencia y de la humanidad. Esto era llamar á toda la Francia y al universo todo, para que bajo la bandera de la fraternidad, de la igualdad y de la libertad, corrieran á defender y conservar tan sagrados intereses, amenazados de muerte no sólo por los despotismos domésticos y transitorios, sino por los despotismos sistemáticos y tradicionales, que se organizaban fornidable y resueltos, para avasallar y dominarlo todo.

El mundo, que lleno de angustia había estado pendiente de la lucha, que había entrado en una ardorosa desconfianza con la conducta de la Prusia y que esperaba con ansiedad el desenlace de uno de los dramas más terribles que registra la historia, lanzó un grito de admiración y de alegría al ver flamear la bandera de la paz y de la fraternidad en medio de los instrumentos de la guerra y de la matanza y sobre las ruinas donde al parecer todo había quedado perdido y sepultado. El mundo como la Francia correspondió al llamamiento; la Francia con todas sus fuerzas físicas y morales; el mundo con su adhesión y con sus votos hacia aquel orden de cosas, que inauguraba grandes sacrificios, pero que también hacía concebir altísimas esperanzas. El mundo aplaudió calurosamente la conducta

del Apóstol, como aplaudió la conducta de todos los hombres que le ayudaron á levantar aquella gloriosa bandera, bajo la que tarde ó temprano se han de desarrollar y consolidar las instituciones naturales de la sociedad, y con ellas el imperio de la paz, de la fraternidad y de la justicia.

Este fué un gran día Concudadanos, uno de los acontecimientos más notables que han conmovido á los pueblos, ansiosos de disfrutarle para su engrandecimiento, el derecho á la fuerza y la libertad al despotismo. Y como la Francia es la hermana mayor de las naciones, la que las ha iniciado en el lenguaje de la libertad, enseñándolas á romper los instrumentos de la fuerza con el martillo del derecho eterno; natural fué su admiración, y natural su regocijo, al verla revestida otra vez con el ropaje modesto y sencillo de la República, y al ver á su ilustre salvador apadrinando el acto interesante de su gloriosa investidura. Natural fué que todos los pueblos consideraran desde entonces á Adolfo Thiers, no como á un francés, sino como á un hermano consagrado á defender y conservar los grandes principios de libertad y de justicia, cuya práctica universal ha de formar un día las delicias del género humano. Contribuyendo además tan poderosamente á consolidar en Europa la República francesa, levantó con la fuerza de los principios republicanos, con sus tendencias y sus aspiraciones, una grande y verdadera trinchera, para resistir á esos po-

deres ciegos y terribles, que desde el Rhin hasta los hielos de la Siberia se oponen á toda transformación social, que menoscaba la autoridad del sable y de la voluntad. Porque sólo la República con la inagotable virilidad que le dá el concurso de todas las inteligencias y de todas las voluntades, es la única que puede resistir y combatir á esos poderes formidables, que para su ensanche y para su predominio *combinan fácilmente las fuerzas ciegas y fatales de la Asia con las fuerzas inteligentes y libres de la Europa; que caminan siempre de usurpación en usurpación como si nunca pudieran ser reprimidos; que no tienen límites naturales ni otros que les puedan ser asignables, y que si lo han menester, se refugian en las inaccesibles guaridas del Norte ó en el incendio pavoroso de sus capitales.* Porque sólo la República con su elevación de miras; con su confraternidad de sentimientos, con su libertad de acción y con su plenitud de fuerza, puede contener y reprimir esos poderes absolutos de raza y gerarquía, que divinizando el hecho y no el derecho, al hombre y no á la ley, amenazan desbordarse por el mundo, para convertir á las naciones en otros tantos cuarteles, sujetos á un sólo pensamiento y á una sólo voluntad. Thiers lo comprendió así, y se apresuró á construir el dique que impidiera el desbordamiento, á levantar el malecón que contuviera el torrente; por eso se esforzó en consolidarla República, como el único malecón de la fuerza, como el único dique del des-

bañándose con una luz que jamás se extingue, y que nosotros no conocemos en este mundo de debilidades y de tinieblas. Vive y mejor que ayer sostiene y levanta hasta los cielos el estandarte glorioso de la República, tremolándolo en las alturas inmortales para convocar á su alrededor á todos los hombres y á todos los pueblos. Correspondamos al llamamiento para alentar la fé de nuestros hermanos; á fin de que la mantengan en alto con su indomable energía, aún cuando mañana la abandonen ó pretendan desgarrarla, los extraños que la adoptaron ayer sólo para salvarse de la tormenta que lo habría despedazado todo con sus rayos destructores. Corramos presurosos hácia ella para ofrecerle como buenos hijos nuestra adhesión, nuestras fuerzas y nuestra sangre; pero corramos adornados de todas las virtudes, porque esa bandera levantada hoy sobre un sepulcro, puede ser mañana la bandera de la República universal, que sólo ha de cubrir á los hombres templados en el austero cumplimiento del deber. Corramos y bendigamos esa tumba que hoy le sirve de pedestal; porque es la misma tumba por donde nuestros padres entraron á la inmortalidad, después que libres de la esclavitud de la vida, alcanzaron gloriosos la libertad de la muerte. Bendigamos esa tumba porque es una tumba republicana, que nos recuerda las ideas, los trabajos y los triunfos de un Apóstol de la República: es la herencia que Adolfo Thiers le deja á la humanidad; herencia de grandes recuerdos, de grandes estímulos y de grandes e-

templos, más rica y más valiosa que la herejía ensangrentada de Leuctra, que el hijo *invencible* de la Bocioa les dejó á las comarcas belicosas de la Grecia.

¡Pueblos de la tierra! venid á inspiraros y á fortaleceros al borde de esta tumba para continuar la lucha que teneis que sostener; esa lucha titanica y porfiada del bien contra el mal, de la libertad contra la tiranía, de la justicia contra la iniquidad, del derecho contra la fuerza. Venid á inspiraros y á bañaros de luz en las puertas de la inmortalidad, donde acaban las sombras de la noche y donde comienzan los brillantes albores del día sin fin. Venid llenos de fé y de esperanza, acordandocios de que sobre las tumbas es donde se levantan todos los estandartes de las grandes causas; como se levanta sobre una tumba el estandarte divino que le recuerda á la humanidad, que Cristo venció el mal sobre una tumba y sobre una tumba triunfó de la muerte.

DIJE.

LA CALLE DEL DUENDE

Isabel y Lorenza se llamaban dos hermanas jóvenes de 19 y 20 años respectivamente, hijas de Fernando Aguilar y de su esposa Carmen Mercado.

Esa familia vivía en la Ciudad de Guanajuato á principios del siglo pasado, y Fernando la sostenía trabajando en las minas de Valenciana.

Parecía que nada podría alterar la tranquilidad en aquel hogar.

Fernando llevaba semanariamente á su esposa el producto de su trabajo y Carmen y sus hijas hacían sus compras para toda la semana y se dedicaban en el interior de su casa á los quehaceres propios de su sexo, y muchas veces ayudaban á los gastos de la familia con lo que les producía alguna obra de costura y de repostería.

Un domingo, entre la multitud de gente que había ido á oír misa de once en la Parroquia de Guanajuato, salieron las bellas hijas del

templos, más rica y más valiosa que la herejía ensangrentada de Leuctra, que el hijo *invencible* de la Bocioa les dejó á las comarcas belicosas de la Grecia.

¡Pueblos de la tierra! venid á inspiraros y á fortaleceros al borde de esta tumba para continuar la lucha que teneis que sostener; esa lucha titanica y porfiada del bien contra el mal, de la libertad contra la tiranía, de la justicia contra la iniquidad, del derecho contra la fuerza. Venid á inspiraros y á bañaros de luz en las puertas de la inmortalidad, donde acaban las sombras de la noche y donde comienzan los brillantes albores del día sin fin. Venid llenos de fé y de esperanza, acordandocios de que sobre las tumbas es donde se levantan todos los estandartes de las grandes causas; como se levanta sobre una tumba el estandarte divino que le recuerda á la humanidad, que Cristo venció el mal sobre una tumba y sobre una tumba triunfó de la muerte.

DIJE.

LA CALLE DEL DUENDE

Isabel y Lorenza se llamaban dos hermanas jóvenes de 19 y 20 años respectivamente, hijas de Fernando Aguilar y de su esposa Carmen Mercado.

Esa familia vivía en la Ciudad de Guanajuato á principios del siglo pasado, y Fernando la sostenía trabajando en las minas de Valenciana.

Parecía que nada podría alterar la tranquilidad en aquel hogar.

Fernando llevaba semanariamente á su esposa el producto de su trabajo y Carmen y sus hijas hacían sus compras para toda la semana y se dedicaban en el interior de su casa á los quehaceres propios de su sexo, y muchas veces ayudaban á los gastos de la familia con lo que les producía alguna obra de costura y de repostería.

Un domingo, entre la multitud de gente que había ido á oír misa de once en la Parroquia de Guanajuato, salieron las bellas hijas del

minero, llamando, como siempre, la atención de los jóvenes que las veían, por su singular hermosa y por la modestia que se retrataba en sus apacibles semblantes.

Ese día las vió por primera vez Miguel Arce, hijo de un rico hacendado del Bajío, y como atraído por poderoso imán, siguió los pasos de las jóvenes hasta conocer la casa y calle donde vivían. En el trayecto de la Parroquia á la casa de Fernando, las miradas de Miguel y las de Isabel se cruzaron más de una vez, hasta el punto que al entrar las jóvenes á su habitación, Isabel dirigió una última mirada, como de saludo y despedida, al desconocido joven que las siguiera.

Al poco tiempo los cuchicheos de las gentes del barrio destrozaban sin piedad la hora de Isabel, asegurando que era amante del rico joven, y que se le veía poco en la calle porque el estado que guardaba la obligaba á permanecer en encierro. Poco tardó en llegar tal rumor á oídos de Fernando, quien trató inmediatamente de averiguar la verdad. Pidió una licencia de cuatro días al Admor. de la mina, y sin que en su casa lo supieran ni la misma esposa, se instalaba noche á noche en un punto adecuado para ver si alguno penetraba ó se acercaba á la habitación. La tercera noche observó que un embosado se dirigía á la única ventana de la casa; que llegó y se paró agarrándose de las berjas de madera. Fernando, desde su escondite, no podía ver si la ventana estaba abierta, y menos si había por dentro alguna persona; de ahí es, que resuelto á todo

potismo. Puesto en una grave alternativa, escogió lo que debía escoger como patriota, como liberal y como sábio; porque no hay medio ni puede haberlo en esta disyuntiva: Ciudadanos ó Vasallos, Republicanos ó Cosacos; Napoleón lo ha dicho y esta palabra se ha de cumplir.

Tales son Conciudadanos, los servicios eminentes que prestó Adolfo Thiers, no á banderías de forma, sino á principios universales; no á aspiraciones personales sino á tendencias humanitarias; no á un sólo pueblo sino á todos los pueblos que aspiran á la perfección bajo la responsabilidad impuesta por Dios á la libertad de conducta. Tales son en pálido bosquejo las postreras acciones del ilustre personaje, cuya memoria hemos venido á honrar ante este monumento fúnebre, no con el lenguaje de la vida á quien descomponen la lisonja, sino con el idioma de la muerte á quien tanta gravedad comunican los misterios de la tumba. Acciones generosas por sus intenciones, elevadas por su objeto y fecundas por sus resultados; acciones en fin con todos los caracteres de las acciones virtuosas, heroicas y brillantes de las inteligencias, de los justos, y de los héroes. Tales son las últimas acciones del hombre extraordinario, que llevaba sobre sus hombros como un atlante, no solo el gran peso de la nacionalidad francesa, sino el peso todavía mayor de las esperanzas y de las aspiraciones de la humanidad.

Tales son las acciones de Adolfo Thiers, que ha concluido la carrera de su vida cubier-

gloria y de grandeza, aunque por desgracia antes de haber terminado la obra magestuosa de las aspiraciones comunes, antes de dejarla libre de los peligros que le amenazan y antes de verla triunfante de los enemigos que la combaten. Habrá arrastrado consigo al sepulcro todas las esperanzas de la República, todos los medios de su defensa, todos los elementos de su conservación y todas las fuerzas de su vida? ¿No se dará la gran batalla con la firmeza de la fé, con el estímulo de la esperanza y con el vigor de la conciencia, que tenían las filas republicanas de Europa cuando se encontraban animadas, movidas y dirigidas por su jefe? ¿Tendrá que lamentar la Francia con la muerte de este grande hombre la pérdida de su tranquilidad, de sus libertades y de su grandecimiento? ¿Deberá renunciar el mundo á la esperanza de ver reprimidas las tendencias de la fuerza y del despotismo y de ver coronadas las nobles y generosas aspiraciones del derecho y de la libertad?

Conciudadanos; que respondan por mí vuestros principios y vuestros sentimientos; vuestros principios republicanos, que son los principios de la justicia y vuestros sentimientos democráticos que son los sentimientos de la naturaleza vigorizados por el espíritu cristiano: que digan ellos, si pueden extinguirse los resplandores que despiden, si pueden acabarse los bienes que procuran. Sería desconocer la fuerza de los unos y la firmeza de los otros, si sospecháramos siquiera que la muerte de Adolfo Thiers había puesto en peligro la suer-

te de tan indestructibles intereses; sería menospreciar la grandeza del bien y glorificar la pequeñez del mal, si creyéramos que la muerte había perdido lo que precisamente salva, lo que absolutamente no puede perder. Sería ofender la memoria del Apóstol, si limitáramos tan mezquinamente el poder de sus últimas acciones, si no les diéramos todo alcance póstumo que tienen las acciones inmortales. Podemos pues creer y afirmar, que con el gran republicano no han muerto los principios, las esperanzas ni las fuerzas de la República: porque la tumba de los grandes patricios ó de los grandes apóstoles es la mejor cátedra que puede levantarse para aleutar y sostener las esperanzas y los principios; porque ella ilustra y fortifica el corazón de los sostenedores y propagadores que quedan en la vida. Nada se perderá; porque el vigor y los principios quedan en el mundo, quedan depositados en las almas nobles y generosas de los hombres ilustres y denodados que componen el apostolado republicano. No temamos pues que hayan desaparecido en esa tumba tan grandes y preciosos intereses; puesto que Adolfo Thiers no ha podido llevarse las ideas con que se sostienen y defienden; porque tenia que dejárselas á la humanidad á quien pertenecen; porque la muerte solo se ha llevado el cuerpo pero no el pensamiento, sólo la materia pero no el espíritu que ha quedado en un reguero de luz, para guiar á los que siguen combatiendo y para disipar las tinieblas que puedan extraviarlos. La muerte solo es muerte para la corteza

del árbol pero no para la savia, solo para el capullo pero no para la crisálida: la savia continúa fecundizándolo todo y la crisálida sale de la cárcel que se destruye, convertida en brillante mariposa, trasfigurada con los mil colores del iris de los cielos. Los hombres que trabajan y que luchan, que pasan la vida, no con la vista inclinada hacia la tierra como el bruto, sino levantada hacia los cielos como el génio; buscando verdades que revelar á los hombres, practicando virtudes con que enaltecer sus acciones, y reflejando en su frente la imágen purísima del Creador; esos hombres no mueren Conciudadanos, esos hombres no desaparecen de la tierra, sino que aseguran en ella su mansión por medio de la memoria de sus hechos, por medio del místico legado de sus grandes pensamientos y de sus acciones virtuosas. De esos hombres animosos y elevados fué Thiers en el último tercio de su vida: por eso no ha muerto, sino se ha trasfigurado, tomando en esa tumba la vestidura inmortal, y desafiando en ella la borrasca de las sombras y el golpe de los siglos! ¡Verdad consoladora para los que combaten y trabajan, pero desconsoladora y amarga para los que se rinden ó sucumben! para estos la oscuridad y la infamia; para aquellos la inmortalidad y la gloria!

Sí, Conciudadanos, Adolfo Thiers no ha muerto, sino que vive tras de esa tumba con una vida permanente y completa, nutriéndose con una savia que jamás se acaba, vigorizándose con una fuerza que jamás se debilita,

lo que pudiera suceder echó á andar muy despacio por la acera contraria, deteniéndose enfrente de la ventana.

Isabel, que era la que estaba en ella platicando con Miguel, no pudo sospechar que su padre anduviera á esas horas en la calle porque sabía que desde el lunes que entraba á trabajar en la mina, no salía sino hasta el sábado.

Sin embargo, al pararse Fernando frente á la ventana llamó la atención de los novios. Miguel no lo conoció, pero un estridente grito de Isabel hizo que el joven se desprendiera de la ventana, y avanzara en dirección al bulto que como una estatua estaba á su frente.

Al acercarse Miguel á Fernando para saber quien era, ya blandía este en su diestra agudo puñal. El joven retrocedió desenvainando su espada y le preguntó que se le ofrecía. En ese momento reconoció al padre de su amada, en vaino su acero y se inclinó pidiéndole perdón.

Fernando le hizo los justos cargos que en su concepto merecía, á los que Miguel contestó que nada era cierto de lo que la maledicencia murmuraba respecto á Isabel, que él la amaba con el legítimo fin de hacerla su esposa, y que si no había dado aún paso alguno en ese sentido era porque temía la cólera de su padre que indudablemente se opondría á su enlace con Isabel, por ser esta de familia pobre; pero que ya descubiertas sus relaciones por el padre de su amada arrostraría todo, y pediría al suyo el permiso correspondiente para verificar su matrimonio. Suplicó á Fernando que le perdonara el que hubiera desenvainado

su espada para atacarlo, porque de pronto creyó que se trataría de otro pretendiente de Isabel y los celos lo impulsaron á hacerlo; le rogó por último que entrara á la casa á prestar á su hija los socorros que necesitaba por aquella terrible sorpresa que había recibido, y se despidió ofreciéndole que lo buscaría en su casa ó en la mina, tan luego como pudiera comunicarle la resolución de su padre.

* * *

Pasaron varios días. Miguel ya no iba como de costumbre á hablar en las noches con Isabel, ni se presentó en la casa ni en la mina á cumplir el ofrecimiento hecho á Fernando.

Después de una semana el padre del joven mandó llamar á Fernando; le reprendió con dureza por los amores de Isabel con su hijo y le dió á escoger entre recibir una regular cantidad de dinero y salir violentamente de Guanajuato á radicarse á 40, ó más leguas de distancia ó sufrir el destierro á algún punto de la costa, por que se quejaría al Intendente de Guanajuato de los inconvenientes y desiguales amores de su hijo, y mediante la influencia que le proporcionaba su alta posición social, conseguiría, en el acto que le pidiera, orden de destierro para Fernando y su familia.

El tímido padre de Isabel, después de muchas vacilaciones y de ver con acerbo dolor los terribles sufrimientos de su adorada hija, optó por lo primero y salió con su familia de Guanajuato. Miguel ya estaba en México, para don-

de lo envió su padre el mismo día que pidió licencia para casarse.

Isabel, al salir de Guanajuato, no supo para donde se dirijía su padre, y éste cumplió su compromiso con el de Miguel, ocultando á su familia la entrevista de ambos y el lugar á donde se expatriaba.

Fernando se radicó en la Ciudad de San Luis Potosí, tomó una casita en la calle real del camino de Guanajuato, que ahora solo se llama de Guanajuato, y empezó á trabajar como comerciante ambulante de efectos de mercería. Llevaba sus mercancías por todos los pueblos, haciendas y ranchos del Norte de la Provincia, llegando hasta Saltillo y Monterrey. De aquellos puntos traía animales que realizaba en San Luis, y volvía á salir con la *varilla* y algunas veces con calzado que realizaba bien en Catorce y en todos los pueblos que acostumbraba recorrer.

* * *

Tendría dos años de establecido Fernando con su familia en San Luis, cuando los vecinos de San Sebastián, y del rumbo de l Santuario, empezaron á correr la voz de que en una de las calles laterales del camino de México al de Guanajuato, espantaba, que en el silencio de la media noche se veía salir de una cerca de órganos, un duende de elevada estatura, envuelto en un manto blanco, y que á pasos lentos y largos atravesaba la calle real de Guanajuato, seguía por el callejón que conduce á la del Santuario y desaparecía en una barda

que no tenía puerta ni portillo para ninguna casa, sin dejar alguna huella de escalamiento en la pared.

Los vecinos de esos barrios se afirmaban más en su creencia de que aquel fantasma debía ser un ente del otro mundo porque decían que sólo era visible para las gentes, puesto que en su tránsito por las calles y á su llegada á la barda donde desaparecía no era sentido ni visto por los perros, puesto que jamás notaron que esos animales se abalanzaran contra el duende, ni le ladraran al pasar junto á ellos.

Aquel barrio fué poco á poco quedando desierto. Al principio se reunían los vecinos resueltos á encararse con el fantasma; y armados de hisopos y agua bendita, preguntarle *de parte de Dios si era de este mundo ó del otro*; pero al ver la indiferencia con que el duende marchaba sin preocuparse de la gente que iba en su seguimiento, y que al llegar al punto de su destino hacía ademán de acometer á los que se le acreaban, abriendo sus enormes brazos como para aprisionar en ellos al que se pusiera á su alcance, echaban todos á correr invocando los dulces nombres de Jesús, María y José, y algunos caían al suelo sin sentido.

La noticia del duende de San Sebastián llegó en breve al centro de la Ciudad, y la preocupación popular le dió proporciones gigantescas, haciendo correr la especie de que el fantasma llegaba todas las noches hasta el atrio del templo de la Merced, que se sentaba en la puerta del convento, que muchas veces reco-

rría todas las calles de la Virgen [1] llegando hasta la plaza principal, y que entraba al portal de las casas reales, sentándose entre los soldados de la guardia sin que estos lo observaran. Que otras veces andaba por distintas calles y que cuando encontraba rondas lanzaba quejidos lastimeros y agudos. Que los ministros [2] caían desmayados y el duende seguía imperturbable su camino.

Viendo los vecinos de San Sebastián que eran infructuosas sus reuniones para interpelar al ente del otro mundo sobre lo que buscaba en éste, recurrieron al arbitrio de ahuyentarlo por medio de prácticas religiosas y de toques de campanas. Unas veces se aglomeraban en el atrio de la Iglesia resando en alta voz, desde que el fantasma surgía de entre los órganos hasta que desaparecía en las bardas ó en las mismas calles del barrio; otras subían á la torre y tocaban rogaciones alarmando á las gentes que estaban ya entregadas al sueño. las que también se arrodillaban recitando el *magnificat*, todo el tiempo que duraba la rogativa.

Tanto impresionó á las gentes la existencia del duende de San Sebastián, que las autoridades de la ciudad, no obstante que también participaban de igual preocupación, creyeron de su deber averiguar por su parte lo que bus-

[1] Tres de esas calles se llamaron después de la Merced y las otras cinco de la Concepción. Alineados llevan el nombre de "Zaragoza".

[2] Así se llamaban legalmente los individuos que formaban las rondas.

caba ó pretendía aquella alma en pena. Enviaron diversos agentes á que se apersonaran con el fantasma, pero no hacían estos más que verlo y ponían pies en polvorosa, volviendo jadeantes á la ciudad, víctimas de horroroso espanto. Entonces el comandante de la plaza ordenó que un piquete de tropa, al mando de un capitán, se apostara en un lugar conveniente desde donde pudieran ver la salida del fantasma; que al acercarse le diera el "¿Quién vive?" marcándole el alto, y que si no obedecía se arrojase sobre él toda la tropa. Que si era posible apoderarse del *espanto* lo trajeran entre filas al cuartel; pero sí, como era lo más seguro, el fantasma se desvanecía al acercársele diera en el acto el jefe del piquete el correspondiente parte, para que á su vez el Sr. Intendente pusiera todo en conocimiento de la autoridad eclesiástica, para los fines á que hubiera lugar.

El jefe de aquella tropa cumplió con exactitud las primeras órdenes, pero al aparecer el el duende se apoderó de él y de los soldados un terrible pánico, y no queriendo que el fantasma se les fuera á desvanecer al acercársele, mandó á sus subordinados que le hicieran fuego. El duende cayó al suelo exhalando un leve quejido. Los soldados y curiosos se acercaron á aquel bulto ya inanimado, y vieron con sorpresa el cadáver de un joven rubio, de aspecto simpático y hermoso.

En las diligencias practicadas por la autoridad se descubrió que aquel joven era el hijo del rico hacendado del Bajío, cuya filiación

existía en la Intendencia, remitida por la de Guanajuato, para que se buscara al joven Miguel y se remitiera al lado de sus padres. [1]

El desventurado amante había venido á San Luis en seguimiento de su adorada Isabel; vivía oculto en el barrio cerca de la casa de Fernando, y todas las noches iba á platicar con la joven por un agujero que había abierto en la barda del corral. Quería permanecer así catorce meses que le faltaban para llegar á la mayor edad, y poder ya entonces verificar libremente su soñado enlace.

La desgraciada Isabel, no pudiendo resistir tan terrible golpe, y resuelta á renunciar á la vida del mundo pidió á sus padres permiso para encerrarse en un convento. Así lo hizo, ingresando al de Concepcionistas de San Miguel el Grande (hoy San Miguel de Allende) donde acabó su existencia á los 36 años de edad.

Desde la trágica muerte de Miguel la voz pública llamó á la calle donde el fantasma aparecía y en la que recibió la muerte el infortunado joven *Calle del Duende* y más tarde se le dió oficialmente el mismo nombre, conservándole todavía hasta nuestros tiempos.

MANUEL MURO. ®

SAN LUIZ POTOSÍ

(1) Esas diligencias existen en esta ciudad en el archivo de la antigua audiencia.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR SU AUTOR

SR. LIC JOSE G. ROSTRO

LA NOCHE DEL 27 DE NOVIEMBRE DE 1884

con motivo de haberse suspendido el reconocimiento de la injustificada deuda inglesa.

CIUDADANOS, HERMANOS MÍOS:

Pronto se contarán cien años desde que a quel orador dijo: "Prefiero las borrascas de la libertad á la calma de la esclavitud." Y el eco de esas palabras repercute aún en los pechos de la generación que hoy nace á la vida pública, para jurar en ellas el credo de su amor patrio, y jurarlo poniendo por testigos los astros y las nubes, á la faz del firmamento, en el hogar y en las plazas, en el combate y la victoria, en la vida y en la muerte.

La lucha del mal contra el bien se inauguró en el paraíso, y aún continúa. Si tiranos hubo siempre, siempre también hubo libertadores. Por un apóstol que vende, permanecen once leales; y al desaparecer todos del escena-

rio de la historia, el primero no dejó tras sí más huella que la infame cuerda corrediza y la maldición perpétua de los tiempos y los pueblos, en tanto que los segundos legaron á los siglos inmensa y resplandeciente cauda de luz, de gloria, de virtud, de amor y libertad en la que todavía se envuelve y dentro de la cual palpita lleno de vida todo el género humano.

Nuestra querida patria, sujeta como está á esas leyes ineludibles de la humanidad, ha dado abrigo en su seno á esa lacha del mal contra el bien; ella también alimenta malos hijos que la traicionan y la llevan al mercado y la proponen y la venden; no le ha faltado una Dálila monstruosa que esconda sus cien cabezas en el polvo de las curules; tampoco le han faltado las maldecidas tijeras que se llaman, "reconocimiento de la deuda inglesa;" pero obedeciendo esas mismas leyes bien podemos exclamar, que ¡ay de Dálila si corta, porque son conocidas sus intenciones traidoras! ¡ay de ella si atenta contra el terrible Sanzón que derramó la sangre de sus venas, once años para darse independencia y cincuenta para darse instituciones! ¡adverta que para los que quisieron españoles hubo un castillo de franaditas; para los que quisieron franceses hubo un cerro de las Campanas, y para los que quisieran ingleses ó norte-americanos hay ciento trece mil leguas cuadradas de territorio mexicano, y en todo él, muchas ramas de árbol para suspender cuerdas, muchas piedras para aplastar cabezas, mucho polvo para enterrar inmundicias, y mucha indignación, para que

un huracán de maldiciones barra de nuestros aires hasta las almas de los que comerciaron con su madre y con su honra!

Pero no es éste el momento para que rujan las iras populares; momento es de generosidad, de entusiasmo y de alegría; momento de embriaguez gloriosa para el pueblo que, después de haber visto próxima á sozobrar la nave de su país, logró detener las olas y refrenar las tempestades que amenazaban hundirla en el abismo. La nación mexicana despertó por fin del letárgico sueño que la embargaba y mantenía tendida sobre sus montañas y llanuras, al arrullo de sus bosques, de sus ríos y de sus mares; escuchó por fin la voz del Dios de las naciones libres y honradas que como á Lázaro la dijo: "Levantate y anda;" y la nación mexicana se levantó gigante y digna, y la votación de la deuda inglesa suspendióse. La inundación amenazaba destruirla; pero su tronante voz como ciclópeo dique detuvo las aguas destructoras solamente, porque dejó pasar toda aquella basura de excreación que arrastraban en sus oleadas inmensas, para que con esa basura medren también los que esperaban recoger las arenas de oro de la infernal corriente.

¡Oh hijos de San Luis, hombres honrados, vosotros los que sentís palpar dentro del pecho el alma de los Hidalgo y Morelos, levantad todos la voz vibrante y poderosa para que la escuche la ciudad, y la escuche el continente, y la escuchen los confines de la tierra, y jurad que antes de la pérdida de vuestra pa-

tria, antes de la venta de vuestras madres, vuestras esposas, vuestros hijos y los huesos de vuestros padres, en los mercados extranjeros, morirán los potosinos todos! ¡Oh hijos de San Luis, los cobardes y egoístas nunca tuvieron más que esclavitud; sólo los hombres abnegados y valientes tuvieron libertad; nada temais, porque tenemos contra las ballonetas el derecho, contra las traiciones corazón! ¡Viva México!





¿QUIEN FUE JUAREZ?

Para el partido conservador, Juárez fue el TITAN que anonadó fueros y preeminencias, y el que con voluntad enérgica fulminó leyes mortales para la desmedida ambición del clericalismo.

Para los verdaderos mexicanos, Juárez fué y será el Dios Justiciero que, en el histórico Cerro de las Campanas, dió el tiro de gracia al imperio de Maximiliano, sellando con la sangre de éste y la de los traidores que le acompañaban, la solemne acta de nuestra segunda independencia, asegurando así la soberanía de la República Mexicana.

Para las demás Repúblicas de América Juárez fué el hombre puro sin mancha á quien por sus virtudes cívicas, su energía, su constancia y talento que desplegó en la defensa de México, el Congreso de los Estados Unidos de Colombia, expidió en Bogotá, con fecha 1^o de Mayo de 1865, un decreto por el cual bautizó á Juárez con el alto y merecido nombre de BENEMÉRITO DE LA AMÉRICA.

Y todas las naciones ven en Juárez el sol de la Reforma cuyos benditos rayos fijaron en

México la "Aurora intelectual," que alumbrará eternamente la libertad de conciencia.

Y esa luz, que hace un siglo destelló de los ojos del niño indio, no será ya eclipsada en México por las tenebrosas sombras del obscurantismo, y siempre pura y siempre brillante alumbrará constantemente el cerebro de nuestros representantes nacionales, para que, como ahora, lleven á nuestra querida Patria á la cúspide del Progreso.

¡¡Luz eterno para aquel que nos dió LUZ, PATRIA Y LIBERTAD!!

Cerritos, Marzo de 1906.

FRANCISCO P. LECHON.

FIN